Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA SEMESTRAL

ROGER CAILLOIS

1913 - 1978

343

JULIO - DICIEMBRE 1978
BUENOS AIRES

SUR

FUNDADA EN 1931

Fundadora y Directora

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso

1053 Capital

T.E. 32-5148 - 31-3220

Comité de Colaboración

Mildred Adams
Adolfo Bioy Casares
Alberto Luis Bixio
Jorge Luis Borges
Adolfo de Obieta
Alberto Girri
Eduardo González Lanuza
Raimundo Lida
Eduardo Mallea
Silvina Ocampo
Enrique Pezzoni
Ernesto Sábato

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Argentina y países limítrofes:

Anual ..... $ 8.000.—

Otros países:

Anual ..... u$s 60.—

S1CJ.15.1.2 49

H0008126

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522

Top. 201.551

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ACME
CANJE Precio $12.000
Fecha - 7 OCT 199

Desde un circuito integrado hasta un centro electrónico para procesamiento de datos, desde un motor eléctrico hasta una planta de energía nuclear. Electrotecnia, electrónica y telecomunicaciones. eso es Siemens.

SIEMENS SOCIEDAD ANONIMA

Avda. Pte. Julio A. Roca 516 - Capital
Teléfono: 30-0411



MASSUH SA

CELULOSA Y PAPEL

PARAGUAY 610 PISO 24 - CAPITAL
TEL. 31 - 9238 - 9239 - 9230

DOS GRANDES EXITOS DE REVISTA SUR

¡SE AGOTAN!

Número 338-339: PROBLEMAS DE LA TRADUCCION. Textos de: Victoria Ocampo, Jacques Rigaud, Elsa Gress, Clara Malraux, B. J. Chute, Thomas Lask, John L. Mosh, Frank Macshane, Robert Payne, Víctor Alba, J. S. Bernstein, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, F. Sánchez Sorondo, José Bianco, Alberto Girri, Enrique Pezzoni y Jaime Rest.

Número 342: DIALOGO DE LAS CULTURAS. Coloquio internacional patrocinado por la Unesco y realizado en Villa Ocampo. Textos de: Victoria Ocampo, Germán Arciniegas (Colombia), Francisco Ayala (Estados Unidos), Allhudin Bammate (Unesco-Afganistán), Roger Caillois (Francia), Alionne Diop (Senegal), Manfred von Keyserling (R. F. de Alemania), Juan Liscano (Venezuela), Julián Marías (España), Salah Stetié (El Líbano), Tadao Takemoto (Japón), Angel Battistesa (Argentina), Adolfo de Obieta (Argentina), Víctor Massuh (Unesco-Argentina), Rdo. Padre Ismael J. Quiles (Argentina).



PARKER

la lapicera más deseada del mundo.



DICCIONARIO KAPELUSZ DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Imprescindible para estudiantes y profesores y de excepcional valor para el lector común.

Por el marcado predominio de definiciones conceptuales. Porque las definiciones sinonímicas han sido relegadas al mínimo indispensable. Porque los sinónimos se utilizan como complemento de las definiciones. Porque incluye los TECNICISMOS que revelan el progreso de las ciencias. Porque los REGIONALISMOS elegidos concurren a dar una conformación particular y característica del habla culta.

Pensado y redactado en América para uso de los americanos, contiene:

44 500 artículos
125 000 acepciones
4 800 regionalismos
6 000 ejemplos de uso
29 000 tecnicismos
3 200 ilustraciones
32 páginas a todo color

60 CUADROS CON
Signos de puntuación
Sistema métrico decimal
Sistema internacional de unidades
Tabla de elementos químicos
Prefijos y sufijos
Etcétera

Un volumen de 1 552 páginas, 14,5 x 22 cm. Sólida y lujosa encuadernación con sobrecubierta en colores.

Indispensable
EN EL HOGAR, EN LA OFICINA, EN EL AULA

En venta en las buenas librerías

Editorial
KAPELUSZ
Corrientes 999 — 1043 Buenos Aires
Tel. 34-6451/59 * 392-8905 y 6174

ADOLFO BULLRICH y CIA. LTDA. S.A.

1867 — 8 de Abril — 1979

Av. del Libertador 750 y Posadas 1257

Tel: 393-1042 y 393-0092

Buenos Aires

NUESTROS TRADICIONALES SERVICIOS

Remates de Reproductores en nuestro local de "El Talar", Cabañas y Exposiciones

Tasaciones y Clasificaciones - Importaciones y Exportaciones De Haciendas y Semen

Ventas Particulares Remates y Tasaciones de Campos e Inmuebles Urbanos

Administración de Estancias

Remates Liquidaciones Seleccionados y Ventas Particulares de Cría e Invernada

Ventas de Equinos Sangre Pura de Carreras

Administración de Edificios en construcción

Ventas de Arte y Antigüedades

REPRESENTACIONES EN:

General Villegas (Bs. As.)
Chascomús (Bs. As.)
Gral. Madariaga (Bs. As.)
Maipú (Bs. As.)
Las Flores (Bs. As.)
Santa Fe (Cap.)
Rufino (Santa Fe)
Corrientes (Cap.)
Curuzú Cuatiá (Ctes.)
Mercedes (Ctes.)
Gdor. Virasoro (Ctes.)
Concordia (E. Ríos)
Resistencia (Chaco)
Salta (Cap.)

TIETA DE AGRESTE

Jorge Amado

Su autor es, sin lugar a dudas, el escritor brasileño más conocido en el mundo entero. Figura muy popular en el propio Brasil, Jorge Amado goza también de prestigio en muchos otros países, particularmente en la Argentina, donde sus obras han logrado una envidiable difusión, incrementada con el reciente suceso de Doña Flor y sus dos maridos, **film basado en la novela del mismo nombre (de la cual Losada ha publicado ya once ediciones).**

Todo parece indicar que Tieta de Agreste **ha de seguir los pasos de las anteriores novelas de Amado y aun emulará en nuestro idioma el éxito arrasador de su edición originaria (los 120.000 ejemplares de esa primera edición se agotaron rápidamente).**

Centrada también en un personaje femenino, se narra aquí el regreso de Tieta a un apartado poblado del Estado de Bahía, del cual había sido expulsada a bastonazos por su propio padre unos veinte años atrás, Tieta regresa a Agreste envuelta en un aire de leyenda, convertida casi en un mito. Despierta entonces voluntades, impulsa deseos, hace de un sobrino un hombre destrozándose ella misma, pone al descubierto falsedades y resentimientos, convulsiona a un pueblo, habla y obra en forma directa.

En síntesis:

Esta es la última novela de Jorge Amado, en la misma línea de Gabriela, clavo y canela; Doña Flor y sus dos maridos, y Teresa Batista, cansada de guerra. Como en ellas, la protagonista es una mujer ardiente, apasionada, de buen corazón y noble, más allá del veto moral que pueda suscitar.

Esta obra se inscribe en la tradición del relato popular (de "melodramático folletín" la califica su autor) y logra, sin embargo, erigirse en muestra cabal de gran literatura.



EDITORIAL LOSADA S.A.

Alsina 1131 - Buenos Aires

Montevideo - Santiago de Chile - Lima - Bogotá

Ediciones Revista SUR

A APARECER

AUTOBIOGRAFIA (Memorias) de VICTORIA OCAMPO.

1er. tomo: Infancia.

De este volumen se prepara un tiraje especial, ejemplares numerados. Reserva por suscripción. Haga su pedido a SUR.

VICTORIA OCAMPO: Reedición.

TESTIMONIOS, 1ra. serie.

OBRAS DE VICTORIA OCAMPO

De Francesca a Beatrice (con un epílogo de Ortega y Gasset). Revista de Occidente, Madrid, 1924. Sur, Buenos Aires, 1963.

La laguna de los nenúfares (fábula escénica). Revista de Occidente, Madrid, 1926.

Testimonios, I serie, Revista de Occidente, Madrid, 1935.

Domingos en Hyde Park, Sur, Buenos Aires, 1936.

Testimonios, II serie, Sur, Buenos Aires, 1941.

San Isidro (con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen). Sur, Buenos Aires, 1941.

338.171 T.E. Sur, Buenos Aires, 1942. Sur, Buenos Aires, 1963.

Testimnios, III serie, Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

Soledad sonora (Testimonios, IV serie), Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias), Sudamericana Buenos Aires, 1951.

Lawrence de Arabia y otros ensayos, Aguilar, Madrid, 1951.

Virginia Woolf en su diario. Sur, Buenos Aires, 1954.

Testimonios, V serie (1950-1957), Sur, Buenos Aires, 1957.

Habla el Algarrobo (Luz y sonido), Sur, Buenos Aires, 1959.

Tagore en las barrancas de San Isidro, Sur, Buenos Aires, 1961.

Testimonios, VI serie (1957-1962) Sur, Buenos Aires, 1962.

Juan Sebastián Bach. El hombre. Agosto 1964, Sur.

La Belle y sus enamorados. Septiembre 1964, Sur.

Testimonios, VII serie (1962-1967) Sur, Buenos Aires, 1967.

Diálogo con Borges. Sur, Buenos Aires, 1969.

Diálogo con Mallea. Sur, Buenos Aires, 1969.

Testimonios, VIII serie (1968-1970). Sur, Buenos Aires, 1971.

Testimonios, IX serie (1971-1974). Sur, Buenos Aires, 1975.

Testimonios, X serie (1975-1977), Sur, Buenos Aires, 1977.

EN FRANCES

De Francesca à Béatrice. Editions Bossard, París, 1926.

Le Vert Paradis. Lettres Françaises, Buenos Aires, 1947.

338.171 T.E. (Lawrence d'Arabie), N.R.F., Gallimard, París, 1947.

EN INGLES

338.171 T.E. (Lawrence of Arabia). Traducción de David Garnet. Gollancz, Londres, 1963.

TRADUCCIONES

Albert Camus: Calígula. Marzo-Abril 1946, "Sur", Nos. 137-138.

Colete y Anita Loos: Gigi. Sur, Buens Aires, 1946.

Dostoievsky-Camus: Los poseídos. Losada, Buenos Aires, 1960.

William Faulkner-Albert Camus: Requiem para una reclusa. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El cuarto en que se vive, Sur, Buenos Aires, 1953.

Graham Greene: El que pierde gana, Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: La casilla de las macetas. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El amante complaciente. Sur, Buenos Aires, 1959.

Lanza del Vasto: Vinoba (en colaboración con Enrique Pezzoni). Sur, Buenos Aires, 1955.

T.E. Lawrence: El troquel. Sur, Buenos Aires, 1955.

Dylan Thomas: Bajo el bosque de leche (con la colaboración de Félix della Paolera), Sur, Buenos Aires, 1959.

Graham Greene: Tallando una estatua. Junio 1965, Sur.

Jawaharlal Nehru: Antología (Selección y Prefacio de Victoria Ocampo), Diciembre 1966, Sur.

Mahatma Gandhi: Mi vida es mi mensaje. Sur, Buenos Aires, 1970.

Graham Greene: La vuelta de A. J. Raffles. Sur, Buenos Aires, 1976.
Paul Claudel: Oda Jubilar, Sur, Buenos Aires, 1979.



Nueva línea
de relojes
ultraplanos
Girard - Perregaux
a cuarzo.

GP GIRARD-PERREGAUX
QUARTZ

PRECIO SUGERIDO $ 940.000.-

Ediciones Revista SUR

ODA JUBILAR, Paul Claudel. Edición bilingüe. Traducción de Victoria Ocampo. Su último trabajo de traducción, aparecido en el mes de enero de 1979.

CARTAS DE UN PADRE A SU HIJA, Jawaharlal Nehru, prólogo de Victoria Ocampo.

EL AUGE DE LA VIOLENCIA. Varios autores.

En prensa: **EL RIO ALFEO,** Roger Caillois.

En prensa: **A FRYDA, HOMENAJE DE SUS AMIGOS.** Edición en recuerdo de Fryda S. de Mantovani. Por suscripción.

Haga su pedido a SUR.

Para quienes aman la lectura, visitar nuestra Librería es un paseo fascinante.

Amplia experiencia.
Vastísimo surtido.
Ediciones nacionales
e importadas.
en castellano e idiomas.
Nuevas secciones.

VISITE



LIBRERIA • EDITORIAL **El Ateneo**

Florida 340
Buenos Aires

Sagazola sa

Industrial, Comercial, Inmobiliaria y Financiera

Av. del Libertador 7112 - Buenos Aires - REPUBLICA ARGENTINA
Cables: Sagazola - Baires - Telex 012-1004 - T. E. 70-8577/8769/6443/3785

Editorial SUR

Próxima aparición

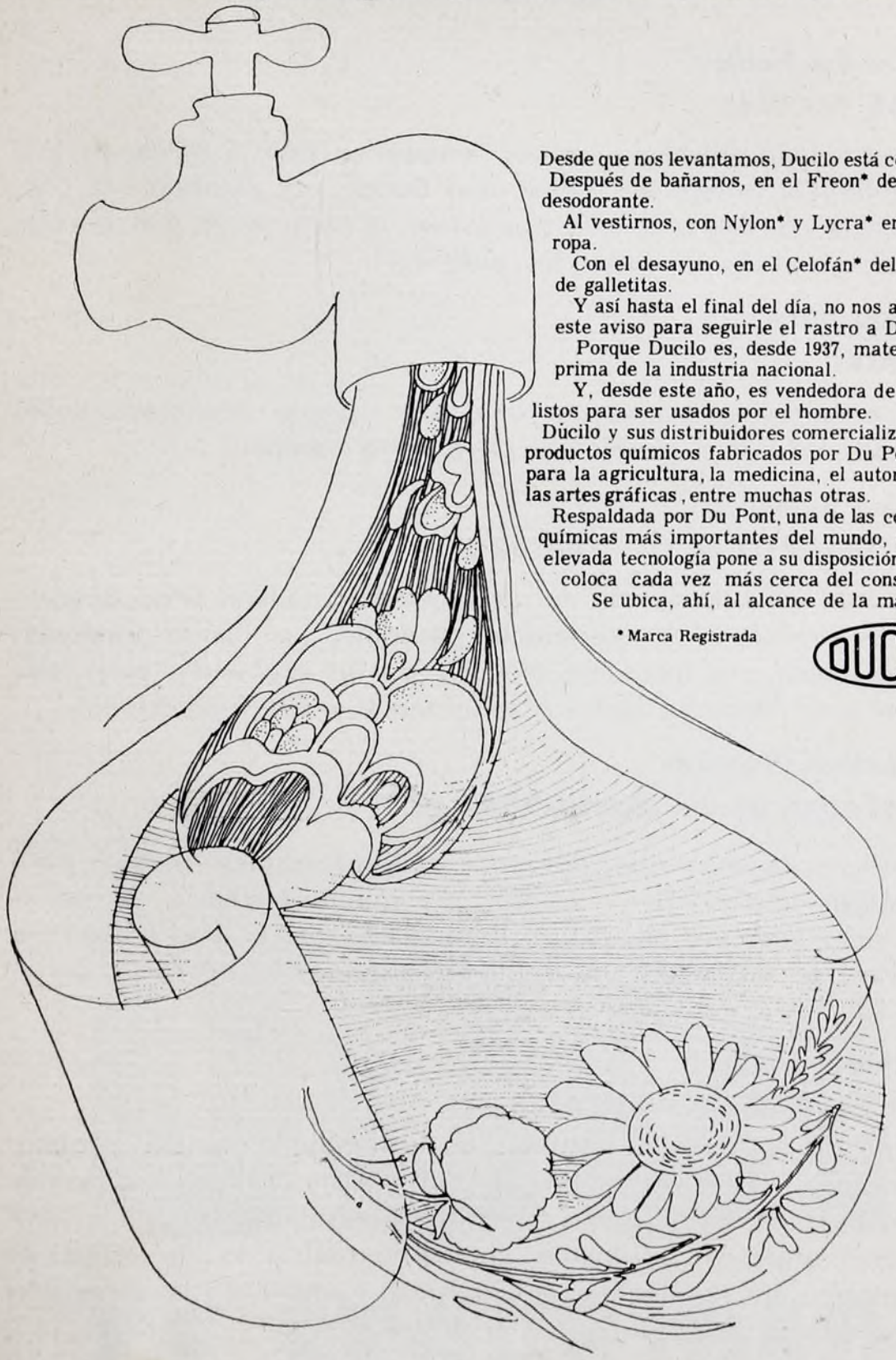
LOS CASTAÑOS DE BOULOGNE, Alain Malraux.

EL PORVENIR ES ASUNTO NUESTRO, Denis de Rougemont.

En prensa:

CASES D'UN ECHIQUIER, Roger Caillois.

Ducilo está, ahí, al alcance de la mano.



Desde que nos levantamos, Ducilo está con nosotros.
Después de bañarnos, en el Freon* de nuestro desodorante.
Al vestirnos, con Nylon* y Lycra* en nuestra ropa.
Con el desayuno, en el Celofán* del paquete de galletitas.
Y así hasta el final del día, no nos alcanzaría este aviso para seguirle el rastro a Ducilo.
Porque Ducilo es, desde 1937, materia prima de la industria nacional.
Y, desde este año, es vendedora de bienes listos para ser usados por el hombre.
Ducilo y sus distribuidores comercializan productos químicos fabricados por Du Pont para la agricultura, la medicina, el automotor y las artes gráficas, entre muchas otras.
Respaldada por Du Pont, una de las compañías químicas más importantes del mundo, cuya elevada tecnología pone a su disposición, Ducilo se coloca cada vez más cerca del consumidor.
Se ubica, ahí, al alcance de la mano.

* Marca Registrada

DUCILO

LOS ULTIMOS EXITOS
DE EDITORIAL SUDAMERICANA

Timothy Findley

LAS GUERRAS

Una novela del joven escritor canadiense que, a través de una contienda, refleja las luchas que tienen por escenario la conciencia del hombre. Esta puede ser la historia de una guerra, pero también de todas las guerras...

Gore Vidal

KALKI

Una extravagancia apocalíptica que expone implacablemente todos los falsos problemas de nuestro tiempo.

Dino Buzzati

EL DESIERTO DE LOS TARTAROS

La más célebre novela del gran escritor italiano Dino Buzzati. Una atmósfera de inagotable pesadilla, un hondo trasfondo metafísico, una incesante alegoría de los problemas esenciales del vivir humano, con sus esperanzas y sus frustraciones.

Vladimir Nabokov

DETALLES DE UN CREPUSCULO

Estilista incomparable, poseedor de insuperables recursos para evocar sensaciones y estados de ánimo. Nabokov recrea el mundo umbroso del exilio, llevándonos desde una placentera niñez en Rusia hasta la perplejidad del exilio en París, Berlín y Londres...

Günter Grass

EL TAMBOR DE HOJALATA

Una de las novelas decisivas de la literatura mundial contemporánea. Oscar Matzerath, el protagonista, golpea su tambor de hojalata. Ese redoble frenético y desolado conjura un universo grotesco, alucinante, donde lo real y lo fantástico se entrecruzan, iluminando la existencia humana en la dimensión del último medio siglo.

UCU

ES SEGURIDAD



En cada momento de la evolución de un músico, Ricordi está presente.

RICORDI
ediciones musicales
Florida 677 - Cangallo 1560 - Buenos Aires

Próximo número de SUR

ANTICIPACIONES

Colaboraciones de:

André Malraux, Georges Bernanos, Martín Buber, Albert Camus, Benedetto Croce, A. Durrell, M. K. Gandhi, Thomas Merton, George Orwell, Arnold Toynbee, entre otros muchos que "previeron" un futuro que hoy es presente.

Suscríbase, o adquiéralo en quioscos y librerías.

Al Lector

Para Victoria Ocampo, Sur fue su obra predilecta. A lo largo de casi cincuenta años, cada número de la revista era la manifestación de su empeño, su prédica, su esfuerzo.

La muerte de Roger Caillois —poco tiempo antes de la propia— la llevó a modificar el plan que estaba en marcha y resolvió que el último número de 1978, le estuviera dedicado. Así, el 343 aparece respondiendo estrictamente a la idea inicial: darle forma con algunas de las muchas colaboraciones que el autor francés publicara en Sur desde su primera y decisiva estadía en la Argentina (1939) y las páginas que Victoria Ocampo escribió y en algún caso leyó sobre él. El número se completa con el prefacio de *Le fleuve Alphée* y un capítulo de *Cases d'un échiquier*, dos de las últimas obras de Caillois que Sur tiene en prensa y que aparecerán en el año en curso. También esto es resolución de quien nunca dejará de ser la inspiradora y Directora de Sur.

Los artículos se han ordenado cronológicamente, con excepción de "Despedida a Roger Caillois", que por su tono y contenido nos pareció adecuado cerrara el número.

SUR

Roger Caillois

Sobre "Los grandes temas míticos" versaron las conferencias que Roger Caillois pronunció en nuestra revista. En este breve curso de seis lecciones, el fundador del "Collège de Sociologie" esclareció la función que han desempeñado los mitos en las distintas civilizaciones y demostró que en el mundo de nuestros días se mantienen intactas las necesidades que ellos satisfacen. Luego de ocuparse de la naturaleza y función del mito en general y hacer una aguda crítica de las numerosas teorías que, a través de los tiempos, han intentado explicar su existencia, Roger Caillois expuso su propia concepción de la mitología. A diferencia de las interpretaciones literarias, históricas, morales o psicoanalíticas, Caillois no le asigna al mito un valor puramente simbólico, no lo separa de su contenido imprescindible. Mito —nos dijo— es todo aquello que suscita en el hombre una conducta capaz de hacerle desafiar la muerte en los momentos de urgencia, y se halla a tal punto ligado con la realidad que su casi desaparición en las sociedades modernas da lugar a que la realidad se transforme para desempeñar el papel de los mitos extinguidos. Sucesivamente se fue ocupando de los mitos que mayor influencia han tenido en el destino humano. He aquí los temas en los cuales se detuvo: "La conquista del cielo: Nemrod". "El descenso a los infiernos: Ishtar y Orfeo". "El filtro de inmortalidad: éxtasis y embriaguez". "Cosmogonía y crepúsculo de los dioses". "El héroe culpable y triunfante: Edipo y Prometeo".

A continuación transcribimos las palabras con que Victoria Ocampo, al iniciarse el curso, presentó al conferencista:

SUR nos ha reunido ya varias veces en esta sala. Hemos oído aquí a Maritain, Bernanos, María de Maeztu. Basta con citar tres nombres para comprobar que los problemas que nos interesan no pertenecen a un orden puramente literario o estético.

El sociólogo Roger Caillois, que SUR les trae de Francia, colaborador de la *Nouvelle Revue Française*, de *Mesures*, de *Verve* y de las revistas científicas de más prestigio y seriedad que hay hoy en París, escribía hace poco: "No se puede negar en la juventud actual la existencia de una crisis de la literatura. Los mejores espíritus se apartan de esta suerte de actividad en beneficio de preocupaciones políticas o filosóficas. Si se admite que los espíritus mejores son los más exigentes, se comprenderá fácilmente los motivos de esta elección".

Esta actitud mental, esta reacción ante personas y hechos del mundo contemporáneo me ha acercado a Roger Caillois, aunque no estamos siempre de acuerdo. Nuestros desacuerdos son a veces violentos... pero fecundos. Y no creo que se le pueda pedir más a un desacuerdo.

Hojeando ayer la traducción española de *Le Mythe et l'homme*, su autor me señaló con asombro y desagrado un pronombre personal. Se quejó del empleo hecho por el traductor de un "yo" malhadado del que él, Roger Caillois, no hubiese echado mano jamás. En efecto, Roger Caillois es ante todo un científico. Se dice, se quiere y se cree esencialmente objetivo. Que me disculpe, pero se me ocurre que no lo es tanto como desearía serlo. Me inclino desde luego ante esa voluntad, ante esa profesión de fe. No puedo, sin embargo, impedirme ciertas reservas mentales referentes no a la sinceridad de sus declaraciones pero sí a la objetividad misma. Este no es el momento de discutir tan tremendo tema.

¿Recuerdan ustedes los habitantes de la cuarta zona del último círculo dantesco, el círculo de Giudecca? Ahí se dan cita con los ángeles las aristocracias del pecado; con los ángeles que sólo pecaron por el espíritu, y en el espíritu.

Sin temor de equivocarnos groseramente, puede afirmarse que en el círculo de Giudecca han de abundar los hombres de ciencia tanto como los artistas. Quizás esta opinión no sea corriente y por eso quiero precisarla ante ustedes. Por eso quiero advertirles que

una de las singularidades de esta fauna singular de hombres que se dicen más o menos abstractos por el hecho de ser científicos, consiste en cierta modalidad luciferina que nada tiene que envidiar a la modalidad satánica que tanto se les ha echado en cara a los artistas.

Frente a este ángel que se prohibe a sí mismo el pronombre personal, siento más que nunca hasta qué punto el empleo del "yo" en la oración es prueba de modestia, en mí por lo menos, y sospecho que en muchos otros mejores y grandes a quienes podría perdonárseles la carencia de esa virtud. Pues decir "yo" es simplemente confesar que uno no habla respaldado por tesoros acumulados de ciencia; es confesar ignorancia; es reconocer públicamente que nuestros sentires y pensares son productos directos de particularidades de nuestra naturaleza, y que no nos avergonzamos ni nos ensoberbecemos de esa naturaleza, porque ni siquiera la hemos elegido.

Les hablaré pues de Roger Caillois de la única manera que sé hacerlo: usando humildemente el pronombre personal. Trataré de explicarles por qué me he empeñado en hacérselos oír, así como me empeñé en que oyeran a Maritain, Bernanos y María de Maeztu. Trataré de explicarles lo que significa para mí.

Poco después de mi llegada a París, Supervielle me invitó a su casa para presentarme algunos jóvenes escritores. Caillois estaba entre ellos. Este primer encuentro fue más bien un desencuentro. Yo no había leído a Caillois y él y yo nos contentamos con mirarnos "comme deux chiens de faience".

Algunos días más tarde Paulhan, el director de la *N.R.F.*, vino a comer a mi casa y me habló del "Collège de Sociologie" fundado en 1937 por Roger Caillois y George Bataille. Me dijo que las conferencias que allí se pronunciaban valían la pena de ser oídas. Esas conferencias, bimensuales, y seguidas de debates, tenían lugar en las "Galeries du Livre" en la rue Gay Lussac. Paulhan y yo quedamos en encontrarnos allí. Y así fue como oí hablar por primera vez al autor de *Le Mythe et l'homme*. Así fue como llegué a interesarme por su pensamiento y por lo que revelaba de rigor, de exigencia, de heroísmo, casi diría, aunque temiendo disgustarlo, de heroísmo desesperado. Así fue como decidí, no pudiendo transportar a todos ustedes a la rue Gay Lussac, transportar aquí a Roger Caillois.

¿Quién es este muchacho de cara puro filo, como navaja de afeitar, a tal punto que cuando está de frente se le ocurre a uno que sigue de perfil? Nació en Reims en 1913, unos meses antes de la guerra. Soldados alemanes debieron llevarlo en sus brazos más de una vez. Desde 1933 hasta 1935, es decir de 20 a 22 años, fue miembro del grupo surrealista. Decidió separarse de él porque le repugnaba su falta de seriedad. En una carta a Breton, fechada el mes de diciembre de 1934 y publicada en folleto por *Les Cahiers du Sud,* puede verse claramente cuán profunda era esa divergencia. Después de haberse alejado del grupo surrealista y como consecuencia de ese alejamiento Caillois funda con George Bataille el "Collège de Sociologie".

¿Qué es el "Collège de Sociologie"? Definir su problema inicial será definirlo. Este problema es el siguiente: Las cuestiones propuestas por el surrealismo son esenciales, pero los que las proponen no están preparados para resolverlas y los métodos que emplean carecen de disciplina y de rigor. Recordemos que estos métodos se basan en esta creencia ingenua y romántica: basta con desechar todo control de la inteligencia para que se exprese en toda su pureza la naturaleza profunda del alma humana. De ahí la falta de severidad y lucidez. El "Collège de Sociologie" se propone hacer, a la inversa, una obra lenta, paciente, científica, pero sin perder de vista las necesidades instintivas elementales que han suscitado los problemas, es decir, sin privar jamás a estos problemas de su aspecto apasionante.

Por otro lado, el "Collège de Sociologie" juzga que es necesario tener en cuenta la influencia de los acontecimientos políticos, principalmente de los grandes movimientos de post-guerra, o sea el leninismo, el fascismo y el hitlerismo. Esos fenómenos colectivos muestran y demuestran que los movimientos sociales sobrepasan hoy a los individuos y que tienen sus leyes propias. Los fundadores del "Collège de Sociologie" estiman que bajo esos postulados y en esas condiciones se puede definir la mitología como una superficie de contacto entre las exigencias sociales ciegas y ciertas necesidades oscuras del alma del individuo tal como el psicoanálisis nos las ha hecho conocer.

El curso que hemos organizado bajo los auspicios de Sur se propone esclarecer, de una manera concreta, las convergencias o

los conflictos de estos dos órdenes de necesidades: las que se originan en la vida colectiva y las que derivan de la parte a-social del ser humano.

He invitado a Roger Caillois a dictar este curso porque fuera de su valor personal, o más bien dicho, a causa de él, el "Collège de Sociologie" me ha interesado especialmente —como lo había previsto Paulhan. Creo ver en el "Collège de Sociologie", un movimiento, una agrupación muy representativa de nuestra época, de sus debilidades, de sus fuerzas, de sus necesidades espirituales.

Las conferencias y los debates de la rue Gay Lussac, la lectura de los libros de Caillois y nuestras conversaciones me han puesto sobre la pista de muchas preguntas, de muchas respuestas frente a los problemas de nuestro tiempo. No quiero decir que me hayan proporcionado soluciones. ¿Pero quién puede jactarse de haber encontrado soluciones en estos días? Vivimos bajo un cielo de tormenta tan denso de nubes, tan próximo a nuestras cabezas, tan oscuro. Sólo se cuenta con la luz del rayo que a cada instante lo surca. Estamos reducidos a no poder distinguir íntegramente los hombres y las cosas más que a la claridad de lo que los amenaza.

El "Collège de Sociologie" lo ha comprendido.

Nietzsche ha dicho en su *Crepúsculo de los ídolos*: "Todo lo que tiene valor me vuelve fecundo. No tengo otra gratitud, no tengo otra prueba del valor de una cosa".

Tengo una deuda de gratitud con el "Collège de Sociologie". Y sé que empiezo a saldarla si la comparto con ustedes.

SUR, Nº 59, agosto 1939.

VICTORIA OCAMPO

Sociología del Verdugo *

Muerte del verdugo

2 de febrero de 1939: muere Anatole Deibler a la edad de 76 años.

Al leer los artículos de los diarios dedicados a la muerte de Anatole Deibler, "ejecutor de altas obras" de la República, parecería que sólo por su fallecimiento descubrió la sociedad la existencia de su verdugo. Rara vez, en todo caso, suscita una muerte natural tantos comentarios sobre la vida de un hombre oscuro que

* Parecen prestarse muy particularmente las circunstancias actuales a un *trabajo crítico* referente a las relaciones mutuas del *ser* del hombre y el *ser* de la sociedad. lo que él espera de ella, lo que ella exige de él.

Los últimos veinte años han asistido, en efecto, a uno de los más considerables *tumultos* intelectuales que se puedan imaginar. Nada duradero, nada sólido, *nada que funde;* todo se pulveriza y pierde sus aristas, aunque el tiempo apenas haya dado un paso más. Pero existe una extraordinaria y casi inconcebible *fermentación:* los problemmas de la víspera se plantean de nuevo cada día y un sinnúmero de otros —nuevos, extremos, desconcertantes— son incansablemente inventados por espíritus de prodigiosa actividad y no menos prodigiosa incapacidad de paciencia y continuidad. En resumen: una producción que inunda realmente el mercado, sin proporción con las necesidades y la capacidad misma del consumo.

De hecho, muchas riquezas, muchos espacios vírgenes bruscamente abiertos a la exploración y, a veces, a la explotación: el sueño, lo inconsciente, todas las formas de lo maravilloso y del exceso (lo uno definiendo a lo otro). Un individualismo furioso, que convertía al *escándalo* en valor, daba al conjunto una especie de unidad efectiva y como lírica. Era, en verdad, pasarse de la meta: en todo caso, es mucho dar a la sociedad eso de complacerse tanto en provocarla. Quizá deba verse ahí el germen de una contradicción cuya amplitud creciente tenía que acabar por dominar, bajo un cierto registro, la vida intelectual de la época: intentando los escritores, con torpeza o soberbia, participar de las luchas políticas, y viendo acordarse tan mal sus preocupaciones íntimas con las exigencias de su causa, que pronto debían someterse o abandonar la empresa.

se empeñaba en hacerse olvidar por los demás y que aparentemente los demás, por su parte, sólo deseaban olvidar. Este hombre había hecho rodar las cabezas de cuatrocientos de sus semejantes y, cada vez, la curiosidad se había orientado hacia el ejecutado, nunca hacia el ejecutor. Reinaba a su respecto algo más que una conspiración del silencio. Era como si una interdicción misteriosa y omnipotente prohibiera evocar al maldito; como si un obstáculo secreto y eficaz impidiera hasta pensar en hacerlo.

Muere: su muerte es anunciada por los diarios con títulos destacados, en primera plana, en varias columnas. No se regatea ni el lirismo ni la documentación fotográfica. ¿Nada ocurre en el mundo, para que se preste tanta atención a un "fait divers"? Em-

De esas dos determinaciones opuestas, investigación de los fenómenos humanos de gran profundidad, solicitación imperativa de los hechos sociales, ninguna puede ser dejada de lado sin que muy pronto se lo lamente. En cuanto a sacrificar a la una por la otra o esperar que sea posible seguirlas ambas paralelamente, la experiencia no ha dejado de mostrar a qué graves errores exponían tan falsas soluciones. De otro lado debe venir la salvación.

Ahora bien, desde hace medio siglo, las ciencias del hombre han progresado con rapidez tal que aún no se tiene suficientemente la conciencia de las posibilidades nuevas que ofrecen, muy lejos de haberse tenido el tiempo y la audacia de aplicarlas a los múltiples problemas que plantea el juego de los instintos y de los "mitos" que las componen o movilizan en la sociedad contemporánea. Resulta naturalmente de dicha carencia que todo un aspecto de la vida colectiva moderna, su aspecto más grave, sus capas profundas, escapan a la inteligencia. Y esta situación no sólo tiene como efecto volver al hombre a las vanas potencias de sus sueños, sino alterar la comprensión del conjunto entero de los fenómenos sociales y viciar en su principio las máximas de acción que en ella encuentran referencia y garantía.

Esta preocupación de volver a encontrar, traspuestos en la escala social, las aspiraciones y los conflictos primordiales de la condición individual, es la base del *Colegio de Sociología*. Es la conclusión del texto que notifica su fundación y define su programa. Necesitamos transcribirlo aquí sin demora:

1. En cuanto se atribuye una importancia particular al estudio de las estructuras sociales, se advierte que los pocos resultados obtenidos por la ciencia en este dominio no sólo son generalmente ignorados, sino que, además, están en contradicción directa con las ideas corrientes acerca de estos temas. Esos resultados, tales como se presentan, parecen sumamente promisorios y abren perspectivas insospechadas para el estudio del comportamiento del ser humano. Pero siguen siendo tímidos e incompletos, por una parte, porque la ciencia se ha limitado demasiado al análisis de las estructuras de las sociedades llamadas primitivas —descartando las sociedades modernas— y, por otra, porque los descubrimientos realizados no han modificado tan profundamente como debería esperarse los postulados y el espíritu de la investigación. Aun parece que obstáculos de naturaleza particular se oponen al desarrollo de un conocimiento de los elementos vitales de la sociedad: el carácter necesariamente contagioso y activista de las representaciones que el trabajo pone de relieve parece ser responsable de ello.

pero, la suerte de Europa está en juego y acaso se decide: es el momento en que un triunfo sin gloria entrega a un vencedor deshonrado una provincia entera que el heroísmo de un pueblo sin armas y abandonado por todos no podía defender más tiempo; es el momento en que el jefe de una gran nación toma oficialmente partido en la querella que divide a los demás países y traslada las fronteras de su patria allende un océano cuya inmensidad —así se creía— no era menos invitación al aislamiento que garantía contra la amenaza. No importa: largos artículos refieren la carrera del muerto y de sus predecesores definiendo su situación en el Estado, comentando sus cualidades profesionales, su forma de operar, su *"doigté"*, no dejando ignorar cosa alguna de su vida privada,

2. Por consiguiente, hay motivo de desarrollar entre quienes se proponen llevar lo más lejos posible las investigaciones en ese sentido, una comunidad moral, en parte distinta de la que une habitualmente a los sabios, y vinculada precisamente al carácter virulento del terreno estudiado y de las determinaciones que en él se revelan poco a poco.

Esa comunidad no es por ello menos libremente accesible que la de la ciencia constituida, y toda persona puede aportarle su punto de vista personal, sin consideración de la preocupación particular que la induce a tomar conocimiento más preciso de los aspectos esenciales de la existencia social. Sean cuales fueren su origen y su meta, se considera que esta preocupación es suficiente por sí sola para fundar los vínculos necesarios para la acción común.

3. El objeto preciso de la actividad contemplada puede recibir el nombre de sociología sagrada, *por cuanto implica el estudio de la existencia social en todas aquellas manifestaciones en que se manifiesta la presencia activa de lo sagrado. Se propone así establecer los puntos de coincidencia entre las tendencias obsesivas fundamentales de la psicología individual y las estructuras dirigentes que presiden la organización social y ordenan sus revoluciones.*

El hombre valora al extremo ciertos instantes raros, fugitivos y violentos, de su experiencia íntima. El *Colegio de Sociología* parte de ese dato y se esfuerza por descubrir movimientos equivalentes —en el corazón mismo de la existencai social— en los fenómenos elementales de atracción y de repulsión que la determinan, así como en sus *composiciones* más acusadas y significativas, tales como las iglesias, los ejércitos, las cofradías, las sociedades secretas. Tales problemas principales dominan este estudio: el del poder, el de lo sagrado, el de los mitos. Su solución no es tan sólo materia de información y de exégesis; es necesario, además, que abarque la actividad *total* del ser. Por cierto, necesita una labor emprendida en común con una seriedad, un desinterés, una severidad crítica capaces no sólo de acreditar los resultados eventuales, sino de imponer respeto desde el principio de la investigación. Empero, oculta una esperanza de orden muy distinto que da todo su sentido a la empresa: la ambición de que la comunidad así formada se desborde de su plan inicial, se deslice de la voluntad de conocimiento a la voluntad de potencia, se convierta en núcleo de una más vasta conjuración: Oculta el cálculo deliberado de que ese cuerpo encuentre un alma.

de su carácter, de sus costumbres. Ningún detalle parece indigno de interesar al lector. Causa sorpresa ese exceso de publicidad dada a un accidente que parecía normal anunciar en un modesto suelto de pocas líneas. Imputar este exceso a la curiosidad malsana del público que exige a los periodistas su pitanza cotidiana, sería una solución algo simple: en todo caso, no dispensaría de meditar sobre la naturaleza *malsana* de esa curiosidad, de interrogarse acerca de su causa, su función, en fin, de determinar los *turbios* instintos que satisfacería. Pero en este caso particular se puede hacer más: *las informaciones publicadas sobre el verdugo fallecido no son, en efecto, vulgares.* Muchas parecen honrar más la imaginación de los reporteros que la seguridad de sus datos. Tanto más notable resulta que, a pesar de las contradicciones que presentan en cuanto se los compara, los distintos artículos trazan del verdugo una imagen del mismo tipo. Esta, según uno u otro autor, está compuesto de elementos divergentes pero cuya organización mutua acaba en todos los casos por formar un *rostro* de igual expresión, como si las imaginaciones se hubieran sentido imperiosamente solicitadas por un mismo esquema, fascinadas por una misma figura, y se hubiesen aplicado a reproducirla con medios de fortuna y trazos más o menos arbitrarios. Trátase, pues, de reconstituir ese modelo ideal tan persuasivo. Tiene uno, de antemano, la certeza de que la tarea no carece de interés, pues se tropieza de pronto con la más absorbente dificultad al comprobarse hasta qué punto los autores de los artículos están menos de acuerdo sobre los hechos que sobre su halo legendario, hasta qué punto sus relatos se destruyen mutuamente cuando se trata del incidente observable, material, histórico, que constituye la muerte de un anciano, a la madrugada, en una estación del subterráneo metropolitano, y se corroboran, al contrario, por todo lo que añaden de subjetivo e incontrolable al acontecimiento puro. En general, uno no espera encontrar deleznable y difusa la realidad, resistente y neto lo imaginario.

No hay que extrañarse excesivamente de que las versiones del incidente no concuerden: sería absurdo pedir a los periodistas más de lo que pueden dar. En verdad, no tienen ni el tiempo ni los medios de obrar como historiadores. Pero no deja de ser sorprendente que hayan logrado —como por el efecto de una armonía preestablecida— semejante acuerdo en todo lo demás. Acaso

han bebido en la misma fuente [1], pero —aparte de que las informaciones están lejos de referirse todas a los mismos puntos— ello no explica de ningún modo la identidad tan impresionante de los comentarios tendenciosos que acompañan.

En primer lugar, se advierte el cuidado sistemático con que parece haberse intentado oponer el carácter del verdugo a su función. Como ésta da miedo, se le describe como temeroso y asustadizo. Se compara su "villa" a una casamata de la Línea Maginot, tan provista está de dispositivos de seguridad. Se cuenta que, negándose a subir a un automóvil del Ministerio de Justicia que le va a buscar a su domicilio para un caso de urgencia, llama un taxímetro, diciendo a los enviados del Ministro: "Disculpen, pero nunca se puede confiar en desconocidos" [2]. Su función es solemne y severa: se dice que el verdugo es familiar y afable. Pasea todas las mañanas a su perrito, frecuenta por las tardes los hipódromos, se hace llevar a menudo el aperitivo a su casa, desde el café vecino, cuando su estómago se lo permite; gusta de jugar a la "manille" [3]; se le describe como un pequeño rentista [4], como un "jubilado" [5]; posee "bienes" [6]. Su vida es la de un funcionario puntual, un "buen padre de familia" [7]. En su barrio le llaman "el burgués del *Point-du-Jour*" [8], sin malicia, al parecer, porque el periodista que señala el detalle no parece tener conciencia del doble sentido siniestro de la expresión, ya que el verdugo opera al amanecer [9]. Ejerce la más implacable de todas las profesiones: le atribuyen un corazón sensible, siempre dispuesto a prestar servi-

[1] Probablemente en las *Memorias* de Deibler publicadas otrora por *Paris-Soir*. Estas mismas memorias, por otra parte, ya están 'estilizadas' desde un principio, pues fueron redactadas por un periodista que alquiló una pieza en la casa del verdugo para recoger sus confidencias por cuenta de su diario.

[2] *Le Figaro* (no cabe duda de que se trata de un infundio: no se decapita "con urgencia").

[3] *Excelsior*. [4] *Le Figaro*. [5] *Paris-Soir*. [6] *L'Intransigeant*.

[7] *Paris-Soir* (título). [8] *Paris-Soir* (tubtítulo). [9] El *Point-du-Jour* es un sector del barrio de Auteuil. Su nombre significa casi literalmente "despuntar del alba". — (N. del T.).

cio a sus semejantes y auxiliar a los pobres [1]. Se explican por su temperamento humanitario los perfeccionamientos que introdujo en la guillotina [2]. Se presta a su rostro una expresión dulce y melancólica [3]. Su oficio es lúgubre, brutal, sangriento: le muestran exclusivamente dedicado a tareas refinadas, delicadas. Aficionado a lo hermoso y creador de belleza, cultiva rosas raras con celoso cuidado, modela y cuece vasijas artísticas [4]. Sufre en su vida privada más tormentos que los que inflige en su vida pública: el error de un farmacéutico provoca la muerte de su hijo a la edad de cinco años. Su hija, que envejece sin encontrar marido, lleva "una existencia perseguida". Es más de lo necesario para ensombrecer los días de ese verdugo supliciado en su vida familiar [5].

El encarnizamiento con que se busca el contraste produce a veces las asociaciones más caprichosas: uno de los comentaristas se pregunta si este hombre dedicado a las tareas macabras no ha elegido, para residir en ella, la calle Claude Terasse, porque lleva el nombre de un músico alegre [6]. En general, el tema doblemente fúnebre de la muerte del verdugo da ocasión para provocar la risa por chistes de circunstancias o por el recuerdo de anécdotas relacionadas con la profesión del personaje. Se observa, por ejemplo, que el oficio de verdugo no tiene "morte-saison", o sea períodos de merma del trabajo [7]. Entre las anécdotas cómicas relatadas, una sola, suntuosa y absurda, da el tono verdadero de este intento de liberación de una angustia, de ese recurso al sacrilegio que representa infaltablemente, en esta oportunidad, la risa. Uno de los Sanson, verdugos en la época de Luis XV, tenía la mano tan liviana que operaba sin que el reo tuviera la menor sensación. Cuando ejecutó a Lally-Tolendal, éste le preguntó con impaciencia: "Vamos, amigo, ¿qué está esperando?". Y Sanson contestó lo que sigue, cuya comicidad nace del horror mismo y procede del hecho de que se dirigía a un cadáver: "Ya está, Monseñor; re-

[1] *Le Figaro.* [2] *Le Figaro, L'Intransigeant,* etc. [3] *Le Figaro.* [4] *Excelsior.* [5] *Paris-Soir.* [6] *La Liberté.* [7] *L'Ordre.*

póngase usted" [1]. Pero Deibler es representado como persona sumamente indiferente, si no hostil, a las historias de verdugos y de ejecuciones. Devuelve una colección de obras sobre dicho tema a un inglés que se las había obsequiado, con estas palabras altaneras y en cierto modo solemnes: "Para todo lo que se relaciona con el ejercicio de sus funciones, el verdugo no debe saber leer" [2].

Inversamente, oponiéndose a estas patrañas, se observa una tendencia a forzar el carácter siniestro, *inexplicable,* del ejecutor de justicia. Apenas se ha descrito su existencia como "apacible", se la pinta después como "espantosa". Se le convierte así, cual lo indica el título destacado de un artículo, en el "verdugo de doble existencia" [3]. Desde la infancia es separado de la sociedad de sus semejantes. El oficio de su padre, que él desconoce —según dicen— le condena en la escuela al aislamiento. Sus compañeros le persiguen, le insultan, le excluyen de sus juegos [4]. Por ellos se entera de la "maldición" que pesa sobre él. Esto le causa una "conmoción terrible". Pero derivando orgullo de su ignominia, juega a "guillotinar" a sus condiscípulos y se ingenia para aterrorizarlos [5]. Más tarde, cuando intenta encontrar trabajo, se declinan sus ofrecimientos en cuanto se conoce su nombre "marcado con un sello sangriento" [6]. De noche, es despertado por su padre, presa de alucinaciones, que grita: "¡Sangre!... ¡Sangre!" [7]. Este, efectivamente, presenta su renuncia porque, durante las ejecuciones, se siente cubierto de sangre, aunque esté tan inmaculado como los magistrados que se hallan a su lado [8]. Nadie consiente en dar su hija en matrimonio al hijo del verdugo. Pide la mano de la hija del carpintero Heurteloup, que fabrica para el mundo entero guillotinas y cadalsos, el único hombre que, como el ejecutor, pero indirectamente, vive de la muerte ajena. Se lo rechaza: el artesano no quiere que su hija se case con un cortador de cabezas [9]. Aquí interviene lo novelesco, es decir que se *convierte naturalmente al verdugo en héroe de novela:* por desesperación de

[1] *Le Figaro (Les Echos,* p. 2). [2] *Le Figaro.* [3] *Paris-Soir.* [4] *Paris-Soir, Ce Soir.* [5] *Paris-Soir* (demás está señalar el carácter "gratuito" de todos estos detalles). [6] *Paris-Soir.* [7] *Le Progrès de Lyon.* [8] *L'Intransigeant.* [9] *Ce Soir, L'Intransigeant, Le Progrès de Lyon.*

amor consiente en suceder a su padre [1]. También se refiere que un amor desgraciado empujó al primero de los Sanson a entrar en la carrera que habían de ilustrar sus descendientes [2]. Así resulta manifiesta la naturaleza folklórica del relato.

Se traza un cuadro dramático de la mañana en que el joven acepta su destino. Su padre va a despertarle al alba para la ejecución en que, por primera vez, le servirá de ayudante, y le dice: "Levántate, es hora". Se hace observar que "el futuro verdugo era arrancado al sueño como un condenado a muerte" [3].

Los cronistas, por fin, se complacen en situar la muerte del verdugo en el terreno de la maravilla. Se considera que las coincidencias no son casuales, sino de una oscura necesidad. Se insiste en el hecho de que el hombre que daba la muerte súbita ha muerto súbitamente. Se subraya que perdió la vida en el momento en que partía para dar la muerte. Se advierte que la ejecución a la cual se dirigía iba a tener lugar en Rennes, *su ciudad natal.* La providencia —se dice— no podía hacer morir al verdugo en forma ordinaria. Es éste, acaso, el tema más constante de los cotidianos [4]: es preciso que el fallecimiento del ejecutor de justicia termine de un modo satisfactorio y homogéneo una existencia que se representa enteramente sometida a una fatalidad.

La realidad, hay que confesarlo, nada tiene que envidiar al mito. En efecto, el personaje del verdugo aparece único en el Estado. No es, propiamente dicho, un funcionario, sino un empleado directo que el Ministerio de Justicia retribuye con fondos de un capítulo especial de su presupuesto. Se quiere dar a entender que el Estado no le conoce. *En todo caso, en un punto importante, está fuera de la ley:* se le "olvida" en los registros de la conscripción. Los hijos de los verdugos están dispensados del servicio militar por un acuerdo tácito. El extinto verdugo, para escapar a su suerte, se presentó espontáneamente en la oficina de enrolamiento, sin convocatoria, y se plantó "ante los oficiales estupefactos". Fue preciso enrolarlo, por falta de textos legales que

[1] *Ce Soir.* [2] *Le Figaro.* [3] *Paris-Soir.* [4] *L'Epoque.*

oponerle [1]. Más aún: el cargo de verdugo es, prácticamente, hereditario. Cuando se quiere poner en evidencia la fatalidad que gravita sobre su vida, se le muestra como hijo, nieto y bisnieto de verdugos [2]. El carácter hereditario del empleo —escandaloso, sin embargo, en una democracia— no suscita comentario alguno. Al contrario, es puesto de relieve en los subtítulos compuestos en tipo grueso: "El último de una dinastía" [3], "una estirpe de verdugos", "una familia de ejecutores" [4], "una trágica estirpe". Algunos diarios admiten *como natural* la sucesión en la rama lateral y la transmisión automática al sobrino de M. Deibler del cargo de éste, que no tiene heredero del sexo masculino en línea directa [5]. Se señala, sin subrayar su carácter excepcional, la prerrogativa —típica del poder soberano— que permite al verdugo designar a su sucesor. Se advierte solamente que el extinto hizo uso de ella en julio de 1932 en favor del hijo de su hermana, pero nadie se preocupa de explicar cómo, en tales condiciones, otro candidato puede presentar su candidatura a la función de verdugo.

Por fin, se menciona una tradición "secular" según la cual, después de la muerte del verdugo, se conmutaría la pena del primer reo que habría de subir al cadalso [6]. Todo se presenta como si la vida del verdugo rescatara la del criminal, y esta intervención de un derecho de gracia que se ejercería con motivo de la *muerte* del verdugo, tal como después del *nacimiento* de un heredero del trono, asimila nuevamente, en cierto grado, el ejecutor de justicia al depositario del poder supremo.

Tal es, en efecto, su realidad sociológica, la que explica sus privilegios singulares y su situación paradójica con respecto a la ley, la que, por otra parte, justifica la atmósfera de maravilla con que se complacen en rodearle y el carácter ambiguo que se presta a su existencia. Aprieta el botón homicida *en nombre del pueblo*

[1] *L'Intransigeant.* [2] *Le Figaro.* [3] *Ce Soir.* [4] *Paris-Soir.* [5] *L'Humanité, L'Action Française, L'Ere Nouvelle.* [6] *L'Humanité, Le Petit Parisien, Paris-Soir.*

francés [1]: sólo él puede hacerlo. Se le llama *Monsieur de Paris*. Este título de nobleza evidente, cuya solemnidad se comenta [2], parece haber impresionado tanto a los periodistas que éstos intentan a veces proponer explicaciones del mismo. Estas explicaciones proceden, significativamente, del racionalismo grosero, del evhemerismo ingenuo en que se fundan generalmente las primeras tentativas de reducción de un mito. Aquí se habla, sin insistir, del hombre a quien llaman, *en provincias*, "El Señor de París" [3]: y la sugestión es clara. Allá, el autor no omite precisiones: en los hoteles donde paraba el verdugo —afirman seriamente— éste recomendaba al personal que no revelase su identidad. Por eso contestaban a los curiosos que preguntaban su nombre: "Es *el* señor de París" [4]. Aparte que esta respuesta es estrictamente imposible de dar (porque el empleo del artículo definido supone que la persona de quien se habla es conocida ya) no explica que la expresión se haya conservado y generalizado, ni —sobre todo— que se haya transformado completamente por la supresión del artículo. Cada cual, sin que sea necesario insistir, siente toda la diferencia que existe entre "*el* señor de París" y "Señor de París". En realidad, se trata de una apelación oficial, paralela a las de los verdugos provinciales: Monsieur de Bretagne, Monsieur d'Alger, etc., en que *Monsieur* tiene el sentido de *Monseigneur*, y que corresponde exactamente al título protocolar que usaban antaño los altos dignatarios de la Iglesia, y particularmente los obispos. Por ejemplo, se califica corrientemente a Bossuet de "Monsieur de Meaux", a Fénelon de "Monsieur de Cambrai", a Talleyrand de "Monsieur d'Autun". La tentativa de exégesis sólo es interesante por su absurdo mismo. Traduce el malestar del espíritu racionalista frente a hechos cuya naturaleza se le escapa.

Empero, el parecido del verdugo y del jefe del Estado, su situación antitética —destacada por las instituciones— se manifiesta hasta en la indumentaria: la levita, en efecto, se considera como un verdadero *uniforme*, casi como un traje de ceremonia que pertenece menos al hombre que a su función y se transmite con ella. En uno de los relatos de la vida de M. Deibler, para significar simbólicamente que se resigna por fin a su destino, se mencio-

1 *L'Intransigeant.* 2 *La Liberté.* 3 *Excelsior.* 4 *Le Jour.*

na que un día lleva a su casa la levita negra de los ayudantes [1]. Esta, agregada al sombrero de copa —en que se pretende ver un "refinamiento de gentilhombre" [2]— convierte al verdugo, para los ojos, en una especie de doble siniestro del jefe del Estado, vestido tradicionalmente del mismo modo. En igual forma, bajo la monarquía, la apariencia del verdugo era la de un gran señor: tenía obligación de enrularse y empolvarse el cabello, de llevar entorchados, medias blancas y escarpines negros. Se sabe, además, que en ciertos estados de Alemania, el verdugo adquiría determinados títulos y privilegios de nobleza cuando había cortado un número fijo de cabezas. Más extraño es que, en Wurtemberg, tenía derecho de hacerse llamar "doctor". En Francia gozaba de ciertos privilegios: recibía una cabeza de cerdo de la Abadía de Saint Germain cuando había procedido a una ejecución en su territorio, y en el día de San Vicente marchaba al frente de la procesión de la abadía. En París, la municipalidad le destinaba cinco varas de paño para vestirse. Cobraba algunos derechos, especialmente sobre las verduras expuestas en el mercado central. Iba personalmente a exigir ese pago. Sobre todo se le reconocía el privilegio del "hâvage", que consistía en apoderarse de la cantidad que su mano podía apresar de todos los cereales expuestos en el mercado. Más aún: una costumbre extraña, una obligación más característica que un privilegio, le convertía en sustituto del rey en circunstancias muy precisas: estaba encargado de sentar a su mesa a los caballeros de San Luis empobrecidos. Se hace observar que, en tales circunstancias, Sanson ostentaba una hermosísima platería.

El soberano y el verdugo

La secreta afinidad del personaje a quien más se honra en el Estado y del personaje más desacreditado se revela hasta en las imaginaciones, en donde ambos son tratados del mismo modo. Se ha visto con qué insistencia se confrontaba el horror y la sangre de la guillotina con la vida *tranquila* y el carácter *apacible* del verdugo. Simétricamente, en cada oportunidad, coronación o visita de soberanos, se complace la gente en oponer al fausto real,

[1] *Ce Soir.* [2] *L'Ordre.*

a la pompa lujosa que los rodea, la sencillez y la modestia de sus gustos, sus costumbres "burguesas". En uno y otro caso, se coloca al personaje en un círculo de espanto o de seducción, pero al mismo tiempo se empeñan los comentaristas en ponerle en contradicción con ese círculo, en reducirle a la medida del hombre común. Es como si éste sintiera un doble estremecimiento al ver a los seres de excepción, a la vez muy cercanos y muy alejados de sí mismo. Tiende a identificarse con ellos y a separarse de ellos con igual movimiento de avidez y de retroceso. Se ha reconocido ya la constelación psicológica que define la actitud del hombre frente a lo sagrado, tal como San Agustín la describió, confesándose lleno de *ardor* al pensar en su semejanza con lo divino, y presa del *horror* cuando se representa su disimilitud con él [1]. El soberano y el ejecutor de justicia se encuentran, de igual modo, aproximados a la masa homogénea de los ciudadanos, y se ven al mismo tiempo violentamente alejados de ella. La ambigüedad que presentaba *cada uno de ellos* se manifiesta ahora también *entre ellos,* reuniendo uno en su persona todos los honores y todos los respetos, y el otro todas las repugnancias y todos los desprecios. Así ocupan en los espíritus como en la estructura del Estado situaciones correspondientes y sentidas como tales, únicos cada cual en su lugar y evocándose uno al otro precisamente por su antagonismo [2].

El soberano y el verdugo desempeñan, pues, uno en la claridad y el esplendor, el otro en lo sombrío y repugnante, funcio-

1 *Confesiones* XI, 9, 1: "Et inhorresco, et inardesco. Inhorresco in quantum dissimilis ei sum. Inardesco in quantum similis ei sum.

2 Siéntese uno tentado de interpretar así algunos detalles aberrantes de los artículos dedicados a la muerte de M. Deibler. Acaso sea temerario, pero la ausencia de toda explicación es una excusa para proponer una. Se dice que el verdugo se consoló de sus amores desgraciados con la hija del carpintero Heuteloup con "la petite reine" (*L'Intransigeant*), expresión que, al parecer, designa a los concursos ciclistas. Hay motivo de preguntarse si el ejemplo de esta extraña metáfora no ha sido provocado por el sentimiento más o menos consciente de la situación homóloga, en toda sociedad, del jefe del estado y del verdugo. Un periodista pregunta quién es el funcionario francés, único en su género, cuyo nombre contiene las letras L. E. B y R y pretende que el hombre de la calle contestará que se trata de M. Lebrún. Sin duda no hay que pedir a tales chistes más de lo poco que son susceptibles de aportar, pero por lo menos esto último atestigua que el magistrado supremo y el verdugo de la República tienden a formar pareja en el espíritu.

nes cardinales y simétricas. Uno manda el ejército, del cual el otro está excluido. Son igualmente *intocables:* se mancharía al primero tocándole o aun mirándole (hay que bajar los ojos ante un superior). Se mancharía uno mismo al contacto del segundo. Así, en las sociedades primitivas, ambos están sometidos a numerosas interdicciones que los apartan de la existencia común [1] y hasta hace poco, todavía, estaba prohibido al verdugo entrar en un lugar público. Es difícil casarse con el rey, y es igualmente difícil casarse con el verdugo. El primero no se une con cualquiera. Con el segundo, cualquiera no consiente en unirse. El nacimiento aísla a ambos en su grandeza o en su ignominia pero, representando los dos polos de la sociedad, se atraen mutuamente, tienden a reunirse por encima del mundo profano. Sin que sea necesario hacer aquí el estudio del verdugo en la mitología y el folklore, hay que insistir, sin embargo, en la frecuencia con que, en los cuentos, el amor une a la reina con el verdugo (o su hijo) y al ejecutor con la hija del rey. Es, en particular, el tema de una leyenda de la Baja Austria del cual sacó Karl Zuckmayer su célebre pieza teatral *Der Schelm von Bergen.* En otros relatos, la reina, durante un baile de máscaras, danza con un hermosísimo caballero de rojo antifaz, de quien se enamora locamente y que no es otro que el verdugo. En un tercer tipo de cuentos, el hijo del verdugo conquista a una princesa, por ser el único que logra vencer el sortilegio que la sume en mágica melancolía, que la priva de sueño o que, al contrario, le impide despertar [1]. Tal como el rey asume a veces funciones sacerdotales, y en todo caso se encuentra clasificado del mismo lado que el sacerdote y Dios, ocurre que el verdugo aparezca como el personaje sacrosanto que representa a la sociedad en todos los actos religiosos. Se le confía la consagración de las primicias de la cosecha [2]. Pero pertenece en general al aspecto irregular, siniestro, maléfico, del mundo sobrenatural. Es una especie de brujo, de sacerdote al revés; puede co-

[1] En cuanto al rey es cosa harto conocida: en cuanto al verdugo, ver, por ejemplo, *Frazer* "Tabou et les périls de l'âme", trad. francesa, París, 1927, p. 150-51.

[1] Estos datos me fueron comunicados por M. Hans Mayer a quien agradezco aquí muy vivamente.

[2] Frazer: *Le Bouc émissaire,* trad. francesa, París, 1925, ps. 158 y 407 (nº 440).

mulgar, pero debe recibir la hostia con las manos enguantadas, cosa que se prohibe a todos los demás fieles; cuando los padres niegan su consentimiento al matrimonio de dos jóvenes, cuando la Iglesia, por algún motivo, no acepta bendecir su unión, van a buscar al verdugo que los casa uniendo sus manos, no sobre un libro santo sino sobre una espada. Además, vestido de rojo, el ejecutor en cierto modo es asimilado al diablo. Su arma esconde toda la contagiosidad de lo sacro: lo que se pone en contacto con ella le queda dedicado y le pertenecerá tarde o temprano. En un cuento de Clément Brentano, por inadvertencia, una joven posa la mano en el hacha del verdugo: ya está; haga lo que haga, está destinada al cadalso y, efectivamente, le corta la cabeza el mismo hierro que imprudentemente ha tocado.

Se atribuyen al verdugo, como a un personaje sobrenatural, los fenómenos meteorológicos. En Saint-Malo, cuando nieva, dicen que "el verdugo descañona sus gansos". En un conjuro contra la niebla, se la amenaza, para hacerla huir, con la llegada del verdugo que la estrangulará "con su perra y su perro". Desempeña el papel de personaje legendario cuyo paso ha marcado la naturaleza, el paisaje, el lugar. En el "Bocage" normando, un riacho se llama "el arroyo de las manos sucias". Otrora, sus aguas eran puras. Pero desde que el verdugo se lavó allí las manos ensangrentadas, después de haber despellejado a un personaje local, han quedado mancilladas. En virtud de esa ley que atribuye a todo lo que causa horror un poder eficaz de curación, una vertiente de Saint-Cyr en Talmondois, llamada "Fuente del Brazo Rojo" porque —según la tradición— allí se ahogó un verdugo, tiene fama de estar dotada de virtudes curativas. Los curanderos de verrugas, de excrecencias de toda índole, van allá a pronunciar sus fórmulas, como si el ejecutor, el que hace rodar las cabezas, hubiera comunicado al agua el poder de hacer caer, ella también, *todo lo que sobresale* [1].

De un modo general, el verdugo pasa por brujo. En verdad está bien colocado, por sus funciones, para poseer en abundancia los múltiples ingredientes extraídos de los cadáveres de los reos, con los cuales la magia se complace en componer sus remedios.

1 P. Sébillot: *Le Folklore de la France,* Paris 1906, I, 86; I, 119; II, 282; II, 374.

Le compran grasa de ahorcado, con que se curan los reumatismos, y raspadura de cráneo humano, que se utiliza contra la epilepsia. Sobre todo, comercia con la mandrágora que crece al pie de los patíbulos y cuya posesión procura mujeres, tesoros y poderío. Conservó durante mucho tiempo el privilegio de vender los despojos de los supliciados, que la superstición siempre considera como talismanes; el pueblo de París se disputó apasionadamente los de la marquesa de Brinvilliers. Aquí también se advierte el vínculo que une al poder soberano las fuerzas oscuras y poderosas que residen en el verdugo y en el crimen. En el palacio del emperador de Monomotapa, estado otrora poderoso del sudeste africano, había una pieza en que se calcinaban los cuerpos de los condenados; sus restos servían para fabricar un elixir reservado para el uso exclusivo del potentado.

Es inútil hacer conjeturas —como se ha venido haciendo— sobre la práctica de supercherías para explicar tal situación. Puede admitirse que los verdugos hayan empleado subterfugios en ciertas ejecuciones, practicando, debajo de la cuerda, una abertura en la arteria del cuello del ahorcado, y dejando de dar a éste la patada en las vértebras cervicales, destinada a acabarlo[1]. Pero es preciso negarse a ver en eso nada que haya podido hacer atribuir al verdugo la capacidad de resucitar a los muertos. Si el engaño se intentó jamás, era conocido y no pudo servir para que se atribuyera al ejecutor un poder que, por otro lado, en ninguna parte se atestigua. Al contrario, es patente que los conocimientos médicos que se les atribuyen provienen de la naturaleza misma de su oficio, de la facilidad que de él deriva para procurarse las sustancias que requiere la composición de los diversos ungüentos, y del género de vida que estaban obligados a llevar. Aun en el siglo XIX, el verdugo desempeña el papel de curandero y hace una competencia solapada al médico diplomado. El de Nîmes es célebre. Un inglés que padecía una tortícolis rebelde, abandonado por los profesores de la Universidad de Montpellier a quienes —cruzando al Canal de la Mancha— había ido a consultar, acaba por confiarse a sus cuidados. El verdugo simula ahorcarle y le cura. La anécdota habla por sí sola. Tal como los jóvenes que

[1] Charles Durand, en un manuscrito inédito citado en el artículo "Bourreau" del *Grand Larousse*.

desesperan de recibir la bendición *regular* de las autoridades eclesiásticas se hacen casar por el maldito, los pacientes que *desesperan* de la ciencia *oficial* van a golpear a su puerta para lograr la curación. Así, en forma constante, se ve al verdugo oponerse y sustituirse a las instituciones que reconoce, respeta y sostiene la sociedad, y que, en cambio, reflejan sobre ella la veneración y el prestigio de los cuales son rodeadas. Quienes pierden la fe en estos organismos todopoderosos, quienes ya no esperan de ellos la realización de sus esperanzas, se vuelven hacia su contrapartida siniestra y despreciada, que no está constituida en *cuerpo* como la Justicia, la Iglesia, la Ciencia, que vive apartada, *al margen*, que se huye y se persigue a la vez, que se teme y que se maltrata: cuando Dios no responde, se dirigen al Diablo, cuando el médico es impotente, al curandero, cuando los Bancos se niegan, al usurero. El verdugo abarca ambos mundos. Tiene mandato de la ley pero es su último servidor, el que se halla más cerca de las regiones oscuras, periféricas en que se mueven o están ocultos aquellos a quienes combate. Parece emerger de una zona turbia y terrífica a la luz del orden y de la legalidad. Aparentemente, se disfraza con la ropa que viste para oficiar. La Edad Media no le permitía residir en el interior de las ciudades. Su casa estaba edificada en los baldíos de los suburbios, tierra de elección de los criminales y las prostitutas. Durante mucho tiempo, la condición de verdugo, disimulada al alquilar un inmueble, era causa valedera de anulación del contrato. Aún hoy, en París, el transeúnte observa con sorpresa, en la Place-Saint Jacques, miserables casuchas bajas, perdidas al pie de altos edificios de renta: allí vivían antaño el verdugo y sus ayudantes, y se depositaban los palos de la horca. Casualidad o prejuicio, nadie hasta hoy las ha adquirido para derribarlas y edificar en ese sitio. En España, la casa del ejecutor se pintaba de rojo. El mismo debía llevar una casaca de paño blanco orlada de escarlata y cubrirse la cabeza con ancho sombrero. Porque importa señalar su antro y su persona al horror de sus semejantes.

Todo vincula al verdugo a la parte no asimilada del cuerpo social. La más de las veces es un criminal perdonado. En otros tiempos, era el *último* habitante instalado en la ciudad; en Suabia, el *último* concejal elegido; en Franconia, el *último* casado. Desempeñar las funciones de ejecutor se convierte así en una especie

de derecho de entrada, de gaje de agregación a una comunidad; en un cargo confiado a la persona que se encuentra en un *período marginal* y que debe asumirlo hasta que un recién venido ocupe su sitio de *último en llegar* [1] y lo suelde definitivamente a los demás miembros de la colectividad.

Hasta las rentas de los verdugos parecerían condenadas a ser inconfesables. Alquilaba los puestos de la plaza de la Picota. Es dueño —o se le atribuye la administración— de los prostíbulos. Bajo el antiguo régimen, cobraba un derecho a las prostitutas. Rechazado por la sociedad, comparte la suerte de todo lo que ella reprueba y mantiene apartado. Es nombrado por carta de la Gran Cancillería, rubricada por el rey mismo. Pero se le arroja el documento bajo la mesa, a donde debe ir a recogerlo, arrastrándose. Es, ante todo, el hombre que acepta matar a los hombres en nombre de la ley. Tan sólo el soberano del Estado tiene el derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos de una nación, y es el verdugo, tan sólo, quien aplica este derecho. Deja al soberano la parte prestigiosa, y se encarga de la parte infamante. La sangre que mancha sus manos no salpicará al tribunal que pronunció la sentencia: el ejecutor toma sobre sí todo el horror de la ejecución. Por el mismo hecho se encuentra asimilado a los criminales que sacrifica. Aquellos a quienes están destinados a proteger los terribles ejemplos cuyo artesano es, se apartan de él, le miran como a un monstruo, le desprecian y le temen en la misma medida que temen a aquellos de los cuales está encargado el verdugo de librarlos definitivamente. Llega esto hasta el punto de que su muerte, aparentemente, rescata la vida de un criminal. Es anexado por el mundo de perdición en cuya frontera se halla colocado como centinela vigilante e implacable, a la vez que se ve abrumado y rechazado por quienes le deben su seguridad. Javier de Maistre, al final del retrato impresionante que hizo del verdugo, del terror que inspira, de su aislamiento entre sus semejantes, ha señalado justamente que ese colmo viviente de abyección es, sin embargo, la condición y el sostén de toda grandeza, de todo poderío, de toda subordinación. "Es el horror y el vínculo de la asociación humana" concluye. No podía manifestar con fórmula más feliz

[1] *"Dernier venu"*: esta expresión tiene un sentido netamente peyorativo en francés. — (N. del T.).

hasta qué punto el ejecutor constituye el "pendant" solidario y antitético del "honor y el vínculo" de esa asociación, del soberano cuya majestad supone la mitad de oprobio que asume su abyección.

Se comprende, en estas condiciones, que la ejecución capital del rey llene de asombro y espanto al pueblo, y aparezca como el punto culminante de las revoluciones. Reúne los dos polos de la sociedad, para hacer sacrificar a uno por el otro, para asegurar una victoria momentánea de las fuerzas de desorden y de tinieblas sobre las potencias de orden y de luz. Este triunfo sólo dura el instante en que cae el hacha, porque el acto no es menos sacrificio que sacrilegio. Atenta a una majestad, pero este atentado sirve para fundar otra, y de la sangre del soberano nace la divinidad de la nación. Cuando el verdugo muestra al pueblo la cabeza del monarca, atestigua la perpetración de un crimen, pero al mismo tiempo comunica a la concurrencia, bautizándola con sangre real, la virtud santa del soberano decapitado.

Sea cual fuere el carácter paralizante de tal gesto, no hay que esperar que haya recibido jamás en la historia una significación más precisa, en cuanto se sale de las sociedades en que la ejecución periódica del rey forma parte del juego regular de las instituciones, entra en su funcionamiento normal a título de rito de rejuvenecimiento o de expiación. Tales representaciones no tienen relación alguna con la ejecución del soberano, tal como ocurre en el curso de una crisis de régimen o de dinastía, cuando se presenta como episodio de naturaleza y función puramente políticas, aun si ha suscitado en cierto número de personas, como es normal, reacciones *individuales* de carácter netamente religioso. Lo cual no impide tener por seguro que, *en la conciencia popular*, la decapitación del rey aparece infaltablemente como la *cima* de la revolución. Es para la multitud el espectáculo sangriento y solemne de la transmisión de poderes, la ceremonia que santifica al pueblo en nombre de quien se realiza.

Muy significativa, a este respecto, es la actitud de la Revolución Francesa con respecto al ejecutor. Se asiste a numerosas manifestaciones claramente destinadas a *integrarle* en la esfera noble, justa, respetada del mundo social. El Padre Maury le discute aún el 23 de diciembre de 1789 los derechos de ciudadano activo.

La Convención irá más lejos que acordárselos. No hay marca de honor que no se le prodigue. Lequinio, representante del pueblo en misión, abraza públicamente al verdugo de Rochefort después de haberle invitado a comer y sentado a la mesa frente a él; le hacen abrir el baile en las fiestas oficiales. Un decreto de la Convención da a los ejecutores de justicia el grado de oficiales en los ejércitos de la República. Un general hace grabar la guillotina en su sello. La Asamblea refuerza la prohibición de darles el nombre infamante de verdugos. Se discute el nuevo título que ha de dárseles. Se propone el de "Vengador del Pueblo". En el curso del debate, Mathon de la Varenne hace su apología: se indigna de que el castigo del culpable sea "deshonroso para quien se lo hace sufrir". Por lo menos, según él, la ignominia debería ser repartida entre todos los que colaboran en la obra de justicia, desde el presidente del tribunal hasta el último escribiente.

A esta promoción del verdugo corresponde la destitución del rey. Se hace entrar a uno en la legalidad en el momento en que se hace salir de ella al otro. El discurso pronunciado por Saint-Just el 13 de noviembre de 1792, y que causó tal sensación en la opinión pública que los historiadores lo consideran como el acto mismo que determinó la condena de Luis XVI, está consagrado enteramente a legitimar la exclusión del monarca de la protección de las leyes. La fría e implacable lógica del orador muestra que no hay término medio: Luis debe "reinar o morir". No es ciudadano, no puede votar, no puede llevar las armas. Las leyes de la ciudad no están hechas para él. En una monarquía, está por encima de ellas; en una República, está fuera de la sociedad por el simple hecho de haber sido rey. "No se puede reinar inocentemente". Del mismo modo hemos visto al verdugo escapar a las leyes: él tampoco podía llevar las armas y querían quitarle el derecho de votar, *como si no se pudiera ser verdugo inocentemente.* La situación está invertida. La comunidad rechaza al rey de su seno y convierte al ejecutor en mandatario honroso de la soberanía popular. Saint-Just no oculta que la muerte del rey será la fundación misma de la República y constituirá para ella "un vínculo de espíritu público y de unidad" [1].

[1] Saint Just: *Obras Completas,* París 1908, t. I, ps. 364-372.

Si la decapitación de Luis XVI se ofrece así como prenda y símbolo del advenimiento de un nuevo régimen, si su destitución aparece tan precisamente simétrica con la ascensión del verdugo, se comprende que la ejecución del 21 de enero de 1793 puede ocupar, en el curso de la Revolución, el sitio correspondiente a una especie de paso por el cénit. Representa verdaderamente el punto culminante de una curva y provee la ilustración más densa, más apretada, más vigorosa de la crisis entera, y la que la resume más completamente en la memoria.

Al contrario, la ejecución de María Antonieta no fue, de ningún modo, asunto de Estado. No hizo renacer la majestad de un rey en la majestad de un pueblo. La "Viuda Capeto" comparece ante el Tribunal Revolucionario y no ante la Convención, es decir ante jueces y no ante los representantes de la nación. Se encarnizan con su vida privada. Se persigue en ella tanto a la mujer como a la reina. Se ingenian para deshonrarla. La multitud la insulta mientras la carreta la conduce al cadalso. Un diario, al informar sobre la ejecución, observa que fue preciso que "bebiera largamente la muerte".

Incontestablemente, esta vez, un componente sádico desempeña su papel en los aplausos de la asistencia que ve a la reina entregada al verdugo. La escena parece la contraparte de los cuentos en que la soberana se enamora del ejecutor. El amor y la ejecución acercan extrañamente a los representantes de los dos polos de la sociedad. El beso de la reina y del maldito parece un rescate del mundo de las tinieblas por el de la luz. La caída de la real cabeza, la ejecución ignominiosa de la reina, manifiesta la victoria de las potencias de la condenación. Más que la muerte del rey, suscita generalmente el horror y la reprobación, causa mayor *estremecimiento,* suscita las reacciones más violentas. Porque, en los patíbulos de la historia o en los bailes de máscaras de la leyenda, el encuentro de la reina con el verdugo confiere la significación más accesible, la más directamente conmovedora —al trasponerla al terreno pasional— a los instantes en que las fuerzas opuestas de la sociedad se miden y se cruzan y, como los astros, entran en conjunción para alejarse inmediatamente y volver a ocupar su lugar a distancia respetuosa unas de otras.

Así, el verdugo y el soberano forman pareja. Aseguran de consuno la cohesión del cuerpo social, uno llevando el cetro y la

corona, y atrayendo sobre su persona todos los honores adscriptos al poder supremo; el otro, llevando el peso de los pecados que arrastra necesariamente su oficio, por justo y moderado que sea. El horror que suscita es la contrapartida del esplendor que rodea al monarca, cuyo derecho de gracia supone, a la inversa, el ademán mortífero del ejecutor. La vida de los hombres está en manos de ambos; por consiguiente, no es extraño que sean objeto de sentimientos de horror o de veneración cuya naturaleza *sagrada* se advierte claramente. Uno protege todo lo que se respeta, todo lo que constituye los valores y las instituciones en torno de las cuales gravita la sociedad entera; el otro parece contaminado por las máculas de aquellos de quienes libra a la socielad, extrae su provecho de las protitutas, tiene fama de brujo. Le rechazan hacia las tinieblas exteriores, hacia el mundo sombrío, hormigueante, inasimilable, espantoso que persigue la justicia y de la cual es, sin embargo, ministro. Por consiguiente, puede considerarse que no hizo mal la prensa en dedicar artículos tan extensos a la muerte de Anatole Deibler. Permitió reconocer hasta qué punto el verdugo sigue siendo un personaje de leyenda, hasta qué punto conserva en las imaginaciones las grandes líneas desaparecidas de su ser de antaño. Ha mostrado que no hay sociedad tan totalmente conquistada por las potencias de abstracción como para que el mito y las realidades que le dan vida pierdan en ella, completamente, sus derechos y sus poderes.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 56, mayo de 1939.

La Pampa

Todos los triunfos de la identidad en la naturaleza, la continua repetición de un mismo vacío, dan al hombre el afán de un destino severo y le comunican esa embriaguez lúcida que nutre las grandes soberbias y hace concebir las grandes ambiciones. Ninguna intemperie logra devastar esas desnudeces que la muerte misma parecería confirmar más bien que destruir y corromper.

Nada enseña mejor a honrar lo esencial que esta tierra; sólo quiere ser el límite de un mundo, nada más que superficie bajo las nubes, necesaria corteza de un planeta. Este suelo nada ofrece a la vista fuera de sí mismo, indivisible, homogéneo y, como el ser de Parménides, sin licencia de existir diferente o desigual en parte alguna. Tierra sin rostro ni aderezos, tendría que ser además desierta e infecunda; que no nutriera al hombre ya que nada tiene para gustarle, que fuera inútil como es monótona, avara de frutos como pobre en seducción.

Doy crédito al alma capaz de tomar su ley de un suelo tan puro. Sólo ha guardado lo indispensable y nada conoce de las indiscreciones y excrecencias de que se componen los paisajes. Ninguna deformidad, ni bocio, ni verruga y tampoco (lo que es más valioso aún) las líneas armónicas que descansan las miradas o las conducen, las sombras y el encanto de los bosques, el curso delicioso de un bello río, todas las trampas de la dulzura. Si la dura equidad recibe agravio es por una arista franca, por un cacho de muro brutal y rocoso. Todo lo que no tiene nivel con la implacable llanura es estéril, la menor alteración le cuesta al suelo su fertilidad. Pero esa rebelión, que la lejanía anula, vuelve en seguida a la fila, a la disciplina; no está ahí más que para hacer sentir su rigor y salvar al orden de la muerte. Pues el orden debe seguir siendo conquista. Si teme la subversión, ¡cuánto más la indiferencia y el tedio! Quiere ser soportado penosamente. Una

presión ávida pesa sobre toda pared de contención. La máscara de bronce de los héroes disimula y oprime el incendio interior que exaspera su destino.

No es inclinación de un corazón débil preferir la suprema ausencia de esta tierra. Quien no sienta en sí ni plenitud ni exceso de ser, ¿cómo habría de concordar con este suelo ascético? El viento, para soplar, no encuentra nada que lo detenga (cómo es de brusco y qué manera dolorosa de pellizcar la piel fina de las sienes); ni la mirada —si quiere disparar y perderse— nada que la retenga o interese. Ahí hace falta un hombre de corazón duro, indomable y sin espera; nada que recibir y tanto que dar, tanto a imponer, si es necesario, y a hacer compartir a la fuerza. Ningún paisaje en ese espacio perfecto. Sólo un vasto campo abierto al despliegue de un vigor. La uniformidad orgullosa elimina todas las fatuidades de la naturaleza. Hecha para ser cabalgada, la extensión acoge el movimiento como la mujer recibe al hombre en su fondo mismo y éste, en el momento de la unión, no se sofoca más que después de una carrera sobre esa tierra y no experimenta una alegría más fuerte, una sacudida más violenta, un apaciguamiento más seguro que al caer de rodillas, embriagado e inmortal, sobre ese vasto suelo como sobre un pecho, rendido y descansado ya, sollozando a la manera de quien no quiere dejarlo ver, con sobresaltos reprimidos en el pecho y sin una lágrima. Quién hablará de imperio si no ha conocido esa prodigalidad fastuosa, el soplo cortado por el esfuerzo, el encarnizamiento ostentador del ser que quiere ir por gusto hasta agotar sus fuerzas (en eso encuentra su contento), las ráfagas que se reciben en el campo, los choques que hay que esperar de frente, bien afirmado y con ojos abiertos, la distancia que no se cansa de proveer y la carrera que pretende consumirla, ir más lejos, hacia ninguna meta, correr todavía.

Éste ama las palmas, la vegetación y la húmeda imaginería de los trópicos (frutas ofrecidas a la gula, y muchas flores maravillosas, hojas aun más bellas, para el delicado goce de los ojos). No veo de dónde le nace un extraño apetito de gloria íntima y el gusto de la desnudez del ser, cuando tiene tantos otros gustos que saciar primero. Aquél soporta mal no ser el único. Esta ambición se fortifica con el desierto que lo rodea y como en la soledad sopla el viento del espíritu, así el alma se reconforta, se templa y se consagra en el goce frío y desligado del orgullo.

En parte alguna se ve suelo tan despojado ni tan bajo: una plataforma tan rasa, tan regular, tan huidiza como el horizonte de un mar en calma. Se desiste y se hunde a medida que se prolonga. A lo lejos sube hasta alturas sorprendentes un circo de nubes que se pierden en lo alto del cielo como en otras partes las cosas de la tierra se pierden en las nubes. Sin embargo, en el centro está siempre como la cima de una imperceptible y dulce colina — insensible curvatura del globo. Que el hombre aprenda aquí a mantenerse firme, todos los renunciamientos que la dignidad cuesta y que sin embargo él adquiere de balde al lado de lo que es, ya que no tiene nada más que ganar antes de morir. Yo doy gracias a esta tierra que exagera tanto la parte del cielo.

Mar del Plata, camino de Balcarce.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 60 - setiembre de 1939.

Arte y Propaganda

El film de Eisenstein, *Alejandro Nevsky,* llega a punto para rever ciertas ideas demasiado corrientemente aceptadas sobre las relaciones del arte y de la propaganda. No es posible discutir la magnificencia de esta película, su excepcional valor como espectáculo. Nunca, hasta ahora, el cinematógrafo nos había ofrecido tan maravillosas composiciones de imágenes, movimientos y luces. Las caras se recortan y las armas brillan, cada una por separado, y la multitud en el combate parece un gran cuerpo dócil y flexible. Participa del fresco y de la sinfonía. El arte le da estilo y la historia grandeza.

Estos aciertos absolutos ocultan una intriga de la pobreza más consternadora; apenas se advierte que todo en ella es grosero, miserable y embrutecedor. El público está pronto a regocijarse con la victoria rusa sobre el conquistador extranjero, y ni siquiera pide que le ahorren a la joven heroína, incitando a sus pretendientes a rivalizar en coraje. Cada espectador encuentra natural que todas las virtudes se exhiban de un lado, todos los vicios del otro (con los rostros haciendo juego), y se maravilla ante una colección de imágenes cuya convención y simplicidad adulan a tal punto sus hábitos, su pereza y la inclinación natural de un corazón adiestrado a conmoverse ante los buenos y bellos sentimientos recomendados.

Más vale decir las cosas francamente; el film no ha sido hecho para ser la obra de arte que es, sino para desempeñar un papel bien preciso: la exaltación del nacionalismo ruso y la incitación del pueblo soviético al odio por los alemanes. No ha mucho, los films moscovitas tenían otro propósito: representaban la guerra como una horrible acechanza de los ricos, y en ellos se veía a los miserables, que se rehusaban a continuar siendo sus víctimas

engañadas, deponer las armas o volverlas contra sus jefes. Esos tiempos han cambiado: en *Alejandro Nevsky* se reprocha a los ricos el querer ciegamente la paz para proseguir sus negocios y se pinta al pueblo, animado de un puro y santo amor a la tierra y a los antepasados. Tan sólo la calidad del film permanece idéntica.

La política cambia de nuevo: después de la consigna de lucha contra el nazismo, sobreviene el pacto germano-ruso, y el film de Eisenstein cae en la herejía. Ahora habrá que prohibirlo y encargar otro film que celebre, esta vez, la fecunda colaboración de ambos pueblos. Para el caso, se puede recurrir a uno de esos cómodos y amables repartos de Polonia, tan al paladar de los dos países, que forman parte de sus tradiciones más firmes y que la actualidad, justamente, acaba de realzar con un brillo nuevo. Es éste un hermoso asunto: las atrocidades polacas reemplazarán a las atrocidades teutónicas y otra heroína incitará del mismo modo a sus adoradores a rivalizar en proezas para obtener su mano y su corazón. La nueva obra maestra (no hay ninguna razón para que el segundo tema sea menos fotogénico que el primero) reemplazará a la antigua en todas las pantallas y terminará con la misma apoteosis de nobles vencedores, con la misma distribución de premios, con el mismo perdón de los extraviados, con el mismo castigo de los pérfidos y traidores, los mismos casamientos felices, recompensas al coraje y dulce curación de las gloriosas heridas.

Condenar el arte de propaganda en nombre del arte por el arte es un extraño error. Al menos, cuando la calidad de la técnica no obstaculiza la difusión o la comprensión (y es el caso del cinematógrafo), la forma nada pierde al vestir un contenido que determinen las necesidades políticas. Hay pruebas de que puede, incluso, acomodarse magníficamente a ello. Más aún: al modificarse rápidamente la política, el contenido de la obra está destinado a verse desprovisto de valor e inutilizable con igual velocidad, de modo que le es fácil al artista tomarlo como simple punto de apoyo y hacer, con plena conciencia estética, tantas obras maestras formales cuanto más cambios súbitos de opinión le ofrezca su gobierno. Ya no defiende una fe, sino un oportunismo. El arte de propaganda, pues, alcanza paradójicamente al arte por el arte en su mismo desprecio por el asunto, en su misma indiferencia por el valor humano del contenido, en su mismo desdén al antiguo esfuerzo por la expresión, por el ahondamiento de los de-

seos y sufrimientos del alma, cuando la belleza parecía no poder ser nunca otra cosa que un manto inalterable, y la hechicera capaz de encantar la memoria.

Pero si el artista se interesa exclusivamente en su arte, si sólo trata de urdir los más bellos ropajes para que nada cubran, de componer el filtro más seguro para entorpecer al público, quizá se le deba pedir que no se consagre sino a las cosas, las cuales bastan a su ambición, y pinte tan sólo manzanas o ninfeas y componga sonetos sobre chucherías, y filme vías férreas o cosechas. Mejor es, en esas condiciones, que no se ocupe del amor y de la guerra y de los dolores del hombre. Estos sortilegios no deben ponerse al servicio de los rodeos de una política. Quizá, en el sombrío mundo que se extiende día a día, subsistirán algunos insumisos que incluso sin amar con exceso el arte, no concederán jamás que se lo deba emplear en incitar al odio y, lo que es más, a un odio mediocre; en provocar el entusiasmo y, lo que es más, un entusiasmo esclavo y por encargo; en suscitar, en fin, las pasiones que sofocan la simpatía —la simpatía hacia el enemigo, se entiende— e impiden la comprensión y vedan la generosidad. Es absurdo negar que formalmente un arte semejante pueda ser espléndido y gustar a los sentidos de los más expertos. Es justo también que los espíritus más ambiciosos, que los corazones más severos, lo juzguen, al final de cuentas, degradante. Y que lleguen a odiar su misma belleza, si —por debilidad, tal vez— no prefiriesen suponer que aquélla puede atemperar la abyección que protege, y que su esplendor lleva, en cierto modo, el antídoto del veneno que inocula.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 72, setiembre de 1940.

"El Gran Dictador"

Se estaba de acuerdo en reconocer que el valor excepcional de los films de Charlie Chaplin provenía de una íntima composición de lo patético y de lo cómico en cada una de sus imágenes. El dolor era estrafalario, pero el público, al reír, no se burlaba de quien sufría. El ridículo era emocionante, pero conmovía sin entristecer. Las desventuras que le acaecían al héroe anónimo lo sorprendían a éste sin desesperarlo jamás y la misma simplicidad de corazón que le había procurado inextricables dificultades lo preservaba de sucumbir a ellas. La miseria, la esperanza, la simpatía elemental que aproxima a los desgraciados, todo eso que de ordinario entendemos por el término humanidad, se encontraba incluido en lo cómico mismo y formaba cuerpo con la farsa, lejos de estar aislado y rechazado en apéndice como sucede ahora en *El Gran Dictador,* donde el llamado final de los buenos sentimientos hubiera debido ser inútil.

Más aún: en la imaginación, "Carlitos" subsiste como un pobre hombre, asustado, perseguido, desconcertado por toda suerte de poderes brutales y poco comprensibles que más o menos simboliza el gendarme que lo acosa. Por eso, cuando un actor identificado con un personaje tan característico desempeña el papel de un tirano, dueño de toda la maquinaria policíaca y fuente de la violencia y de la arbitrariedad, fatalmente lo muestra asustado y medroso a él también. Vemos, en efecto, un Hitler que tiembla ante Mussolini y se precipita servilmente para encenderle el cigarrillo o abrirle la puerta. Demasiado acostumbrado a inspirar piedad, Chaplin hace compadecer a quien quería hacer maldecir. Por último, el salto continuo del mundo trágico del barrio judío al mundo burlesco del palacio dictatorial impide al espectador aclimatarse suficientemente a uno u otro. No ha terminado de reír que ya debe indignarse; no bien se enternece por las víctí-

mas, ya se lo induce a burlarse del verdugo. A partir de entonces no puede entregarse con espontaneidad a la alegría ni al horror. Ambos se contradicen mutuamente. El público se siente incómodo; no acepta sin una secreta protesta que en el preciso instante en que le denuncian crímenes, le propongan reírse del criminal.

Este equívoco está sensiblemente agravado por el retraso del film con respecto a los acontecimientos. La guerra estraga a Europa desde hace dieciocho meses; la muerte recoge todos los días una cosecha más amplia de existencias; cada uno está seguro de verse comprometido en la lucha como vencedor o vencido si entra en ella, como puesta, si se mantiene aparte: a nadie lo divierte el recuerdo de tales realidades. Con más justedad se llamaría divertimiento lo que nos aleja de la obsesión.

No se deduce de ello que la idea de dictadura esté vedada al actor de estas falsas grandezas, pero en tiempos de paz y antes que la dictadura se haya establecido. En la guerra, los más gruesos cañones prevalecen. Y hay que recordar lo que decía Napoleón: la fuerza no es nunca ridícula. Debe temerse, entonces, que un film semejante sólo sirva para irritar al adversario. En cuanto a los convencidos, no los alienta mucho: los más escrupulosos permanecen incapaces de divertirse francamente ante sus felices hallazgos; la risa de los otros se parece demasiado a un fácil y vano desquite, cuando no a la compensación de su impotencia e inactividad.

Se hubiera necesitado, tal vez, una sátira deliberadamente burlesca y que no aludiera, sobre todo de una manera transparente y caricatural, a hechos demasiado dramáticos para que su sombra no contenga toda alegría: ¿cómo reírse de la invasión de Austria cuando se sabe que Austria y tantos otros países fueron y siguen estando invadidos? Cada chiste evoca dolores y sangre. La obra no hubiera perdido nada de su fuerza y virulencia liberándola mucho más de la realidad. El arma, tan sólo, hubiera estado mejor dirigida. Pues no se trata de ridiculizar a Hitler a los ojos de sus enemigos, que tienen razones más valederas para combatirlo, sino de desacreditar la dictadura a los ojos de aquéllos a quienes seduce *El último millonario*, de René Clair, burlesco e irreal, desempeñaba admirablemente su papel. A tal punto lo sintieron los fascistas que se ingeniaron en sofocar el film, y lo consiguieron.

Si se quiere tratar los acontecimientos que hoy vive el mundo, hay que tomarlos en serio, como ellos mismos se hacen tomar. Otros films lo consiguen: la serie de *Cuatro hijos, La hora fatal,* etc.... Cuando la realidad no da lugar a la risa hay que elegir, en efecto, entre la risa y la realidad.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 79, abril de 1941.

La Victoria de Atenas [1]

Nec periere ruine.

Las ruinas de los antiguos templos de la Hélade, más duraderas que los edificios destruídos cuya perfección publican todavía, parecen atestiguar solemnemente la existencia de una belleza suprema que los más implacables instrumentos de devastación son incapaces de aniquilar por completo. Los explosivos que hicieron volar el Partenón convertido en polvorín han podido derribar sus muros y echar por tierra su techo. No han podido alterar los insensibles recursos que un pueblo de ojo penetrante concibió para corregir hasta la perspectiva e imponer el orden y la regla allí donde las leyes naturales reducen los espacios, falsean las proporciones, ahuecan el suelo o hacen alejar las líneas. El edificio parece eludir el peso y la extensión: a tal punto se han previsto y compensado de antemano los efectos que ocasionan en todos los cuerpos. En el cielo del Ática, el firme dibujo de esa columnata inscribe el santuario, exactamente como debe ser, en el lugar que le corresponde. Destaca en el centro del paisaje una obra minúscula de trabajo humano, pero para agrandarla con toda la inmensidad del horizonte a que se adapta. Aquí el arte libra a la materia de sus servidumbres, que él borra obedeciéndolas. Y las sucesivas injurias sufridas por la Acrópolis sólo han conseguido despojarla de un cúmulo de milagros superfluos que no dejaban bastante a la vista la excelencia del más puro.

Al elevar la civilización por encima de la general rudeza, los griegos debieron también inventar el nombre de "bárbaros" para designar a aquellos cuyo orgullo y envidia se satisfacían mejor

[1] De la obra *Grecia*. Esta colección de ensayos sobre temas helénicos, firmados por numerosos escritores, ha sido dirigida por los señores Abeledo y Blanco Villalta.

saqueando sus obras maestras que instruyéndose con sus lecciones. Desde entonces los bárbaros acamparon siempre en Atenas, entre creaciones que habían costado más vigilias y más esfuerzos que los dedicados por ellos a forjar sus armas y ejercitar sus batallones. Su industria, que habían reservado para la preparación de la guerra, acababa regularmente por triunfar del coraje de unos hombres que habían empleado la suya en definir normas y preceptos, reglas y códigos, en cuyo desprecio o violación consistía precisamente, para sus enemigos, el arte de la guerra. Así los conquistadores, después de haber abrumado bajo su número, sus máquinas y sus mentiras la decisión de los griegos, vagaban entre incomprensibles monumentos que condenaban su joven gloria y parecían ya destinarla al olvido. Las hogueras encendidas por su furor, los escombros amontonados por sus azadones, asimilaban de pronto su esfuerzo y su misma victoria, al arranque de mente de Eróstrato cuando incendió el templo de Efeso para legar a la posteridad su nombre criminal.

Es destino de las maravillas destruidas el inmortalizar hasta a sus verdugos. La tierra recubre sus fragmentos esparcidos. Los pesados pasos de los vencedores sepultaron en el suelo natal los restos de los templos con los cadáveres de los arquitectos y de los obreros que los construyeron. Pero la belleza sobrevive en cada trozo. La moneda enterrada tiene el más fino perfil. Un casco de ánfora rota conserva el gálibo irreprochable. La estatua decapitada sigue viva aún. Sus contornos interrumpidos invitan a la mirada a prolongarlos en el vacío; y la imaginación, devolviendo al mármol su plenitud original, reconstruye lo que falta con lo que subsiste.

El espíritu comprueba entonces con sorpresa la impotencia decisiva de la barbarie. Su violencia no es ni siquiera signo de una fuerza afectiva. Nada queda de sus sacudidas. En el campo de batalla no hay casi diferencia entre los combatientes. Es sólo la lanza lo que en Maratón y Salamina decide entre Esquilo y el persa. Pero el persa no tiene tras de sí más que la insaciable ambición de su príncipe. El poeta defiende por el contrario su genio y el genio de Grecia, la herencia y el porvenir de una civilización. Mientras que el otro no es más que soldado, él no es soldado más que para salvaguardar lo que quiere ser. Las armas que esgrime no representan su oficio ni su gusto, no proclaman

sus hábitos ni su preferencia. No las ha empuñado sino para poder deponerlas y volver a su trabajo. Componiendo algún canto inmortal para celebrar las hazañas a que su patria se vio obligada, le da una reputación que sobrepasa infinitamente el esplendor de los triunfos que él ilustra. Pues esta gloria, más perdurable y más rara, no depende de la suerte cambiante de las armas. Los enemigos de Grecia no se la pueden arrebatar y no saben ni obtenerla ni codiciarla para sí. Atenas, postrada, no resultará disminuida sino engrandecida por haber luchado sin fortuna en defensa de los bienes que le permitieron ofrecer al mundo tantos dones irreemplazables. Ella lo sabe y aclama a Demóstenes por haberla enviado al desastre, en guerra desigual contra el tirano que quería subyugar el universo y privarla de la libertad.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 81, junio de 1941.

¿Tienen las Américas una Historia Común?

Intervención de Roger Caillois en el debate que sobre el tema del título tuvo lugar el 13 de octubre de 1941.

Antes de preguntarnos si las Américas tienen una historia común, parece necesario indagar lo que significa la palabra "historia". Existen de ella, por lo menos, tres concepciones diferentes.

La primera es, sobre todo, oriental, pero está muy generalizada en otros países; según esta concepción, tiene muy poca importancia el conocimiento del pasado, en tanto que pasado, y no sólo el conocimiento sino también la cronología. Es decir que el papel de la historia no consiste en establecer una continuidad de acontecimientos, sino en narrar una serie de anécdotas significativas, una serie de hechos ejemplares. En tales condiciones, apenas se plantea el problema de la autenticidad de esas anécdotas. Basta que ellas suministren modelos a las generaciones futuras, y estos modelos son proverbios cuya fecha (su localización en el tiempo) importa poco.

Es así como los chinos, por ejemplo, han comprendido la historia. En este caso, lo importante no es el lugar que un acontecimiento ocupa en el pasado sino su repetición, la cual acrece su valor sugestivo y su poder de persuasión. La historia, entonces, es sólo moral y ejemplar. Ésta es una tentación constante de la Historia. Por eso, cuando en las escuelas de Francia se enseña que los galos sólo tenían un temor: que el cielo se les cayera sobre la cabeza, se busca una finalidad semejante, y el relato completo de los hechos memorables del país se desenvuelve según una serie de imágenes y una serie de proverbios dirigidos todos en el mismo sentido: el Gran Ferré, Bayardo, el Caballero de Assas, el pequeño tambor Bará, etc.

Otra concepción de la historia es la concepción científica. Esta se propone una resurrección integral del pasado y, naturalmente, apunta al trabajo objetivo: hay que alcanzar la verdad, saber lo que ha sucedido en una fecha dada en un lugar determinado, y todo eso con independencia de las necesidades políticas, de las opiniones de los interesados, de las pasiones del historiador, Inútil insistir sobre ella: es la concepción de la historia que el siglo XIX hizo triunfar en todas partes.

Pero existe una tercera concepción de la historia, muy característica del siglo XX. Los filósofos advirtieron muy pronto que la ambición de resucitar los acontecimientos del pasado lindaba con lo imposible, porque no se puede resucitar integralmente el pasado, y porque el historiador es hombre y, como hombre, pertenece a un grupo que tiene intereses y pasiones; de modo que uno de los principales problemas que la filosofía de la historia ha encontrado es el problema de los límites de la objetividad histórica. Se ha pensado que la completa objetividad era inaccesible, y el historiador, no pudiendo resucitar el pasado, lo interpreta. Por eso gran número de historiadores, sobre todo en Alemania, han llegado al extremo de afirmar —desesperando, en parte, de alcanzar la objetividad absoluta y, más aún, por esa tendencia funesta que conduce a convertir en principios los errores— que la historia *debía ser* una sistematización únicamente destinada a servir al porvenir. La historia de un pueblo se transformaba en política, es decir, debía servir a su grandeza futura y ser la más adecuada para animarlo a perseguir el destino más seguramente histórico: el de la conquista por las armas. La única misión de la historia es exaltar a los pueblos.

No necesito deciros que es la concepción de la historia adoptada en Alemania por el nacional-socialismo. Este partido, tratando de "historicidar" todo valor, necesitaba mostrar que los valores no existen sino en función de los intereses de un Estado o de una nación. Es muy interesante el hecho de que también se haya esforzado en "historicidar" la historia, si así puede decirse, o sea que haya abandonado de más en más la idea que la historia debe ser una resurrección imparcial del pasado para hacer de ella un arma de combate y un procedimiento de exaltación nacional: si la total objetividad histórica es imposible, la historia de un pueblo debe servirle, al menos, para darle una misión y alimentar su voluntad de poderío.

Terminada esta introducción, quisiera examinar qué aplicación posible tienen para América estas tres concepciones de la historia.

Con respecto a la primera (la historia anecdótica y ejemplar, el folklore de los héroes), sólo a los americanos les toca pronunciarse. Sin embargo, quien como yo los imagina de muy lejos es capaz de distinguir, me parece, una figura tipo en los héroes americanos. Tal vez advierta en ellos diferencias palpables quien los percibe de más cerca. Me parece, pues, descubrir no sé qué aire de familia entre San Martín, Bolívar o Washington, o entre Franklin, Sarmiento o Lincoln; quizá me exceda en mis derechos de extranjero al tratar de definir sus rasgos comunes, pero pienso que aquí es posible, más fácilmente que en Europa, formar un tipo de héroe que sea de verdad un héroe popular continental, es decir, que no sea representativo de un solo país, aunque permanezca unido territorialmente a su nación de origen, y cuya figura moral valga independientemente de las fronteras dentro de las cuales se ha ejercitado principalmente su actividad; por lo demás, los héroes americanos franquearon gustosos esas fronteras. La no intervención, el egoísmo nacionalista, no existían entonces.

Debemos condenar la tercera concepción de la historia, que no es moral ni ejemplar y que tampoco tiene valor objetivo. Consiste, como he dicho, en situar el pasado de un país en una perspectiva adecuada para conducirlo a una actitud política definida. Sin duda el historiador, por el hecho de pertenecer a un país y a una época, será siempre sensible a las corrientes que la dirigen hacia determinada acción. Pero lo que cuenta es la actitud del espíritu y la voluntad de que esta dirección sugerida al historiador no sea por él recibida con complacencia, sino que la vea como un residuo e impureza inevitables de su obra.

Paso en seguida, pues, a la historia objetiva del hemisferio americano, con el deseo de saber si es posible determinar en ella caracteres y rasgos valederos para todas las naciones americanas.

Recuerdo otro debate que hubo aquí mismo el año pasado. Se subrayaron las diferencias que existen entre las diversas Américas, entre América del Norte y América del Sur, América blanca y América india, América latina y América anglosajona; la diferencia, por fin, asombrosa para mí (y en que nunca pensé desde Europa), entre la América del Atlántico y la América del Pacífico. Hasta recuerdo haber oído afirmar que la verdadera América

empezaba en Córdoba. Todas esas diferencias son ciertas, pero me pregunto si no son diferencias de civilización más bien que de historia. Y aquí planteamos una cuestión difícil: la oposición entre civilización e historia. Las dos no están forzosamente unidas, y, si bien puede hablarse de historia continental, apenas puede hablarse, me parece, de civilización continental.

Eso mismo sucede, por lo demás, con la civilización europea, que no cubre en modo alguno el continente que se llama Europa. ¿Cómo definir la civilización europea? Para ello os bastará recordar los caracteres que ha enumerado Valéry. Según él, participa en la civilización europea toda cultura que contiene las tres herencias siguientes:

1) La civilización griega, y, con ella, la geometría, las nociones de medida y de ciencia; la noción de verdad objetiva y de armonía con la medida humana.

2) La civilización romana, con la idea de norma jurídica y la noción del derecho universal, que, no siendo más adecuado a una nación que a otra, vale igualmente para todos los hombres.

3) La civilización cristiana, con su ideal de caridad y amor al prójimo.

Recordarán ustedes que Valéry termina diciendo: "Llamo Europa a toda parte del mundo que contiene estos tres caracteres a la vez". No creo, por lo demás, que la enumeración sea completa, y gustoso agregaría un cuarto elemento: la noción del honor, que nos viene de los bárbaros, particularmente de los celtas.

Pues bien: estos cuatro caracteres no los han recibido los diferentes países de Europa de manera homogénea ni simultánea. Eso se debe, justamente, a las particularidades del desarrollo histórico de cada nación. Así, a Rusia apenas la ha tocado la mayoría de esas influencias y a Alemania, en su conjunto, sólo tardíamente. Y es que los límites del Imperio Romano, sumamente netos, estaban indicados por fortificaciones que separaban de manera total lo que quedaba dentro de lo que quedaba fuera del Imperio. Este límite corría entre Inglaterra y Escocia, comprendía casi toda Francia, Bélgica, la Renania, la mayor parte de la Alemania del Sur, Austria, Rumania; dejaba fuera todo el norte y el este de la Europa actual. Una circunstancia significativa es que

el protestantismo se desarrolló sobre todo en los países que no pertenecieron al Imperio Romano. La oposición creció.

Poco coinciden, pues, las civilizaciones con los continentes, y quizá podría demostrarse que las civilizaciones no siguen los llenos, es decir, los continentes, sino los vacíos, es decir, los mares. Hay una civilización mediterránea: la civilización antigua. Hay igualmente —y con esto llego a lo que se decía en el último debate sobre la diferencia entre la América del Atlántico y la América del Pacífico— una civilización atlántica. Ocupa el contorno del océano y no penetra sensiblemente en el interior de las tierras, ni en América, ni siquiera en Europa.

Y esta distinción define —a mi juicio— lo que debe entenderse por unidad de la historia americana. En América, cualesquiera que sean las diferencias entre las civilizaciones originarias o las actuales condiciones de existencia, materiales y espirituales, no hay duda que, *históricamente,* el hemisferio recibió de golpe los cuatro elementos que forman la tradición europea; los heredó, además, como mezcla homogénea, en tanto que esa mezcla no fue nunca tan igual y fundida en Europa, porque a veces determinado elemento, más acentuado en un país, faltaba en otro. Por el hecho de que América tuvo una existencia colonial, recibió la tradición europea de los países en donde se hallaba más fuertemente arraigada, es decir de los países atlánticos, únicos colonizadores durante mucho tiempo: España, Portugal, Francia, Inglaterra; recibió entonces la mezcla que constituye la civilización europea bajo una forma sensiblemente más uniforme que gran parte de Europa.

Tal es la condición de la unidad. Y ésta surge de otra circunstancia: las colonias americanas no continuaron siendo colonias; se hicieron independientes, y su liberación, es decir, la toma de conciencia y la autonomía de estos países, fue verdaderamente un fenómeno americano continental, en el pleno sentido de la palabra, en tanto que en Europa las naciones llegaron al estado nacional al cabo de muchos siglos. La constitución de Alemania como nación, por ejemplo, apenas data de setenta años atrás. No hablo de las pequeñas naciones de la Europa Central, que apenas han conseguido, en los momentos actuales, hacer coincidir una conciencia nacional con un territorio geográficamente definido.

En América, por el contrario, el constituirse en nación y el obtener la independencia ocurrieron simultáneamente. Lo realiza-

ron, por añadidura, unos mismos hombres, en las mismas circunstancias, por los mismos medios, por las mismas pasiones, bajo la influencia de las mismas ideas. Para quien ve las cosas desde el otro lado del océano, la unidad del fenómeno es asombrosa.

Agrego que la liberación simultánea de las naciones americanas se realizó con un espíritu de solidaridad para el cual contaron poco las fronteras. Los libertadores fueron realmente y primeramente americanos conscientes de la unidad de su hemisferio antes que de los intereses de sus patrias respectivas. La accesión a la existencia nacional y, al mismo tiempo, a la libertad, dio a las diversas naciones americanas una misma forma de gobierno. Todas fueron repúblicas. Las instituciones, sin duda, y sobre todo las costumbres políticas, son diferentes en los diferentes estados. Prácticamente, en todos se pueden observar todas las costumbres, aún las más funestas. Pero el principio es en todas partes idéntico y garantiza la prédica de un ideal común.

Un tercer carácter pareció igualmente determinar para América una vida supernacional que no existe en Europa. Hoy es 13 de octubre, día siguiente al de la fiesta en que se conmemora el descubrimiento de América. Esta solemnidad, verdadera fiesta americana, me hace lamentar vivamente que en Europa no exista una fiesta europea. Una fiesta es cosa más importante de lo que suele imaginarse. Es el instante de comunión de las multitudes. Aunque sea esquelética, abstracta, aunque esté reducida a un simple día de cesación de trabajo, ya es mucho que exista. Y veo en las banderas de las veintiún repúblicas americanas, flotando las unas junto a las otras, el testimonio menos equívoco de la existencia de una solidaridad continental. Esta solidaridad se encuentra reforzada por el estado lingüístico: en Europa, los idiomas coinciden más o menos con las naciones. El idioma es, por lo tanto, un principio de nacionalidad. En América hay muchos menos idiomas que Estados. El idioma, pues, no es un elemento de incomprensión o de separación. Una de las medidas más eficaces para fortificar la unidad panamericana sería, sin duda, hacer obligatorio el estudio del inglés en la América latina e, inversamente, hacer obligatorio el español en los Estados Unidos y el Canadá. Cada cual, entonces, hablaría las dos lenguas de civilización de América, pues los brasileños entienden el español, aunque hablen portugués, y los canadienses, aun los que hablan francés, comprenden el inglés.

Más aún: América fue poblada por emigrados. Este dato es sumamente importante. Los emigrados, por definición, son —en el sentido propio del término— aventureros que lo dejaron todo tras sí, hasta su patria, de modo que en América la idea de nación se encuentra por completo desprendida de todo carácter tradicional y hereditario. Es una tierra de elección y de adopción. Las diferencias territoriales no encubren, como en otras partes, oposiciones religiosas, ni rivalidades históricas, ni diferencias lingüísticas; aquellos que vinieron a América fueron siempre personas libres, voluntariamente despojadas de su pasado y deseosas de liberarse de él.

Me parece que estos caracteres definen suficientemente la unidad íntima de América, tal como se le aparece, por lo menos, a un europeo. Todos ellos conducen a la noción de libertad como esencia de América, en el doble plano individual y nacional. Hasta el nacimiento de las naciones americanas fue una liberación, y aquellos que vinieron a establecerse a estas tierras eludían la tiranía, la persecución o la pobreza. Estaban dispuestos a comenzar una vida nueva. Por eso los diferentes pueblos americanos parecen poseer un sentimiento más agudo que los europeos del valor del individuo y de aquello que puede representar y obtener el libre despliegue de las facultades de cada uno. El nacimiento, aquí, no cierra ningún camino, y la fortuna misma es más inestable que en otras partes.

El hemisferio americano no es únicamente solidario por los acontecimientos ya inscritos en su historia, sino que también, y sobre todo, es solidario en su historia futura: es decir, en su misión.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 86, noviembre de 1941.

El Poder de las Palabras

Sentido de las Palabras

He leído en un poeta una extraña fábula. El autor imaginaba que en las capitales, a favor del gran número de personas que se apretuja en ellas, ciertos seres que no tienen verdadero derecho a la existencia, que no son nadie, se deslizan entre el gentío fingiendo con éxito gozar de la misma realidad que aquellos con los cuales se codean. Se mueven, se agitan, se conducen exactamente como los hombres que los rodean, de suerte que los engañan fácilmente. Pero los ojos ejercitados pueden reconocerlos, afirma el cuentista, y entonces es divertido darles caza. No bien son descubiertos, estos fantasmas ambiciosos intentan escaparse. Procuran despistar por todos los medios a su perseguidor; atraviesan las grandes tiendas, entrando por una puerta y saliendo por otra luego de haber intentado confundirse con el tumulto de la muchedumbre de compradores, o bien suben a un vehículo, del cual bajan en marcha cuando menos se espera; entran también en las casas de dos puertas que han observado antes; en resumen: emplean todas las tretas capaces de asegurar su huída. Lo importante es no perderlos nunca de vista. Entonces, al atardecer, extenuadas, esas larvas renuncian a la lucha. Abandonan los sitios populosos donde habían esperado hasta entonces perderse entre la multitud. Se dirigen a los arrabales. Allí toman preferentemente las callejuelas oscuras y desiertas. Su cuerpo, si hablando de ellos puede decirse cuerpo, tórnase delgado y casi transparente, orlado de una especie de franja luminosa. Diríase que se deshilacha. Es el fin. El ser se aplana súbitamente contra un muro y desaparece de repente. No queda sobre la pared sino una mancha de moho que afecta muy vagamente la forma humana.

No creo que esta fábula esté enteramente vacía de sentido. Si no es verdadera para los hombres, lo es para las palabras que

salen de su boca. Desde que empezaron a servirse de ellas, y en tal cantidad, desde que empezaron a discurrir, a escribir, siempre prontos a inventar otras nuevas, usando a veces, en su precipitación, una u otra sin discernimiento, han podido crearse muchas que no significan gran cosa. Circulan parecidas a las otras, compuestas como ellas de letras que se juntan en sílabas. Como las demás, figuran en el diccionario. Su existencia es, con todo, enteramente falaz. Sólo prosperan gracias a la distracción general. Porque no corresponden a ninguna realidad distinta, a ninguna noción clara que haya sido definida alguna vez o que puedan nombrar sin equívoco, en virtud de un consentimiento unánime. Pero mantienen la ilusión, mientras no se las apremie. Y se las apremia rara vez, de manera que todos continúan creyendo que son plenas como las demás y no vacuas como realmente lo son. Y hasta es imposible eliminarlas del todo, pues la impostura no se deja aislar: no consiste en un vocablo determinado que bastaría reconocer y condenar. Es pérfida e inasible; se oculta tras un prefijo o una desinencia. La raíz, sin duda, no provoca ningún temor: es conocida, se sabe desde siempre lo que designa. He aquí a la desconfianza adormecida, si es que jamás estuvo despierta. Pero en cada derivación se oculta una celada: una operación del pensamiento, una extensión de sentido que, quizás, es ilegítima y que introduce en lo que sigue un fraude difícil de desenmascarar. A menudo, también, se toma la palabra en sentido figurado, según se dice. La impostura, en tal caso, está en la metáfora, por lo menos en cuanto se olvida que hay metáfora. Este olvido no se hace esperar. Por estas vías y por muchas otras se establecen desde el principio, entre las palabras y lo que significan, relaciones inciertas y engañosas. Las palabras pululan, sus sentidos aún más. Pronto es imposible distinguir entre ellas las que recubren alguna realidad y las que están allí como de contrabando. La situación se agrava sin cesar y de por sí; a medida que las palabras adquieren importancia, la experiencia y el conocimiento de las cosas vienen, cada vez más, por ellas y no por las cosas mismas. Se imponen cada vez más a espíritus crédulos que ellas ocupan casi exclusivamente. Les ocultan la realidad, en vez de proporcionarles el medio de expresarla. La sumergen y la embrollan, confundiéndolo todo, reuniendo, bajo una misma engañosa etiqueta, cosas o ideas dispares que no tienen otro lazo que el de ser

precisamente designadas por un símbolo único que no hace sino extraviar, creando en el espíritu conexiones que no existen en las cosas.

El que emplea una palabra piensa rara vez en precisar su sentido. A medida que habla o escribe, le da un significado, luego otro, y no reflexiona en que son incompatibles. Cuanto más vaga es la palabra, tanto más fácil le resulta acomodarla a su discurso. Y si ignora completamente su alcance, nada le impide emplearla enteramente a su modo, sin límite de ninguna clase. Su capricho no encuentra ya la menor resistencia. Así vemos a más de uno que se complace en juntar, en mil frases sonoras, palabras que le parecen llenas de poder mágico, pero cuyo contenido lo pondría en grave aprieto si tuviese que definirlo. Parece ensartar cuentas de colores. ¿Qué freno lo retendrá? Alínea signos que no ofrecen nada que sea fluido y dócil. La inteligencia no encuentra en ellos un sentido fijo a que pueda asirse y que resista, en su caso, a las violencias que desee hacerle sufrir. No son más que ruidos o series de letras cuyo significado varía con las necesidades de cada cual. Sin duda esta disponibilidad los hace infinitamente aptos para ser ensamblados sin rigor por un espíritu ágil y precipitado. Ordena las palabras según la idea que se le ocurre y no se toma la molestia de interrogarse un momento acerca de la noción que designan. Su negligencia constituye su libertad. Y a fuerza de ligereza, da una impresión de inteligencia. Vano resplandor. Vana soberanía que sólo reina sobre el viento. Tal ingenio puede deslumbrar sin mucho gasto: basta que se abstenga de reflexionar. Pues cada reflexión disminuye su fantasía, le prohibe una idea, lo llama al orden. Le muestra, en las cosas o en las ideas, dificultades que las palabras, que nada son, no le hacían ver. Debe renunciar en seguida, si es honrado. Pero es preciso mucho carácter para renunciar a parecer inteligente a fin de llegar a serlo sin parecerlo en el mismo grado. No me explico de otro modo esa afición tan extendida de ciertos espíritus por los vocablos cuyo significado no comprenden en realidad; es que entonces se encuentran todavía menos embarazados en el manejo de los signos. Si se dice *mesa, dolor, malicia,* cada uno sabe suficientemente lo que estas palabras significan, porque está viva en él la experiencia de la cosa y no lo engañarán: imposible adelantar nada que ella no mande estrictamente. Pero si se dice *dialéctica,*

por ejemplo, o *trascendencia*, ya están a sus anchas y cada uno empieza de buen grado a darse a sí mismo gato por liebre. Si dice usted ahora *justicia* o *libertad* sin precisar lo que por ello entiende, todo le está permitido, empezando por llamar justicia a la iniquidad y libertad a la tiranía. Porque todo es cuestión de definición. ¿Quién no se acuerda de haber oído decir a un conquistador proteger por sojuzgar? La treta era grosera y no persuadió casi a nadie. Pero no son las tretas lo que me inquieta: son las diversas formas de la inconciencia y una temeraria ingenuidad. Esta ¡ay de mí! se halla presente en todas partes, constantemente. Abra usted un periódico: se la encuentra en cada página. Claro que ahí, por lo menos, se dejó ya premeditadamente de emplear las palabras en su sentido propio. ¿Candor? ¿Astucia? Ambas cosas, en mi opinión. El periodista se burla de la precisión, eso es todo, porque no es productiva, y lo que se quiere simplemente es sacar partido de las seducciones de que están llenas ciertas palabras. Así como Víctor Hugo hablaba de una golondrina *leonada*, aquí se me habla del amor *intrínseco* de la patria. La expresión no tiene sentido, pero ¿qué importa? Quien la usa quiere beneficiarla con el prestigio que siente ligado al epíteto, por ejemplo en "valor intrínseco". Así obra el comerciante que, en un cartel de publicidad, elogia su producto como un *lujo realmente económico*. Así, la política. ¿Quién consigue preservarse por completo del contagio? Nos encontramos, en verdad, ante una extravagante y peligrosa aventura: las palabras usadas, no por el sentido que tienen, sino por el efecto que producen.

Las formulas

En cuanto se combinan las palabras, el peligro es mayor todavía. Oigo hablar de naciones jóvenes. Vedme ya perplejo. No ignoro lo que es la juventud en un ser que veo cómo nace, crece, envejece y muere. Su desarrollo está trazado de una vez por todas, idéntico en los diversos individuos. Juventud designa entonces un momento bien determinado de una evolución constante. Pero, si se aplica la palabra a una nación, se vuelve equívoca en seguida. ¿Quiere decirse que una nación es joven cuando su constitución es relativamente próxima, cuando se ha formado en fecha reciente y el sentimiento nacional es en ella más vivo y quisquilloso que en otras? ¿Quiere decirse, por el contrario, que en esa

nación la proporción de jóvenes es especialmente elevada y la de hombres de edad especialmente reducida? ¿O bien que son jóvenes quienes dirigen esa nación y ocupan en ella los cargos de responsabilidad? ¿O bien que, a falta de verdadera juventud, manifiestan por lo menos el ímpetu, el espíritu de iniciativa, la vivacidad, la afición al riesgo y las demás cualidades que se le reconocen generalmente a la juventud? ¿Quiere decirse, en fin, que la potencia política o económica del país se halla en un período de expansión y surge como nueva y peligrosa competidora de las potencias más antiguamente establecidas? Imposible escoger y, sin embargo, nadie afirmará que todos estos caracteres coinciden necesariamente. Nada indica que sean inseparables. Habríase debido, pues, distinguir entre ellos, si se quería decir algo preciso y que pudiese estar garantizado por una realidad. Pero ¿queríase esto?

El hechizo se desvanece cuando llegamos a las precisiones. Uno no se refiere, en efecto, sino a ventajas discutibles o parciales, como pueden serlo para una nación el haberse constituido recientemente, el tener una población relativamente joven, el hallarse en manos de mozalbetes o de audaces, el tener una economía próspera y conquistadora. Mientras que ser considerado joven asegura una superioridad absoluta y que exalta, además de impedir la discusión que sólo puede referirse a datos concretos. Joven no expresa entonces una realidad sino un prestigio que se disipa si se insiste, es decir, si se piden explicaciones para saber lo que designa el vocablo. Nada designa. Era una especie de cheque sin fondos. Lo malo es que, por pereza, hay pocos que piensan en presentarlo en la ventanilla del banco. La mayoría lo endosan a ciegas y lo pasan a otro cándido. Esta circulación de títulos aumenta sin cesar, pues los falsos valores nacen unos de otros con terrible rapidez. Cada vez más, se pierde la costumbre de confrontar esos vanos signos con las cosas o las ideas que uno imagina que representan. Se abandona todo cuidado por el conocimiento de las cosas y las propiedades de las nociones. Se reúnen al azar signos sin defensa que sólo saben obedecer y extraviar.

Leía yo el otro día la siguiente definición del buen político: "El hombre que ve las cosas tal como son y traza sus planes en consecuencia". Nada mejor, siempre que por lo menos no se piense que el número y la complejidad de los datos que debe conocer

el político son tales, que sin duda está fuera del alcance del espíritu humano poder ver las cosas tal como son. Esta última expresión inquieta a su vez el pensamiento. ¿Conserva todavía sentido cuando se trata, como en este caso, no de cosas propiamente hablando, fijas y bien circunscritas, sino de situaciones, de tendencias, de intereses y de todos los elementos móviles e indistintos cuya realidad misma varía según el modo con que tracemos sus contornos y, más aún, según la importancia que se les asigne? Estos elementos dependen a tal punto, a veces, del caso que de ellos se hace, que son decisivos si se los teme, despreciables si se los desdeña. Así estas supuestas cosas no *son,* esto es, no existen con la resistencia y estabilidad en que hacen pensar la palabra ser y la palabra cosa. Pero, aunque gozaran de estas cualidades, no podría el político, de no ser Dios, percibirlas exactamente como son. Las verá de todos modos como le parezcan, y le parecerán según sea capaz de verlas, a través de su temperamento, de sus hábitos, prejuicios, aprensiones, esperanzas; en fin, a través de todos los malos consejeros que pervierten el juicio y de los que ningún mortal puede librarse por completo. Es decir que el buen político verá las cosas como el autor de la obra de que precisamente tomé prestada su definición insinuaba que las percibe el mal político. ¿No hay, pues, diferencia entre los dos? La hay, sin duda. Aquél es más prudente en sus decisiones; éste obra con más desenvoltura; uno se somete de buen grado a las sugestiones de la realidad, otro sigue ciegamente su instinto y su deseo. De buena fe, nada percibe en las circunstancias que no favorezca su designio. Pero los dos, aunque desigualmente, están sujetos a los mismos errores. No se comprueba entre ellos sino una diferencia de grado, mientras que la definición que examino pretende establecer una diferencia de naturaleza.

"¡Cómo! —me dirán—. ¿No puede usted dejar esas sutilezas y perdonar al lenguaje una inocente inexactitud que no altera mayormente las cosas? ¿Qué significa aquí esa distinción del grado y de la naturaleza? Es pura escolástica". Disculpen: pero conservo mi intransigencia, pues importa mucho, por lo contrario, que la diferencia sea de grado y no de naturaleza. Si fuera de naturaleza, no tendría ya nada que decir, y el buen político sería, en efecto, el que se dice dotado de esa divina e irreemplazable clarividencia, mientras que el otro aparecería como un desdichado que

corre fatalmente hacia el fracaso, destinado a permanecer, durante toda su carrera, en las tinieblas exteriores. Pero si la diferencia es de grado, si no se trata sino de más o menos, la definición se derrumba en seguida, no tanto porque la visión del hombre político pueda ser, según los casos, más o menos fiel al objeto, y él pueda, a fin de cuentas, corregirla si se le muestra su error, sino mucho más porque entonces se hace dudoso que la perfección esté situada en un extremo de lucidez y justa información. No queda excluido el que aparezca, por el contrario, en una especie de dosaje entre cierta docilidad frente a la coyuntura y cierto fervor que, inversamente, le invita a pasar por alto las indicaciones más imperiosas de aquélla. No pretendo sostener que este fervor reposa en una especie de instinto y de intuición que advertirían al genio que no hay allí más que una simple fachada, pues no sería entonces sino el efecto de una penetración más profunda y, si se quiere, la consecuencia de una mejor visión de las cosas. Quiero decir que el fervor del político, su voluntad, su inteligencia, sus maniobras, su encarnizamiento logran a menudo transformar la coyuntura misma que, de hecho, es plástica y está compuesta de relaciones modificables, de fuerzas que trabajan para los que saben captarlas y poner en ellas su confianza. Su vasta geografía no comprende solamente una red inextricable de arroyos, crestas y pasos minúsculos. Contiene también imponentes montañas que parecen destinadas a la inmovilidad, hasta que una fe absurda, razonable contra toda previsión, las pone en movimiento. La historia muestra más de un ejemplo de esos milagros aparentes, y se ha visto a menudo, en las dúctiles cosas humanas, que el fanatismo llega a sus fines, mientras permanecían impotentes la ciencia y la agudeza del juicio. A veces por ignorar las dificultades sale uno vencedor de ellas, o, más bien, la pasión cierra lo bastante los ojos del campeón para que éste deje casi de percibirlas y le da, al mismo tiempo, energía bastante para superarlas. Sin duda, no debe exagerarse la ceguera, y el entusiasta puede tropezar ridículamente y quebrarse como vidrio por haber apreciado mal la resistencia de algún obstáculo. Por eso decía que el bien se encuentra en un dosaje. La definición de mi autor no lo dejaba sospechar. Hasta alejaba esa idea. He aquí lo importante y por qué no dejaba de tener su alcance el que la diferencia fuese de grado o de naturaleza. Yo discutía el sentido de esta definición,

no su exactitud, pues me propongo demostrar cómo las palabras engañan. No me interesaba comprobar su pertinencia: si lo hubiese intentado, habría debido renunciar a ello en seguida, pues todo depende de lo que significa buen político. ¿Significa hábil, honrado o bienhechor? ¿Es el criterio el éxito de la empresa, la moralidad del hombre o la excelencia de los resultados? Los tres puntos de vista son lícitos. A partir de uno o de otro, puede definirse cuál es el buen político. Y escoger entre ellos sería objeto de disputas infinitas.

La impostura de las palabras

Tal fórmula es bella en apariencia. Suena bien, pero sólo contiene palabras impropias y expresiones desdichadas. Es el caso general: hay pocas fórmulas que no tengan bella apariencia. Sin embargo, no pueden examinarse todas. Debería hacerse, pues ningún signo exterior las distingue de aquellas que no contienen más que confusión y espejismo. Son frases bien construidas, compuestas de palabras ordinarias cuyo orden regula la sintaxis acostumbrada. Llenan discursos y escritos. Todos las oyen, las repiten y forman incesantemente otras nuevas, sin tomarse la molestia ni reservarse el tiempo de interrogarlas como deberían, así como el aduanero no puede abrir todos los paquetes. Y el menudo contrabando pasa sin cesar. Pero si un espíritu vigilante se detiene un momento a leer, hablar o escuchar, si se decide acaso a interrogar las palabras de que se sirve, o sus diversos compuestos, para saber qué significan y qué realidad pretenden expresar, todo se desploma. Se descubre el engaño. No había sino prestigio y simple andamiaje cubierto de tela embadurnada. La inteligencia sorprendida, apremiada o soñolienta había creído descubrir un sentido, habituada —y ahí está el mal— a contentarse así con cualquier combinación de palabras que no la choque por su manifiesta absurdidad. Ahora bien: es casi dificultoso el ser absurdo. Es sin duda más fácil juntar términos que no protesten de hallarse reunidos. Se llaman mutuamente. Acuden espontáneamente a la boca o a la pluma. Y uno se felicita de esa facilidad peligrosa. El espíritu cuando junta palabras cuyo agrupamiento le choca, se violenta, no sigue su inclinación, es menos perezoso que de costumbre. Por eso casi todas las frases que uno encuentra ofrecen

una apariencia de sentido —sólo una apariencia— que no resiste al primer examen. Y uno sospecha que, a menudo, bastaría intentar cercar su sentido para advertir que no tienen ninguno.

, Llega un momento en que la inteligencia, perdida entre las palabras y como borracha de ellas, reacciona y desea apoyarse en algo más firme. Desea, a través de las palabras, alcanzar evidencias, es decir cobrar el metal incontestable que garantiza esa abundancia de papel moneda. En efecto, ¿cómo no advertir que, sin una experiencia íntima que le corresponda, no hay palabra que valga más que el ruido que hace? Es preciso que se apoye en una certidumbre, establecida por los sentidos o por algún otro modo de captar, reconocer e identificar. Entonces todo es rigor y no hay ya nada que se pueda confundir o recusar. Lo que se sepa, se sabe desde entonces a ciencia cierta. Por así decirlo, queda uno pagado por saberlo. Se conserva en la conciencia una como cicatriz de la revelación banal o rara que se ha recibido. De esta manera, cada uno dispone de acerbos o dulces recuerdos que constituyen un tesoro personal. Con ellos confronta las palabras cuando quiere verificar su ley y peso. Detrás de los agrupamientos sonoros, encontrados al azar de una lectura o de una conversación, busca algún dato irrefutable. No abandona la partida antes de haberlo conseguido. Hay indudablemente pocos discursos, pocas páginas que resistan la prueba. En alguna etapa de la encuesta, en el momento en que el espíritu ansioso ahonda su búsqueda, se revelan como puro fárrago, y los esparcidos miembros de sus frases se disuelven y desvanecen antes de que haya podido asir una evidencia que la sostenga. Decepcionado, no tiene ya ante sí sino una estructura gramatical y elementos incoherentes que no puede enlazar y debe restituir al diccionario, por no comprender sus relaciones mutuas. En verdad, no había sino esto: de una parte, uno de los moldes comunes que el lenguaje pone a disposición del pensamiento y que éste utiliza para dar forma a lo que quiere trasmitir; de otra, palabras recogidas con oído inatento y reproducidas pronto sin preocuparse de expresar por su conducto una afirmación que se sepa enlazar por vías seguras con esas certidumbres simples que la inteligencia abarca de una vez, que no puede apartar ni modificar a su gusto y de las que sería saludable que sacase exclusivamente las premisas de sus pasos.

Pero ¿quién no se contenta con pedir a las palabras mismas esas garantías con que convendría precaverse contra su usurpación? ¿Quién se impone la obligación de bajar cada vez hasta las certidumbres elementales o de comprobar por lo menos la seguridad de los cambios que permiten alcanzarlas? Tanto valdría condenarse al silencio, y llego a creer que, en su punta extrema, el más alto pensamiento se decide por fin a ello. Pero me atengo a las condiciones ordinarias de la reflexión válida: es un hecho que, aun en estos límites, son excepcionales los que toman las precauciones convenientes. Por lo demás, nadie podría tomarlas siempre. De ahí que las palabras lo sumerjan todo: no se espera para usarlas a que la experiencia les haya suministrado el menor contenido. Al contrario, cuanto menos sentido tienen para el que las emplea, tanto más se considera éste autorizado a deslizarlas en cualquier fórmula, creyendo que, con este artificio, se lo aumenta. "La justicia —empieza el primero— no es más que una decisión de...". Basta. Ya sé que la justicia padece otras definiciones. Lo veo en el empeño mismo que tiene de hacerme pensar lo contrario. "La verdadera democracia —afirma el segundo— consiste en...". Ya estoy en guardia. Si no lo apruebo, está preparado para sostener que mi concepto de la democracia no es el de la democracia verdadera. ¿Para qué discutir? "Los que saben leer a Platón —escribe otro— reconocen en su obra...". ¿Cómo decirme más claramente que si yo no percibo en Platón lo que a él le place, es que no he sabido leerle? Así sucesivamente. Con palabras y fórmulas se puede hablar y escribir tanto como se quiera. No hay necesidad de experiencia ni de reflexión. ¿Por qué abstenerse? Hay gente que en toda su vida no se expresó de otro modo. Nada más común, ¿qué digo?, más inevitable que hablar de lo que no se conoce. Y nada que se note menos. A nadie choca que éste hable a su lector de un plátano que ha visto devorado por las orugas o que aquél lamente con solemnidad que la virtud no sea siempre recompensada. Sin embargo, las orugas no atacan a los plátanos, y si la virtud fuera siempre recompensada, ya no sería virtud, sino algo difícil de distinguir del cálculo o el interés. Que cada cual haga aquí examen de sí mismo. ¿Quién puede asegurar no haber jamás desaprobado de algún modo el hecho de que el círculo no tenga ángulos?

¿Qué ocurrirá si no se trata ya solamente de breves fórmulas aisladas? El intelecto junta de buen grado las palabras de modo

que se presten un apoyo recíproco y constituyan al fin una gigantesca red capaz de sustituirse casi al universo, de interponerse al menos entre el universo y el conocimiento de éste que el hombre se esfuerza en adquirir. Desde el principio, parece destinado a caer en el lazo que le tienden los sistemas. Son las palabras lo que percibe primero. Pronto forman una especie de pantalla que le oculta el mundo. Su multitud, su agitada confusión asaltan el espíritu y lo aturden. Preceden sus experiencias, en vez de llegar oportunamente para nombrarlas a medida que él pasa por ellas y siente el deseo de identificarlas. Se acostumbra así a dar en su discurso más importancia a las palabras que a las cosas y pierde el hábito de ver en ellas signos que sólo tienen la función de expresarlas. Se necesita entonces, para desprenderse del dominio de las palabras, un vigor intelectual poco común. ¿Cómo podría ser de otro modo? Invaden toda pobre cabeza en cuanto se despierta a la conciencia: la escuela, los diarios, los libros, la radio, todo conspira para llenarla del rumor de las palabras más bien que de los rumores del mundo. No acoge nada sino por su conducto, y vedla ya bien preparada para ser víctima de toda superchería del lenguaje. Más aún: halla acomodo en esa condición. Una inteligencia algo viva no tarda en sacar partido de ella. En la plaza pública se apretuja una clientela que espera, boquiabierta, al charlatán. A éste no le faltarán crédulos. Es inevitable y en verdad, una consecuencia directa de la naturaleza de las cosas.

Los sistemas

A decir verdad, nada más natural que la invasión de la plaza pública por los charlatanes. Es el lugar que han escogido para realizar sus hazañas. El pensamiento es ahí menos metódico que en cualquiera otra parte, y lo que importa no es ser preciso, sino tener labia. Harto se sabe que no se conmueve a las muchedumbres con razonamientos: es mejor aullar y repetir a menudo y con voz fuerte los mismos gritos, que terminan por provocar mecánicamente las reacciones que espera un hombre hábil o un arrebatado que es él mismo presa del delirio que esparce. Claro está que sabios y filósofos se jactan de ser más exigentes. Sin embargo, nada impide al lenguaje prestar sus emboscadas al razonador como al charlatán de estrado. Cada uno halaga una necesidad diferente. Este pinta con los colores más seductores los

efectos de su droga o de su política. El otro presenta un sistema que tiene respuesta para todo, y no existe fenómeno en el universo entero que no encuentre en él su explicación. No se necesita más para seducir a la mayoría. Los oradores sólo tienen "l'embarras du choix". Uno lo explica todo por la lucha de clases y la evolución de la economía; otro, por la competencia de razas y los esfuerzos de las peor dotadas para acabar con las más dignas de la dominación universal. El tercero lo atribuye todo de preferencia a la energía sexual, cuyo influjo soberano percibe por anticipado en todas partes. Antes se invocaban los astros, del mismo modo y con el mismo éxito. El principio es idéntico y la receta infalible. Se aplica con gran seguridad. Sólo se necesita un instrumento tan flexible que pueda dar cuenta igualmente, en las mismas condiciones, de la presencia de lo blanco o de lo negro. Y asunto concluido. Fácil es unir cualquier efecto a la causa elegida previamente. Basta que sea suficientemente vasta y lejana. No falta sino mostrar su acción con la ayuda de algunas palabras-claves que, según se cree, esparcen la luz de por sí: el uno dice dialéctica o plus-valía; el otro, complejo, sublimación; y el último, dolicocéfalo. Y ya está todo aclarado. Este, por ejemplo, ve en los cuadros de un pintor que se fue a Tahití la expresión del imperialismo colonial francés. Otro explica la economía capitalista por el juego de las tendencias sádico-anales, trasladadas al plano colectivo, según concede con seriedad. El tercero descubre en la Saint-Barthélémy o en la revolución francesa complots de las razas inferiores contra el ario predestinado. Sólo es preciso recurrir cada vez a determinado vocabulario, pues sólo de éste saca la explicación de su prestigio. Y éste desafía la crítica, pues no se puede responder nada a afirmaciones tan gratuitas. Surgieron exclusivamente de la aplicación automática de una panacea que no podía dejar de convenir a todos los casos reales o concebibles. Por las mismas razones que es imposible probar que tales afirmaciones son ciertas, también es imposible demostrar que son falsas. Su arbitrariedad misma las protege y las hace irrefutables. Nadie puede probar que la pintura de Gauguin no sea forzosamente la expresión de un imperialismo colonial, que la economía capitalista es independiente de las tendencias sádico-anales y que el juego del ajedrez no es una sublimación del complejo de Edipo (pues el Rey que hay que vencer, como con res-

peto y sin hacerlo desaparecer, es un símbolo del padre). Tampoco existe un argumento absolutamente decisivo para descartar la hipótesis de que la toma de la Bastilla se deba a una conspiración de hombres morenos contra la supremacía de los rubios o a la concurrencia de Neptuno y Urano en el signo del Sagitario. Es difícil poner de manifiesto la falta de relación entre un principio general y un hecho particular. Pero supongamos que se llegue a ello por milagro, indirectamente, al menos, sacando a luz conexiones más próximas y más rigurosas. Esos sabios no se darán por vencidos. Acusarán a su contradictor de ser víctima de las apariencias, de ver sólo la superficie de las cosas, y pretenderán pronto que en el fondo y en último análisis, como se complacen en decir, no cabe duda de que son las determinaciones que ellos invocan lo que lo ha conducido todo. No pueden dejar de ser infalibles.

Naturalmente, sus explicaciones se cruzan. Luchan sin cesar: más aún, procuran, por así decirlo, disolverse mutuamente en sus respectivas teorías. Cada uno explica por qué encadenamiento de causas pudo nacer la doctrina rival. Lo consigue fácilmente, como era de prever, por el solo poder de su lenguaje encantado que el otro tiene con razón por logomaquia, pero sin advertir que el suyo, en este punto, no tiene nada que envidiar al que él recusa. Con frecuencia he oído a esos doctores excomulgarse entre sí. No lo hacen nunca después de discutir las razones del adversario, sino clasificando muy pronto a éste entre los condenados por su evangelio particular: el psicólogo, entre los miserables que llama inhibidos; el economista, entre los que define como burgueses; el racista sitúa al rebelde entre las razas inferiores cuya inteligencia es destructora, como todos saben, y el astrólogo se persuade de que, haciendo el horóscopo del desdichado, descubriría que ha nacido bajo una mala estrella cuyo pernicioso influjo le impide justamente reconocer la justicia de la astrología.

La cuestión, pues, queda pronto resuelta. Cada uno habría deducido, de ser preciso, los caracteres que debía presentar necesariamente una teoría dictada, según los casos, por el sexo, la condición, la sangre o los astros del que la expuso. Por esto, sin preocuparse más por un incidente tan despreciable, previsible, por lo demás, y comprendido en todo caso en el orden general del universo tal como lo describe la Biblia que él venera, pasa delante

y continúa alegremente interpretando el mundo como ella quiere que se haga. Es infalible, les digo. E imperturbable. *Illi robur et aes triplex...*

No sé de nada que desdeñe tanto la realidad como semejante actitud. Es lógico que la fe recurra a ella. Representa su papel, y fácilmente concibo que el teólogo, apoyándose en la verdad revelada, no condescienda a rechazar los razonamientos del impío: han sido inspirados evidentemente por el Maligno. Hay que dejar que obre la gracia o el ardor de la hoguera. Pero que el profesional de la reflexión obre de igual modo y sin darse cuenta es algo que me inquieta en extremo. La pujanza de las palabras debe ser como infinita, una vez que se les ha permitido, por decirlo así, no designar nada claro y reconocible. Limitadas casi únicamente a su función de signos arbitrarios, asociados entre sí y no a las cosas constituyen de inmediato, reforzándose recíprocamente y excluyendo el resto, un sistema realmente apacible, por fútil que resulte. Sí, no cabe duda, su pujanza es entonces como infinita. Borra el mundo: nada prevalece contra ella, ni los simples datos de los sentidos, ni las necesarias conexiones que la inteligencia establece entre las ideas, ni las certidumbres más sutiles que el corazón experimenta a veces, más firmes y más próximas que todas las demás. Diríase que el universo entero es ensombrecido y relegado a no sé qué incierto último término por esta especie de telón tembloroso y coloreado que tienden las palabras en cuanto se ha sabido reunirlas en una construcción vasta.

La magnitud de la usurpación no deja nunca de asombrarme. No es por ello menos constante y universal. Por eso no se la percibe sin dificultad. Consigue engañar a la razón más fría y poner de su parte hasta el poder de articular con rigor las proposiciones, adormeciendo así la vigilancia de más de una facultad desconfiada por oficio. ¿De qué estragos menos ideales no ha de temerse que se muestre capaz, cuando se dirige, por el contrario, a potencias brutales, prontas a inflamarse, sin defensa contra el extravío, que se desencadenan con sólo agitar un paño rojo y que se apaciguan con la misma sencillez? ¿Qué séquito de males no puede entonces originarse en un desorden tan propenso a la producción de efectos funestos? Caería en el pecado que reprendo si me precipitara a enumerarlos. Se me permitirá, con todo, citar una respuesta de Confucio que encontré no hace mucho en un

estudio consagrado precisamente a denunciar los abusos que se hacían de una palabra, la palabra mística. Preguntaron al Maestro qué medida habría aconsejado al príncipe Ling de Wei para restaurar la paz y las buenas costumbres en su reino, donde la anarquía había llegado a su colmo: "Corregir las denominaciones" —respondió. Y explicó a continuación: "A denominaciones incorrectas, razones incoherentes; a razones incoherentes, negocios comprometidos; a negocios comprometidos, ritos y música sin cultivar; a ritos y música sin cultivar, penas y castigos inadecuados, el pueblo no sabe con qué pie baila, ni qué hace con sus diez dedos". Ignoro si eran indispensables tantos rodeos. Pero veo ahí una gran verdad.

Un gran peligro para la libertad

Cuando el vocabulario pierde su claridad, cuando las palabras se emplean unas por otras, ¿qué punto de referencia, qué medida común permite a los hombres el menor intercambio en que la mala inteligencia no esté presente? Excediendo cada cual su competencia con un lenguaje fascinador, pero sin alcance ni exactitud, no se distingue ya la cordura de la presunción ni la solidez de la inconsistencia. Ya no hay enseñanza que pueda trasmitirse o escucharse. Babel no consiste en que de ella surjan, repentinamente, distintas lenguas, sino en que, en el interior mismo de una lengua única, sea preciso traducir sin cesar para comprenderse, y que la traducción sea imposible porque no existen ya relaciones ciertas entre términos confusos y flotantes, que no evocan para nadie las mismas imágenes.

No subsisten sino signos de los que se espera que obren como talismanes y que, en todo caso, son señales más que denominaciones. Vence aquel que, por los procedimientos más groseros, sabe mejor servirse de ellos, no en lo que significan, sino como otros tantos incentivos propios para provocar las pasiones y todo lo que puede suministrar para un fin determinado, en un tiempo conveniente, la mayor cantidad de energía útil. Todo se reduce a la técnica. Especialistas diligentes ponen al día en los laboratorios los procedimientos más eficaces. Establecen las recetas que hay que emplear para obtener sin error tal o cual reacción. En estas condiciones, ¿quién no imagina qué palabras há-

bilmente escogidas, repetidas macizamente, aplicadas sin descanso a emociones concretas, llegarían a provocar casi infaliblemente los gestos que se desean? No se precisa la violencia para dar cima al adiestramiento. La ciencia basta. Todos creerán que se lanzan espontáneamente adonde se calculó conducirlos. Tal es el camino que está emprendiendo el hombre. Si no anda con cuidado, pronto se dejará reducir a los reflejos condicionados. En último término, el ser razonable, sólo es independiente por su juicio. Pero, a través de las palabras, debe juzgar realidades. Su libertad consiste en una decisión tomada con conocimiento de causa. Si las palabras solas retienen su atención, si descuida el referirse a aquella de sus experiencias que cada una designa, está perdido. Se utilizarán las palabras para hacerle hacer lo que se quiera. Se lo esclavizará sin temor de que lo advierta. Un tirano instruido y bien equipado sabrá darle cuerda como a un reloj y ponerlo a la hora que le plazca. La propaganda es un arte que se halla todavía en su infancia. Pero ha obtenido ya resultados tan alentadores, que es poco probable que el Estado renuncie a emplear un modo tan eficaz de obtener la obediencia y, más aún, el entusiasmo. Se desdeñará privar al hombre de su libertad encerrándolo en una cárcel, si se consigue gobernar sus deseos.

Este cuadro sombrío está lejos de ser quimérico. Describe una situación que no tiene nada de imaginaria y que cada cual puede comprobar, por poco que tenga ojos para ver. Existe en la mayoría un creciente abismo entre una experiencia insuficiente y un vocabulario demasiado abundante que mucho la sobrepasa, no sólo en extensión, sino sobre todo en complejidad. Para las palabras que designan un objeto que queda bajo los sentidos o un estado anímico elemental, no hay todavía nada inquietante. Pero pongámoslas en plural, y ahí tenemos ya el comienzo de la inexactitud, pues se borran diferencias y se tiende a considerar como idéntico lo que no es posible relacionar sino bajo determinado aspecto. "¿Cómo puede decirse *los niños*? —advertía un escritor sensible—. Esta palabra no tiene plural: sólo tiene infinitos singulares". ¿Y todas las veces que se dice *los hombres?* Se debería en rigor no hablar entonces sino de los caracteres propios de la especie, apartando a la vez los que se comprueban fuera de sus límites y los que no alcanzan a éstos en todos sus puntos. ¿Quién se ciñe a semejante precisión?

La menor palabra abstracta es más peligrosa todavía. Supone operaciones difíciles que nunca se deberían conducir a la ligera y que la palabra, bajo su aparente inocencia, trae totalmente hechas a multitud de espíritus que no tienen ni idea de lo que son. Por esto emplean ese signo con la mayor ingenuidad, sin reflexionar que es imprudente hacerlo sin haber antes circunscrito su sentido, quizá sin haber como recomenzado en sí mismo el trabajo a que debe la existencia. Sólo con esta condición la palabra es realmente adquirida. Sin ello, sólo se tiene de prestado. Es éste, por desdicha, el caso de la mayoría de las palabras para la mayoría de los hombres. No hicieron más que oírlas, leerlas y repetirlas de la manera que les parece más verosímil. Tal vocabulario no representa de ningún modo un aumento de instrucción. Al contrario, constituye un grave peligro. Desarma al hombre. Embrolla su juicio. Hace al mismo tiempo, de esa criatura desconcertada, una presa fácil para el charlatán o para el ingeniero. Admitamos que el uno procura embaucarla, mientras que el otro, según se asegura, trabaja para su felicidad. Pero los dos la rebajan a la condición de un títere cuyos hilos manejan. No consentirían todos en ver ahí su verdadero destino. Es difícil decir si semejante suerte le espera al hombre fatalmente, difícil también decidir cuáles son los mejores medios para escapar a esta esclavitud insidiosa. Pero no dudo de que encontraría provechoso fortalecer su poder de juzgar bien las cosas. De esta manera, preservaría otro tanto la condición íntima de su libertad; porque, lo repito, de nada sirve que se le deje en libertad de obrar a su capricho, si se conoce el medio de dirigir su voluntad. Por eso deseo que se acostumbre a desconfiar de las palabras, pues es por medio de ellas que se logrará más fácilmente sorprenderlo y sojuzgarlo. Hasta querría, si no supiese que con ello deseo lo imposible, que emprendiese una labor de Cenicienta, que las hiciese pasar todas por el tamiz y rechazase el empleo de las que recibió del azar y se ve impotente para hacer que correspondan a alguna evidencia. Que las destierre, pues, cuando, al interrogarlas, deba confesarse que ignora lo que quieren decir y a lo que pueden aludir. Se trata de una persecución de fantasmas análoga a aquella que recomendaba el poeta. ¡Cuántas palabras, fórmulas, huecas ordenaciones de frases veríamos disolverse y desaparecer! También ellas dejarían en la memoria, supongo, una mancha de

moho, como lo hacían en los muros las larvas fantasmas que él imaginaba y que, no teniendo tampoco derecho a la existencia, no podían surgir sino en las muchedumbres, a favor de la inatención general, pero habían de desvanecerse igualmente cuando se las perseguía lo bastante, delatando finalmente su vacío.

No creo que haya muchos que se complazcan en tal caza o sean capaces de llevarla a cabo. Sin duda, el uso de la palabra lleva consigo, como rescate inevitable, esa inmensa suma de vocablos errantes y vacíos. Es natural que cada cual los recoja y se sirva de ellos sin demasiados escrúpulos, como le vengan. Pero hay algunos, sin embargo, que ponen en el justo ejercicio de un don tan precioso su esfuerzo y su gloria. Pienso que les corresponde dar el ejemplo y, por mera honradez, guardarse bien del peligroso poder de que son depositarios. Cierto, no se puede castigar su falta de honradez. Y aun encuentran en ella ventajas de toda clase y, especialmente, los aplausos de los embaucados. Pero traicionan los deberes de su cargo.

Se dice que, en la más remota antigüedad, los chinos no disponían, por todo vehículo de sus reflexiones, sino de cordeles que anudaban de trecho en trecho a intervalos apropiados. La disposición de los nudos decía con trabajo lo que deseaban comunicar. Se inventó por fin la escritura y sobrevino una grande inflación que relajó el rigor del pensamiento. Pues ya no había necesidad de reflexionar mucho para expresar poco. Era más bien lo contrario lo que ocurría ordinariamente. Un sabio se alarmó: "Haré que volváis —exclamó— al uso de las cuerdas anudadas". No era, desde luego, sino un vano deseo. Pero al formularlo prescribía a sus discípulos la meditación silenciosa. Lo veneran como a un gran sabio.

ROGER CAILLOIS

SUR, Nº 135, enero de 1946.

Arte

De una simiente se elevan una planta y sus flores; no se acostumbra reconocer en este milagro la presencia de un arte mayor que el que se observa al otro extremo de los modos de creación: en el objeto fabricado por una máquina. Sin embargo, el resultado de una y otra operación es igualmente susceptible de provocar la admiración. Ahora bien, se recusa a ambas y se veda uno el aplicarles, como no sea por imagen y con un elogio que se sabe excesivo, el nombre de obras de arte, que se reserva celosamente a otros ejemplos de belleza. ¿De qué proviene que aquéllos no sean juzgados dignos de él? El trabajo de una máquina es por lo común irreprochable. ¿Y quién concebiría el aportar el menor retoque a los pétalos de la orquídea, al ala de la urania o de la vanesa, a las venas del ónice, a las formas de la pantera o de la mujer? Su perfección a este respecto no parece convincente; nadie ve en ella el efecto del arte.

Esta evidencia, tan trivial que apenas se atreve uno a formularla, conduce inmediatamente a una verdad inesperada: la belleza y la perfección no es, o cuando menos no es lo único que constituye la obra de arte. Muchas maravillas, y de las más diversas, que son bellas y perfectas, no suscitan siquiera la idea del arte. Basta que la naturaleza o una relojería cualquiera las haya producido. Pues el arte no consiste tan sólo en la finalidad lograda o perseguida, sino que reside ante todo en los caminos emprendidos para llegar a un término radiante.

¿Qué paradoja veda por igual el acceso de este dominio a la ciencia y a la naturaleza? ¿Qué carácter descalifica aquí tanta flexibilidad como allí tanto rigor? La respuesta me parece fácil: la una como la otra, la vida lo mismo que la máquina, carecen de libertad y de inventiva. Así, hay que situar en ellas la esencia del arte. Éste corre una aventura en la cual, hasta el último mo-

mento, hay una incertidumbre peligrosa y saludable. De este singular impuesto se hallan exentos la savia y el engranaje, que comulgan en la misma seguridad y la misma ceguera. Éstos se hallan privados a la vez del poder de errar y del de innovar. De la máquina, el objeto sale impecable, pero siempre idéntico; y de la semilla, en el instante debido, brotan el mismo tallo, la misma flor, con el mismo esplendor, por el cual habría sido inútil tener inquietudes ni deseos, ya que mal habría podido defraudarnos ni dejar de cumplir su cometido.

He aquí justamente lo que defrauda y lo que falla en el orden mecánico como en el natural. El hombre está ausente de ellos, y con él esa inquietud que le hace vacilar y temer por su obra, Seguramente, no deja de envidiar la facilidad de la naturaleza o la inevitable precisión, que él da también a la materia subyugada por sus cálculos exactos. El artista más ambicioso no desea más. Pero sabe que este sueño es ilusorio y que sería absurdo el lamentar que lo sea. Abandona, pues, el sueño y vuelve al esfuerzo, en el cual titubea, temiendo de continuo echarlo a perder con la equivocación más leve e imperceptible. Pero, cuando el éxito recompensa el esfuerzo, nada le es tan precioso como ese mísero objeto que consiguió extraer de lo amorfo con su trabajo paciente.

No es su insuficiencia lo que aprecia en esta prueba ambigua de su presunción y su torpeza, lo que le alegra es sólo el sentirse el autor de prodigios imperfectos que durarán más que él, que los imaginó, condujo y remató. En el camino, cada idea, cada gesto, cada emoción le invitaban a cambiar su apariencia y sus virtudes. Una madre no tiene tal poderío sobre el hijo que lleva en sus entrañas y que crece dentro sin que ella pueda intervenir para nada en su modelado. La naturaleza es aquí soberana y lo hace todo; basta con dejarla hacer. La mujer en cuestión no es sino el lugar de un misterio. Su hijo le pertenece menos que al artista su obra, aunque se le asemeje más. De la madre que lo dio a luz, y que a su vez nació de acuerdo con la misma ley, comparte la naturaleza mortal y la repite.

La obra, en desquite, se aparta inmediatamente de la condición de su creador. Lejos de reproducirla, aspira a diferenciarse de ella. Y aquel cómplice, la ayuda con todas sus fuerzas a conquistar, lejos de él, como un comienzo de eternidad. La abnegación de un ser frágil trata de adornar la materia o el pensamiento

con las gracias de la vida, pero sin exigir nada ni consentir en este reinado, en el que nada luce sino *l'espace d'un matin.*

Con frecuencia una cosa viva es perfecta e infalible. Pero el polvo la aguarda. ¿Quién la salvará de perecer?

Así, comprendo el designio del hombre, que sin cesar se esfuerza en acercar cada vez más sus obras a una perfección señalada de antemano, en la que no obstante se niega a reconocer su destino. No ignora que jamás podrán rivalizar con ella, y precisamente por provenir de él. Como el obstinado que las engendró, continuarán siendo personales e inseguras.

No vacilaré, pues, en definir el dominio del arte como el de la ambición y la destreza humanas. De este modo, distingo mejor sus títulos, su cargo y su propósito. El arte intenta fundar sobre cimientos estables monumentos contra los cuales la muerte apenas tendrá poder alguno. Nutrido en el calor de la vida, nace en un cuerpo de un pensamiento. En lo hondo del mundo ignoble de las vísceras, de las mucosas y de los humores, en medio de una exuberante y turbia fermentación, una sangre cálida mantiene así el divino ardor que, esperando elevarse a lo imperecedero, no tarda en alejarse de este origen inmundo.

¿Qué sendas escarpadas le conducirán a la felicidad? Trátase, para el arte, de a un tiempo mismo rehuir la vida y hacerle la competencia. Disciplina su energía con proyectos que la contrarían y mediante los cuales intenta alcanzarla. El artista, además, debe confiar tan sólo en sus propias fuerzas. Apenas si tiene derecho a recurrir a algún que otro simple utensilio que prolonga sus manos sin sustituirlas. Es preciso que, sin embotar su finura, estos instrumentos fraternales las mantengan por el contrario ágiles y sensibles como palpos de insectos. Lejos de servirle, perjudican a quien los emplea si no le dejan la entera dirección del trabajo.

Tal es el único apoyo que tiene que asegurarse el artista. ¿Se atreverá a doblegar en uso propio otras fuerzas que la suya, lejanas, poderosas, ejecutando de golpe y sin error, mediante un resorte o una orden, un trabajo que sin ellos exigiría un dispendio casi infinito de maniobras difíciles? Sin duda complacientes energías le eximirán, si requiriese sus servicios, de dirigir punto por punto el proceso de su trabajo. Pero inmediatamente le harán traición estas aliadas forasteras. Lo que produzca, privado de

alma, no será ya imagen suya y le proporcionará un placer menor. ,Pero si, procediendo a la inversa, cede a las seducciones de la naturaleza y piensa que le bastará abandonarse como ella para hacer una obra maestra, se equivoca más peligrosamente aún y renuncia sin remisión a los privilegios que esperaba obtener.

¿A qué, por otra parte, su designio, si no añade nada a la naturaleza? Más vale en ese caso que se limite a desarrollar su cuerpo y a cuidar esta hermosura que acechan la vejez y la corrupción. Toda ella tiene su origen en la carne, y no la sobrevive. Pero si desea otra clase de belleza, tendrá que adentrarse audazmente por caminos opuestos. En estas nuevas marchas, cada rigor que inventa determina su derecho, lo mismo que cada cadena con que se aherroje y cada servidumbre que se imponga. No hay coerción que no venga en su ayuda y no contribuya a salvarlo. Sólo un peligro le amenaza: que, sintiéndose naturaleza y vida, vaya a acomodarse a sus leyes en vez de someterlas a la suya. El desventurado se fía al instinto, a la fiebre, a la sangre y a todos los demás recursos en él apremiantes y fugaces que le correspondería más bien gobernar.

¿Qué arte no descansa en la conciencia y en la libertad del que en él busca su gloria? Un ser lúcido y atento, afanoso de mesura, de razón y de independencia, obedece a la legislación que él mismo se dio, cuando nada le obligaba a ello. Impone a su empresa residencia y obstáculos que garantizan su valor con el trabajo que cuesta vencerlos. Fija como a tientas las reglas de una etiqueta precisa que se apresura a respetar religiosamente: la conciencia y la libertad se aplican a inventar, a descubrir acaso, esclavitudes calculadas con las cuales humillan el exceso de su turbulencia. Doman el ardor que las anima. Y lo que fue capricho se convierte en orden y sapiencia.

Así es cómo se constituye un estilo, quiero decir un modo humano de alcanzar una excelencia en que las formas se disponen como en virtud de una necesidad tan imperiosa como la que mueve las revoluciones de las estrellas y el crecimiento de los árboles. Pero no por ello es menos libre y personal. La industria del hombre abre perspectivas o levanta estructuras que no parecían faltar al universo; pero he aquí que satisfacen al espíritu y se diría que al universo mismo, en el que desde luego no sobran, y pronto parecerán tan familiares como las que ya existían. La

contribución que imaginó añadir al mundo un ingeniero atrevido, para no disonar en él tendrá que ser también toda rigor y perfección.

Nada hay que no sirva al hombre para aportar este inútil testimonio que le engrandece —¿ante qué tribunal inconcebible?— y por el cual transmite a la posteridad un mensaje azaroso. El arte suministra su sobre indispensable. Ciertamente, no le corresponde a él decidir el contenido. Esto atañe a instancia aun más alta. No obstante, fuere aquél el que fuere, muchas veces es el arte el que hace que lo oigan y comprendan, y el arte también el que muchas veces lo recoge o lo ilustra.

¿No es, pues, destino suficiente para el arte consistir en el aprendizaje de una disciplina que cada uno debe crear a su propia semejanza y por el cual, sin embargo, tiene que acceder a una regularidad en cierto modo absoluta que no atiende a las razones de nadie? Nace, en suma, de obras que es menos fácil confundir o alterar que las de la naturaleza. Un genio singular las asedia y a la vez las protege. El celo tenaz de un hombre acrecentó ese imperio próximo a la vida y no obstante distinto de ella, en el que la belleza triunfa y permanece.

ROGER CAILLOIS

(Traducción de Ricardo Baeza)

SUR, Nº 147/148/149 - enero - febrero - marzo 1947.

La Grandeza del Hombre más Vasta y más Completa que su Bajeza

Persisto en pedir al escritor que recuerde que el hombre posee una inteligencia y una voluntad, mediante las cuales se ha elevado adonde se encuentra. Se me antoja, por otra parte, que la moral más exigente no podría pedirle más. Es sin duda excelente no olvidar lo que el hombre recibió de la naturaleza, que tiene un estómago y un sexo, que es brutal, egoísta y codicioso, que gusta de gozar, que aplasta al débil y propende a huir ante el fuerte. Pero nada de eso es maravilloso y ni siquiera le es particular. Las mismas aptitudes veo en los animales, y nada en ellas me explica que el hombre haya acondicionado en su provecho este mundo y esa naturaleza de que surgió. No lo habría conseguido si no se hubiere mostrado continuamente capaz de esfuerzo y de sacrificio. Toda la historia aquí aboga por su causa: sus virtudes no son de ayer, como tampoco son una excepción ni un azar. Tan suyas son como su bajeza y su misma obscenidad. Y aun más, puesto que las ha hecho.

Ciertamente varían según los tiempos, los lugares y las civilizaciones. Entre tantas máximas distintas que hemos visto proponer y seguir, hasta concibo que para decidirse apenas puede hacerse otra cosa que obedecer la costumbre o una inclinación personal que la razón justificaría difícilmente. Pero su papel continúa siendo idéntico, e idéntico el sentido del celo a que invitan a las buenas voluntades. Diversas por los climas, por las épocas, por las sociedades en que el destino las inscribió, cada una de estas legislaciones defiende en su lugar el mismo imperio y el esfuerzo en acrecentarlo. Poco importa, entonces, que lleguen a contraponerse y que se descubran ocasionalmente en ellas ciertos vicios y aberraciones; basta que cuenten con adeptos convencidos y abnegados. Es por otra parte lo que hace constituyan una moral y no

simples recetas buenas para facilitar a quien las utiliza la obtención de tal o cual ventaja. Así, hasta las más temerarias guardan con las demás ciertos caracteres comunes. Raramente se encontrará ninguna que repruebe el valor, la lealtad, la inteligencia, el desinterés. Las hay que recomiendan ser duro, y aun cruel; ser ambicioso, incluso hasta la voracidad; ser astuto, y quizás hasta pérfido. Pero no he oído hablar de ninguna que aconseje la vanidad, la bajeza, la avaricia, la timidez. La razón me parece evidente: son otras tantas servidumbres. Ahora bien, si hay algo que una moral, sea cual fuere, no puede exigir a los hombres es que éstos se vuelvan impotentes y pusilánimes, que tiemblen de continuo por temor a perder lo que tienen o a no recibir lo que ansían. Se puede pedir a un ser que abdique su libre arbitrio y elija su propia esclavitud, pero es preciso cuando menos que esta decisión sea libre. ¿Quién sabe si no encontrará al envilecerse su mérito o su salvación? Mientras hay esfuerzo hay moral. Pero si lo único que hace falta es abandonarse, toda máxima se torna superflua. Basta la gravedad, en la cual es inútil esforzarse. La moral no existe sino en el momento en que hay que vencer una resistencia o una seducción.

Esforzarse contra un obstáculo o recusar una facilidad, he ahí realmente, antes de que se ramifique en preceptos diversos, particulares a cada escuela o cada coyuntura, la parte original y el oficio primero de la moral en la naturaleza humana. No es poco, si se considera que de tan humildes raíces nacen los frutos más raros, como la santidad y el heroísmo. Por mi parte, no vacilo en tachar de traición al escritor en que descubro el propósito de explorar exclusivamente las flaquezas del hombre. Expone de éste sus dimisiones y parece callar por principio que sabe ser a veces noble y generoso. Ahora bien, al hacer esto, por convencido que se halle de que con ello aumenta la fuerza de su obra, más bien la disminuye. No se me alcanza en efecto qué ventaja podría perseguir la literatura al mutilar de esta suerte la imagen que propone de su modelo. ¿No se empobrece acaso en la medida misma en que lo desprecia? Pero sospecho que, si entonces complace, no es por la verdad ni la belleza de sus retratos, sino por el hecho de vilipendiar toda altivez y empequeñecer toda grandeza. Y si reserva una amplia parte a la obscenidad, mis sospechas se agravan. Las obras licenciosas, por bien escritas que estén, no pueden menos de inspirarnos la duda de que sus lectores vayan a ellas

atraídos por la gracia del estilo. Suponemos su emoción nacida en ellos más abajo y se adivina que este ardor menoscaba el otro entusiasmo.

Si tales escritores eligen no obstante como objeto de su estudio la condición animal del hombre y sus apetitos más viles, esto es los más vulgares, ¿iremos por ello a prohibírselo? ¿No son libres acaso? ¿No es menester iluminarlo todo? Desde luego, y no cabe duda que su elección le ayudará a interesar más pronto y más seguramente al público. Pero ello será a expensas de su arte. El punto de vista adoptado los limita y perjudica su genio. Deforma su visión y no tardará en falsearla. No es lo mismo consagrarse a describir la grandeza que la inmundicia. El preferir la primera no deja de tener sus ventajas. Es cuestión de riqueza y también de jerarquía: la grandeza no fluctúa en un vago, misterioso y sublime empíreo. Tiene sus cimientos en tierra y, para elevarse más alto, hunde forzosamente sus raíces en lo más bajo. Entraña lo que niega. Se aparta de ello sin dejar de afianzar en ello su fuerza. Así lo han juzgado todos aquellos que, habiendo alcanzado una cima, han dejado entrever el camino de su ascensión. La grandeza conserva en sí las miserias de que triunfa, tan estrechamente asociadas a la condición humana que inútilmente se intentaría librarla de ellas por entero. No es, pues, de temer que se las deje en olvido al describir las cumbres hasta las cuales logra a veces alzarse La bajeza, en cambio, no se contiene más que a sí misma. Ésa es su tarea decisiva. El artista que, imprudentemente, hace de ella el objeto de su estudio, restringe su registro y se condena a una cierta indigencia. Por talento que ponga en ella, su obra no podrá aspirar a la amplitud de las grandes obras: en el mejor de los casos, su talento no será sino el de un virtuoso, admirado tan sólo por los entendidos.

ROGER CAILLOIS

(*Traducción de Ricardo Baeza*)

SUR, Nº 192/193/194 - octubre - noviembre - diciembre 1950.

"Sur"

Es un placer para mí tener la oportunidad de saludar a Sur en su trigésimo aniversario. Bajo distintos formatos, bajo tapas coloreadas o severas, ha pasado más allá del cuarto de siglo: ejemplo de un empecinamiento ya excepcional cuando se trata de empresas *no-rentables,* y que se acerca al milagro cuando se trata de empresas costosas. Durante treinta años Victoria Ocampo habrá tenido no sólo que luchar para no abandonar la partida, sino que prohibirse todo pacto que hubiera amenguado los sacrificios y acelerado el éxito. Una voluntad inquebrantable jamás consintió en que decreciera la calidad de los sumarios. Durante treinta años los aficionados a las letras han podido sorber en Sur lo mejor de lo que en el mundo aparecía. Durante treinta años, la Historia de las Letras Argentinas y, en sus cimas, la de las Letras Hispanoamericanas, se ha reflejado en la revista como en ninguna otra parte. La colección de Sur constituye ya un documento inestimable e irreemplazable para quienes deseen seguir el andar de esa historia. En verdad, Sur hace algo más importante que ilustrarla, forma parte de ella, y en gran parte con ella se identifica. Una revista literaria puede muy rara vez, me parece, merecer un elogio que implique tantos otros.

Roger Caillois

Sur, Nº 269. Trigésimo aniversario, Enero/Febrero 1961.

El Animal, el Hombre y la Máquina *

Esta conferencia gira en torno de tres temas: el animal, el hombre y la máquina. Conviene recordar al comienzo algunas verdades básicas. Primero, que si uno se niega a admitir la dimensión teológica en la discusión, el hombre es un animal como cualquier otro. Es sin duda un animal particular. Pero fundamentalmente es un animal, es decir, un ser que vive, respira, muere, mientras que la máquina es un objeto fabricado por el hombre. El asunto se torna entonces más delicado, pues no existe ningún otro animal que haya fabricado máquinas, que haya fabricado la menor herramienta.

Nos encontramos ante una primera dificultad: el hombre es decididamente animal, pero dentro del género "animal" se diferencia de los otros animales porque es el único que ha fabricado herramientas y máquinas, es decir aparatos exteriores capaces de reemplazar sus sentidos, o sus músculos.

En primer lugar enunciaré datos simples, fundamentales, que no se prestan, o se prestan lo menos posible, a la controversia. En la segunda parte, me arriesgaré a formular algunas hipótesis temerarias.

Empiezo por las evidencias. Comprobamos la oposición de dos órdenes: el orden orgánico o de la vida, de las plantas y de los seres que se crían, que crecen y que se pudren por su propia energía o por falta de ella; por otra parte, el de las cosas construidas, mecanismos, máquinas o relojes —que sólo existen por artificio— que han tenido que ser concebidas, imaginadas y

* Texto leído en las *Rencontres Internationales* de Ginebra de 1965, con el patrocinio de la UNESCO. Publicado con permiso de las Éditions de la Baconnière de Neuchâtel.

manufacturadas, y que funcionan gracias a una energía exterior: un resorte, calor, vapor, electricidad o deflagración.

El hombre no tiene herramientas ni vestimentas que formen parte de él. Puede despojarse a voluntad de las herramientas que utiliza, de la ropa que lleva. Esto ni siquiera se plantea para el animal. Una langosta no puede abandonar su caparazón, ni un carnero su vellón. Ni la lana del segundo, ni la coraza de la primera les son exteriores. Forman parte del animal. Por lo tanto, se excluyen mutuamente.

El cortón tiene excavadoras, patas poderosas que le permiten escarbar y cavar galerías en la tierra; otros insectos poseen sierras, perforadoras, pujavantes. Algunos tienen jeringas para inyectar su veneno, les basta un pinchazo certero para adormecer a la presa que servirá de alimento a su prole. La sepia dispone de un aparato para lanzar un líquido negro que le permite ocultar su huida al depredador. El pez torpedo posee acumuladores de electricidad para proyectar descargas paralizantes contra sus enemigos. El castor tiene paletas; el pulpo, ventosas. Todos los animales, vertebrados o no, tienen un verdadero arsenal de herramientas. Pero no se las piden prestadas a ningún astillero o a ninguna panoplia. Las llevan en sí mismos, esculpidas, inscriptas en su propio organismo. No pueden cambiarlas.

Existen igualmente adaptaciones generales: las aletas de los seres acuáticos, las alas de los pájaros, las cuatro patas de los animales terrestres, variantes de un único modelo: el esqueleto de los vertebrados. Todos los animales están igualmente diseñados, digamos aerodinámicamente. Todos. El hombre es el único que no lo está. Su forma es tan torpe e indecisa como sus instintos. Pues los diversos animales que hemos comprobado que están provistos de instrumentos con una finalidad definida como la jeringa, la ventosa, el arpón, etc., poseen también los instintos correspondientes que les enseñan la manera de usarlos cuando y donde es necesario. Entonces se produce en ellos una especie de desencadenamiento automático. El hombre apenas posee semejantes disparadores. Casi todo lo coarta. Titubea y se equivoca antes de encontrar la solución para muchos problemas, no para uno solo.

Lo que hace el hombre, lo hace con la ayuda de objetos exteriores. Por el contrario, el animal lo hace a partir de su solo

cuerpo. Por cierto, hay contados animales que se disfrazan. Uno podría pensar que se visten; así, el molusco llamado *xenophora* fija sobre su concha, conchas de moluscos más pequeños. Pero se trata de una actividad automática. Si se colocan al alcance de un cangrejo oxirrinco pedazos de diarios, los fija con su pinza sobre su caparazón. En los graneros, un pequeño escarabajo se cubre de polvo con sus patas, para que no lo vean. Pero si se coloca polvo verde o rojo a su alcance, se cubre inmediatamente con él y aunque su propósito era escapar a sus enemigos ahora su presencia es mucho más evidente.

Numerosos animales están extraordinariamente adaptados para acciones muy precisas. En comparación, el hombre parece un animal desadaptado, o mejor dicho, un animal que se ha desadaptado. Pero por el hecho de ya no estar adaptado a nada, ha conquistado la posibilidad de volverse apto para todo, o poco menos. Sin embargo, es apto para todo por intermedio de algo, por un objeto interpuesto, es decir, por una herramienta y más tarde por un aparato y por una máquina, es decir, por un aparato complejo que fabrica aparatos simples, y más tarde por máquinas que fabrican máquinas.

¿Cómo ha podido producirse esta desadaptación que es una conquista de aptitudes virtuales? En primer lugar, como todos sabemos, gracias a la posición vertical. El hombre es un cuadrúpedo que se yergue sobre sus patas traseras, que, por lo tanto, ha aceptado desde un principio a la vez una considerable pérdida de equilibrio y una pérdida de velocidad en la carrera, no menos peligrosa. En cambio, sus miembros anteriores quedaban libres para otros quehaceres y, en lo que se convertiría en mano, el pulgar podía servir de apoyo a los otros dedos. De esa forma, adquiriría la posibilidad de tomar un objeto, de mirarlo y de reflexionar sobre él. No digo que esto fuera suficiente, pero semejante conjunto —posición vertical, visión panorámica, como dominadora del paisaje, mano capaz de recoger, de juntar, de arrojar— demuestra las enormes posibilidades de enriquecimiento que el hombre pudo cosechar de una primera desadaptación.

Deseo insistir sobre esto. El animal, he dicho, tiene que elegir entre caparazón y plumaje. Los crustáceos tienen caparazón y los pájaros plumaje. De esto resulta que no podría haber cangrejos voladores. Como desquite, el hombre ha podido muy bien

construir aparatos voladores y acorazados a la vez, como se ha visto durante la última guerra. Pues no se trataba de resolver un problema de antagonismos orgánicos, sino de dificultades externas sobre las relaciones entre el carburante, la energía, la superficie sustentadora y el peso que era necesario levantar. Lo importante es que el problema haya podido ser desplazado hacia el mundo exterior. He citado el ejemplo del pez-torpedo. Ese pez sabe utilizar la electricidad, pero de una sola forma. Frente a la carga de electricidad que el pez-torpedo consigue juntar en su acumulador interno, el hombre dispone de todos los usos posibles de la electricidad.

Último ejemplo: la orientación. Los hombres se orientan muy mal, mucho peor que la mayoría de los animales que vuelven desde muy lejos a su morada con infalible seguridad. Pero el hombre descubre y construye la brújula. En seguida, con ese instrumento exterior, puede dirigirse sobre toda la extensión del planeta y hoy en día, con otros instrumentos, proyectarse fuera del planeta natal, en la vastedad del cosmos.

Si, como primera aproximación, intento distinguir al hombre de los animales, diré que se beneficia con una gama de elecciones notablemente más amplia que ellos. En primer lugar, con la reflexión. El hombre se imagina, se plantea problemas; no obedece a una conducta regida por un disparador. Después, para poner en práctica las soluciones que ha encontrado, dispone de herramientas cada vez más numerosas. Dispone de ellas en cualquier momento, y las utiliza cuando corresponde.

En relación con el hombre, las diversas especies de animales no están situadas de la misma manera. Hay algunas que lo anticipan. Me refiero a los vertebrados que marchan en el mismo sentido que él y que, por así decirlo, han tomado el mismo camino. A otros les ha cabido en suerte una evolución diferente, y se han alejado cada vez más del destino de los animales con esqueleto: los invertebrados, y en particular los insectos. Las partes duras: conchas, caparazón o quitina de los invertebrados (crustáceos, moluscos, o insectos) están en el exterior, mientras que las partes resistentes de los vertebrados —de los que el hombre forma parte— están en el interior del cuerpo.

A primera vista, los insectos son más lógicos. Pero pierden en soltura lo que ganan en protección. Sea como fuere, esta dife-

rencia fundamental —la armazón colocada en el interior o exterior del cuerpo— se ha traducido, al final de dos líneas de evolución, en comportamientos que en muchos aspectos se oponen punto por punto, y que *a priori* no parecen tener mucha relación con la elección original.

En primer lugar, los vertebrados tienen sentimientos. La madre alimenta a su cría y la cuida cuando está herida. Si un animal está en peligro, por ejemplo si está a punto de ahogarse, generalmente sus congéneres lo ayudan. Esta solidaridad de familia o de especie es propia de los vertebrados. En los insectos, reina una completa indiferencia por el individuo en peligro. Sólo se comprueba una solidaridad colectiva, anónima: la de la colmena o la del hormiguero. Se manifiesta en dos casos principales: para la defensa de la colonia y de su *habitat*, y para expediciones guerreras, como cuando las abejas procuran apoderarse de la miel de una colonia vecina, o cuando las hormigas llevan a sus laberintos, como esclavos nutricios, a los pulgones que les gusta chupar. En efecto, ciertas especies de pulgones segregan una especie de licor dulce que es una golosina para las hormigas.

Dejando de lado estas expediciones de rapiña de las abejas y de caza de esclavos de las hormigas, no se observa ninguna solidaridad. Si una hormiga o una abeja cae herida en una expedición, sencillamente la abandonan. Nadie se demora para socorrerla. La indiferencia es general y completa.

De modo que en este grado elemental, se comprueba el fuerte contraste entre el instinto de los vertebrados que los hace socorrer a aquel de los suyos que sufre, y la completa insensibilidad del insecto ante la desgracia o la necesidad de los demás.

Hay una segunda diferencia, que concierne a la infancia y a la educación. Los vertebrados jóvenes son educados por sus padres. Estos les dan lecciones no sólo para las actividades necesarias a la subsistencia sino para lo que podría llamarse actividades de lujo, por ejemplo el canto de los pájaros canoros. Un canario o un ruiseñor aislado no aprende a cantar: emite una especie de griterío inarmónico que parece la caricatura del canto de la especie. Otros individuos de la misma especie, o sus padres, enseñan al pájaro la melodía que cantará después del aprendizaje. La melodía pertenece a la especie, pero no es innata en el individuo, que tiene que aprenderla.

Por el contrario, entre los insectos no hay educación, sencillamente porque los insectos no tienen infancia. Comienzan por ser larvas: organismos totalmente diferentes del insecto adulto. No se trata de un desarrollo ininterrumpido, sino de una seudo necrosis, de una redistribución total de la materia biológica que, por ejemplo, en las tinieblas y la casi indistinción de un estado pasajero, transforma la oruga en mariposa, y el gusano en abejorro.

El adulto es adulto de golpe. Ninguna educación, ningún perfeccionamiento es posible. Si el insecto ha sido joven, lo ha sido bajo otra forma y en otro cuerpo.

Llego ahora a un tercer contraste, de orden social. En el curso de los diez últimos años, se han hecho muchos estudios sobre las majadas, los gallineros, las bandadas; los ciervos, los lobos, las chovas. Se ha comprobado entre estos diferentes animales una vida colectiva, elemental, pero ya estructurada. La sociedad está jerarquizada. En la cima, un jefe hace respetar su autoridad; después, cada individuo tiene su propio rango, donde se mantiene, y que sabe defender. Más aún: este orden puede ser discutido. Si un lobo estima que le corresponde el mando de la tropa, desafía en combate singular al lobo que hasta entonces la dirigía. Pelean. Si en un momento dado, uno de los dos se reconoce inferior, lo manifiesta presentando al otro su vena yugular, es decir la parte más vulnerable de su cuerpo. Una simple dentellada, y la herida es mortal. Pero el otro no lo muerde, reconoce que su adversario se somete. A partir de ese instante, si el ambicioso ha triunfado se convertirá en jefe de la banda. En el caso contrario, el antiguo líder ha confirmado su autoridad.

Lo importante es el mecanismo para cuestionar el poder político, según la edad, el crecimiento de algunos, la decrepitud de otros, tal o cual circunstancia adecuadas para modificar la jerarquía del momento.

En las sociedades de insectos, contrariamente a la leyenda, no existe ni jerarquía ni nada comparable a un poder político.

En las abejas o termitas, la que se llama reina no gobierna ni reina; es pura y simplemente una reproductora. Detenta el monopolio de la generación en medio de una multitud asexuada. De ahí su valor —yo diría su prestigio y la fascinación que ejerce—. Pero no dispone de ninguna autoridad. Sin duda, siempre que la reina se pasea por un panal de la colmena a otro, está rodeada

por las miradas de las obreras, que la siguen con los ojos y que, cuando ha pasado, vuelven a su tarea. Pero esta corte que le hacen depende exclusivamente de su especialización orgánica, inscrita en su cuerpo de un modo inmutable y que la vuelve fisiológicamente distinta de sus pretendidos súbditos.

Todo está aquí dominado por automatismos, como lo demuestra un experimento. Entre las abejas, las obreras pasan por dos fases. Primero son nodrizas, a partir del duodécimo día de su existencia; es decir que alimentan a las jóvenes larvas con una especie de papilla que segregan por glándulas especiales. Ocho días después, aproximadamente, se vuelven libadoras y van a buscar el polen que transformarán en miel. Naturalmente, en la colmena es necesario cierto equilibrio entre las libadoras y las nodrizas.

El experimento consistió en separar las libadoras de una colmena, de las nodrizas, que se relegaron a otra. Ocurrió entonces un verdadero fenómeno de automatización. En la colmena en que no había más que nodrizas, se aceleró la evolución de la mitad de las abejas, que al cabo de poco tiempo se transformaron en libadoras. A la inversa, en la colmena donde sólo había libadoras, el organismo de algunas de ellas sufrió un retroceso: volvieron a la etapa de nodrizas. Las glándulas atrofiadas se desarrollaron nuevamente, y pudieron nutrir a las larvas. Así, en forma del todo automática, se restableció el equilibrio perturbado artificialmente, y la suerte de las dos colmenas quedó asegurada.

Dos ramas principales se reparten así el conjunto de los seres vivos: una rama desemboca en el hombre: se socorre a los heridos o a los seres en peligro, se educa y enseña a los jóvenes, periódicamente se revisa el orden social; la otra rama comprende el mundo de los insectos: en ella todo parece anónimo, mecánico, inmutable, calculado de antemano.

Lo inesperado es que entre el hombre y el insecto hay a veces más analogías que las que existen entre los hombres y los demás vertebrados. Los hombres crían gallinas, vacas, caballos; las hormigas cultivan hongos. La producción de miel de las abejas puede equipararse a la producción de acero o a la fundición. Se presenta también como una industria, hecha por el organismo mismo; en el otro, es externa y hecha por intermedio de un instrumental apropiado.

Entre los vertebrados, los rebaños y las bandadas constituyen un embrión de sociedad. No creo que pueda derivarse de la familia este comienzo de existencia social. La familia existe en todos los vertebrados, mientras que no existe ningún vínculo ni conyugal ni maternal ni filial propiamente dicho en el interior de la colmena, del hormiguero, ni entre ningún insecto. ¿Pero la familia es, verdaderamente, como lo ha afirmado el siglo XIX, la célula constitutiva de la sociedad?

Por mi parte, no lo pienso, por lo menos en lo que concierne a los animales, que se apartan todos del rebaño y se aíslan en la época del celo. La familia es complementaria de la sociedad; es una unidad que se separa de las unidades vecinas y fraternas, ya sea como pareja, ya en el sentido vertical de ascendientes y descendientes. Una sociedad es más que una yuxtaposición de familias cenobitas. Hasta tal punto, que podríamos medir el carácter totalitario de una sociedad evaluando los derechos de familia. Cuanto más se extienden, más liberal es la sociedad. Cuanto más se restringen, más despótica es la sociedad. En el caso extremo, una sociedad completamente totalitaria anula la existencia de la familia. Es lo que pasa entre los insectos.

Los notables trabajos de von Fritsch demostraron que las abejas son capaces de enseñar a sus congéneres en qué dirección, a qué distancia y en qué cantidad se encuentra un botín apreciable. Lo indican mediante revoloteos en forma de ocho. Pero ese lenguaje, en el fondo, es lo contrario de un lenguaje humano y hasta de un lenguaje de vertebrado; es un señalamiento comparable a las luces verdes o rojas que se utilizan para la buena economía del tránsito, y cuyo ideal es evitar todo equívoco. Ahora bien, la ambigüedad en el idioma humano, el hecho de que el oyente pueda equivocarse sobre el sentido del mensaje, la apertura hacia la metáfora y la imagen, hacia el sentido figurado, en una palabra, hacia la retórica, son esenciales: condiciones del desarrollo del pensamiento, de extensión ilimitada en un principio. Aquí una vez más la falta de adaptación es factor de fecundidad. No puede haber lenguaje completo sino a partir del momento en que la palabra se separa del signo y se presta a una pluralidad de interpretaciones posibles. El equívoco, imperfección para un código de señales, por el contrario para la lengua propiamente dicha es síntoma de riqueza, fuente de una gran variedad de condiciones entre los signos.

Es la prueba de que es fluido y abierto, no mecánico (como el código que sirve para las máquinas).

Paso ahora a la segunda parte de la exposición, es decir, a las hipótesis temerarias. Hasta ahora no he hecho más que situar el problema y darle bases indispensables.

Me parece que el hombre y el animal están más próximos de lo que puede suponerse. Se afirma: el hombre es un animal porque respira, se nutre, se reproduce, duerme, se mueve, etcétera; es decir que el parecido entre el animal y el hombre no iría más allá del plano biológico donde, en efecto, es evidente.

Puede imaginarse una complicidad mucho más vasta y estimar que los hombres y los animales tienen más de un rasgo en común, particularmente la afición al juego, al arte, a las conductas aberrantes; la afición a disfrazarse, a usar máscaras, a producir y tener miedo.

Empezaré por el juego. Puede definirse el juego como una actividad libre, reglamentada, convencional, aleatoria, improductiva y limitada, es decir, netamente separada de la vida ordinaria, y experimentada como tal.

Ahora bien, si nos limitamos a los términos de esta definición debida en principio a Huizinga y que he tenido ocasión de discutir y completar [1], es innegable que los animales juegan. Para mí, los juegos se dividen en juegos de competición, cuando se lucha sin otro interés que el de demostrar una superioridad; en juegos de simulacro, cuando se juega a representar a otra persona; en juegos de vértigo, cuando se procura perder la conciencia y el equilibrio; por fin en juegos de azar.

No hay duda de que los animales entablan combates sabiendo que no pelean "en serio". Existen esas falsas luchas, por ejemplo entre los caballos, que tratan de derribarse con las patas delanteras. Algunos pájaros delimitan un área de combate y no persiguen a sus adversarios más allá del terreno balizado, como sucede con la pelota en el tenis y en el fútbol, o con las piezas del damero o del ajedrez. Las luchas reglamentadas son muy distintas de las que se producen en la época de celo. Entonces, el combate es sin cuartel ni convenciones tácitas; lo importante es que, en otros momentos los mismos animales tienen conciencia de que se enfrentan por

[1] *Les Jeux et les Hommes*, Gallimard, 1958.

placer, excluyendo de antemano y de común acuerdo todo riesgo grave o toda posibilidad de detener arbitrariamente un seudo combate. Esta triple exigencia de terreno limitado, golpes prohibidos, alegría y exuberancia que se dan libre curso sin la intención real de dañar, prueba que los animales conocen el espíritu de competición lúdica.

En cuanto a los juegos de representación, estimo que se puede admitir que los bailes nupciales de los pájaros, cuando se trata de conquistar a la hembra con movimientos de alas y con diversas demostraciones rítmicas, paradas y pavanas, están lejana pero indudablemente emparentados con el arte del simulacro y del espectáculo, que ya son teatro.

En lo que atañe a los juegos de vértigo, basta con observar a los vencejos que se precipitan en bandada, se juntan, se pasan unos a otros incesantemente, en una especie de ballet desordenado y pánico. El halcón nocturno de América, descrito por Audubon, se deja caer como una piedra casi al ras del suelo, complaciéndose en no abrir las alas hasta el último momento. Los juegos de vértigo no son exclusivos de los pájaros. Los gibones se balancean en una rama flexible. En el momento en que parece a punto de ceder, cesan de apoyarse, se dejan proyectar por ella y se agarran a otra rama, como a un trapecio. Del mismo modo, las ratas acuáticas se dejan arrollar por los torbellinos de agua hasta el momento en que están como ebrias. Gozan perdiendo el equilibrio voluntariamente y dentro de ciertos límites.

En cambio, los animales no conocen los juegos de azar. Es fácil comprenderlo, pues la entrega al azar implica una actitud de pasividad y de expectación, de cálculo de probabilidades que no puede alcanzar un animal, más impulsado por instintos que capaz de cálculos desinteresados. Por otro lado, el niño tiene la misma incapacidad que el animal. Juega muy poco a los juegos de azar. Ni siquiera percibe su interés. Para él, como para el animal, el juego es ante toda actividad y, en lo posible, actividad exuberante.

Paso al arte. Ciertos animales parecen entregarse a una actividad de naturaleza estética, como los pájaros jardineros de Australia. Se apoderan de flores o de tapitas de lata, de botellas, generalmente de todo lo que brilla, con tal de que sea de un mismo color. Tapizan con eso jardincitos monocromos, glorietas, cenadores, explanadas, donde pasean con orgullo su pareja. Por automática

que sea tal necesidad de juntar y ordenar objetos de un solo color, se relaciona sin embargo con una confusa idea de decoración.

En todo caso, esos "artistas" intentan gustar, seducir, mediante una disposición apropiada de elementos elegidos por su color. Puede sospecharse en esto un presentimiento de la pintura. Se verá luego que los insectos se aproximan a lo mismo por otro camino.

Las hormigas crían pulgones por el sabor dulce de las exudaciones que producen. Pero, a veces, los pulgones prisioneros devoran a las larvas y el hormiguero es destruido. Hay un coleóptero minúsculo que reacciona a la irritación producida por la hormiga secretando, en vez del licor dulce que las hormigas esperan, un líquido estupefaciente que las paraliza y las deja a su merced. Las embriaga positivamente.

Si se acepta el nombre de perversión para esas conductas perjudiciales para la supervivencia del individuo y hasta del grupo, hay que convenir que incluso en ese terreno de las embriagueces peligrosas, hay paralelismo entre el insecto y el hombre.

Ha llegado el momento de dar el paso decisivo y de aventurarse en el dominio de las conjeturas casi fabulosas. Hace veinticinco años escribí un estudio sobre la mantis religiosa. Todos saben que se trata de un ortóptero cuya hembra devora al macho en el momento de la cópula.

Me preguntaba por qué el insecto suscitaba un interés tan vivo y tan compartido. En los lugares donde abunda la mantis religiosa, es objeto de superstición, si no de culto. Adquiere una dimensión mítica y se da el caso, como en Africa del Sur, de que se la convierte en el Dios supremo. Estudié, sistemáticamente, los mitos vinculados con ella y también ciertos relatos o delirios en que no se trataba de la mantis religiosa, pero en los que el héroe o el paciente acababan devorados por una hembra demoníaca con la vagina dentada. Por un lado, se comprueba el comportamiento real de un insecto corriente, comportamiento automático que se puede estimular o frenar mediante inyecciones químicas u hormonales adecuadas; por el otro, fábulas significativas y representaciones obsesivas de origen y naturaleza puramente psíquicos.

El reflejo mecánico es característico del insecto, la representación es el atributo del hombre. Pero ambos se corresponden: uno

parece como la imagen del otro en una conciencia que habría conseguido hacer una imagen de una casi fatalidad biológica. Ahora bien, se puede modificar, discutir, suspender, descartar una imagen. Aun cuando parece obsesiva, deja lugar al titubeo y también al rechazo. El insecto no tiene ese recurso. Debe acceder y ni siquiera es consciente de que accede.

Sin embargo, debido a las costumbres de la mantis religiosa y de la araña, el hombre ha creado tales fábulas y alimenta tales pesadillas. Las alas de las mariposas ofrecen otro ejèmplo de una connivencia análoga. Deliberadamente dejo de lado a los pájaros jardineros, cuya actividad estética es exterior a ellos, como la del hombre, y se me ocurre la idea, aberrante a primera vista, de que las alas de las mariposas podrían considerarse como cuadros interiores. Por cierto, bajo esta forma la idea sólo puede desconcertar; pero si privamos a la palabra "cuadro" de toda acepción humana para designar con ella una superficie cubierta de manchas de colores, dispuestas sin un fin útil, entonces los cuadros y las alas de mariposas presentan un rasgo común: la inutilidad irisada. Inutilidad, pues las mariposas también pueden volar con alas blancas o transparentes como las de las cigarras o las libélulas. Sin embargo, por un lado las alas de las mariposas forman parte del organismo del insecto; sus dibujos son un blasón fijo e inmutable de la especie. El individuo no es responsable de ellos ni los ha creado. Se perpetúan, idénticos o sí mismos, de generación en generación. Por el contrario, el pintor inventa y colorea una tela exterior con conocimiento de causa y de una manera nueva cada vez. Así, crea y manifiesta un talento, un genio, por lo menos una intención personal. Por consiguiente, si de manera inverosímil alguien se preguntara *a priori* qué ocurriría si un demiurgo (refiriéndose a dos extremos de líneas de evolución que se oponen) mandara al insecto y al hombre que llenaran una superficie con manchas de colores, la especie esclava e instintiva llegaría a algo semejante al ala de la mariposa: interna, orgánica y tribal. En cambio la criatura capaz de libertad e invención obtendría algo semejante a los cuadros, externos e infinitamente variables. Bajo otra forma, reaparece el mismo contraste. En la mariposa no hay error posible, y la perfección es inmediata e inevitable; pero no depende de ella. En el pintor hay posibilidad de error a cada instante, tanto en la concepción como en la ejecución. El pintor se equivoca sin cesar, pero rectifica; fracasa y después acierta. ¿Puede haber algo menos comparable a la seudo necrosis que reparte las escamas microscópicas

en la superficie de las alas de los lepidópteros y determina así el dibujo inmutable de sus alas? Sin embargo, en los dos casos, hay una organización de los colores reunidos a pura pérdida, como si la naturaleza rebalsara los dos reinos y empleara los procedimientos opuestos de los insectos y del hombre para un mismo juego, un mismo placer.

Quizá no haya otra explicación para el hecho de que la belleza de las alas de mariposas no sea insensible a los hombres. Son cómplices en el seno de la misma naturaleza, están tejidos en la misma trama y proceden de un denominador común. La impresión de belleza nace así de la geometría primera y general que hace que las flores, las conchas, las alas de las mariposas no sólo parezcan bellas, sino que sean la fuente de la idea misma de la belleza [1]. La naturaleza entera es geométrica, pero con una geometría esclava y especializada, como las herramientas internas de los insectos de que hablé al principio. Las radiolarias anticipan en el fondo de los océanos los perfectos poliedros de Platón. Ahora bien, no hay muchos poliedros perfectos. Hay cinco, y nunca habrá más. La demostración es irrefutable, y está al alcance de un alumno de escuela secundaria. Los erizos de mar, las conchas, las corolas, las telarañas derivan igualmente de una economía elemental y universal, origen de la noción humana de belleza. Después se desarrolla la geometría inventiva del hombre con sus hiperespacios y sus dimensiones imaginarias, que sólo son accesibles a través de esas herramientas y ese lenguaje inédito que constituyen los símbolos matemáticos.

Recapitulo ahora los ejemplos precedentes: costumbres de la mantis religiosa y mitología correspondiente, perversiones de las hormigas, alas de la mariposa y pinturas humanas, geometría general del universo, unidad profunda de los resortes del instinto de juego (competición, simulacro y vértigo). Me convenzo entonces de que la fraternidad del universo humano y del universo animal se extiende mucho más allá de la simple biología.

Un último argumento será el de la máscara [2]. Con la máscara, como con la dimensión estética, estamos en presencia de un fenómeno que abarca la humanidad entera y la desborda. La máscara es un

[1] *Esthétique généralisée*, Gallimard, 1962.

[2] *Méduse et Cie*, Gallimard, 1960. (Hay traducción española.)

utensilio universal e inexplicable por la mera biología. Se han estudiado las diversas tribus primitivas del planeta. No todas conocen el arado, el arpón, la rueda, el arco o el torno del alfarero, la palanca o la carretilla. Pero no se conoce ninguna tribu que ignore la máscara. Es como si el hombre hubiera nacido enmascarado, como si una de las primeras tareas del hombre primitivo hubiera sido, no fabricar la máscara, sino aprender a quitársela, como aprendió a liberarse de su destino de cuadrúpedo mediante la posición vertical.

La máscara tiene tres funciones principales: *disimulación,* la máscara ayuda a volverse invisible; *disfraz,* ayuda a pasar por otra persona; *intimidación,* se emplea para suscitar un miedo irracional y, por lo tanto, más eficaz. Más arriba me aventuré a explicar, a través de las costumbres de la mantis religiosa, ciertos mitos, delirios y obsesiones de la especie humana. De la misma manera, a esas tres funciones de la máscara (disimulación, disfraz o intimidación) corresponden en los insectos comportamientos bien comprobados y en los hombres, mitos y preocupaciones permanentes. En lo que respecta a la disimulación, conviene evocar las fábulas de los hombres invisibles, desde Gyges, que haciendo girar su anillo huye de las miradas, hasta el *Hombre invisible* de Wells y los relatos similares, en los que el héroe se esfuerza por apropiarse de un manto, un sombrero o algún accesorio mágico que hace que no lo vean mientras él continúa viendo a los demás. En segundo lugar, interviene la afición al disfraz, es decir, la necesidad de creerse otra persona o de hacer creer momentáneamente al prójimo que uno es otra persona. Esa necesidad está seguramente en el origen del carnaval, del teatro y en general de todo entretenimiento o ceremonia en que interviene el traje de fantasía, empezando por el placer que todo niño siente al creerce conquistador, explorador o cosmonauta, un indio o *sheriff,* locomotora, submarino o cohete espacial, gracias a la virtud del primer accesorio que encuentra. En cuanto a la intimidación, estoy persuadido de que tener miedo y dar miedo, es un resorte esencial no sólo del comportamiento humano, sino también del universo animal entero. Se trata aquí de un miedo hiperbólico, que no corresponde a ningún peligro real, pero que, de todos modos, provoca un estremecimiento decisivo. El pavor que produce la máscara —vano simulacro, sin embargo— sigue siendo el ejemplo más notable.

Los insectos miméticos se confunden con el gris de la corteza, con el verde de la hierba, con el amarillo de la arena o el blanco de la nieve. Con frecuencia renuncian súbitamente a disimularse y, de pronto, exhiben ocelos, es decir falsos ojos enormes, amarillos, negros o rojos. Al mismo tiempo, son sacudidos por espasmos, emiten ruidos estridentes, adoptan una actitud que los magnifica, segregan un líquido urticante. Es tentador relacionar esas manifestaciones con la conducta del brujo que surge de la espesura y que también ostenta una máscara provista de enormes ojos, comparables a los ocelos de los insectos, rodeados como ellos de colores rutilantes y con el mismo pozo oscuro en medio: el agujero negro que hace que no se vea el ojo pero que de todos modos se sienta la mirada, es decir que se experimente fascinación y terror por una pupila que ve sin ser vista. ¿Cómo no sentirse, entonces, a merced de una potencia tan mágica? No advierto diferencias esenciales entre los ocelos hipnóticos y los estremecimientos del insecto, por una parte y la máscara, los bailes, el tamtam, las matracas, los rombos del brujo. Los mismos recursos se ponen en juego para los mismos fines.

De modo que es muy general en las sociedades primitivas una especie de complejo de la máscara; su importancia es tal que a menudo puede considerarse el resorte esencial de su funcionamiento.

Se trata de una combinación de simulacro y de éxtasis, de mímica y de posesión en que el actor no se engaña y, simultáneamente en el momento del acceso, se encuentra, por así decirlo, atrapado en su juego. Encarna entonces sinceramente a los antepasados y a los dioses. Las sociedades secretas de iniciación imponen su dominio por medio de este empleo simultáneo del misterio y del trance, del cual la máscara es a la vez apoyo y vehículo. Los enmascarados reúnen todos los poderes, el poder religioso, puesto que los seres enmascarados representan la encarnación momentánea del más allá y de las almas de los antepasados; el poder político, puesto que ocultos tras los disfraces rituales, aterrorizan al resto de la población, tanto femenina como adolescente. El poder económico, en fin, puesto que exigen ofrendas y se hacen pagar caros los grados sucesivos de la iniciación que confieren el derecho de llevar máscaras cada vez más temibles.

Yo no me opondría a una vasta teoría que señalara como comienzo de la civilización el momento en que el hombre abandona el

complejo de simulacro y de posesión que caracteriza el empleo institucional de la máscara y por consiguiente el hábito del trance, del vértigo y del pánico, para adoptar otro sistema de coexistencia, cuyos principios de gobierno estuvieran ahora fundados en la razón y en la justicia y no en los simulacros y en la hipnosis. La historia demuestra a las claras que éste es el comienzo de otro orden político mejorable o método de administración perfectible [1].

Daré un último ejemplo de la emergencia del hombre fuera del universo puramente animal. Los animales, insectos o vertebrados, están enteramente aprisionados en el ciclo de las estaciones, es decir que la historia es para ellos, en el mejor de los casos, un gigantesco calendario. Se repite indefinidamente, pasando por fases idénticas. Ahora bien, hasta la era cristiana, o poco antes, los hombres concibieron la historia como un eterno retorno. Imaginaban un tiempo anular, no irreversible, en que cada instante repite otro instante que ya había tenido lugar exactamente igual y que otros repetirán idénticamente en la infinidad del futuro. Ese tiempo cíclico es sobre todo el de Oriente, India o China. Es también el de la filosofía griega. Aristotélicos, platónicos, estoicos, defendieron en forma unánime la concepción de un tiempo circular en que cada nuevo ciclo vería un nuevo Sócrates, que se casaría con una nueva Xantipa y sería condenado a muerte bajo las mismas acusaciones de nuevos Anytos y Meletos. Los cristianos, para quienes era inconcebible que Cristo fuera crucificado una infinidad de veces en circunstancias idénticas en cada nueva gran revolución de los astros, rechazaron la concepción del tiempo cíclico e impusieron la del tiempo lineal, ya adoptada por los historiadores y legisladores. Así, en teoría como en práctica, a la repetición de las estaciones sucedía una cronología rectilínea, es decir, un cuadro en que los acontecimientos no se repiten, en que la historia y, por consiguiente, el progreso, se hacen posibles, en que los conocimientos se acumulan y en que el esfuerzo del hombre no es vano, sino que trae frutos [2].

Era necesario, para que el hombre se convirtiera en hombre, que aprendiera a conservar, a transmitir y a acumular su saber. Ya antes de la invención de la escritura, hubo un momento en que trató de separar del flujo volante de las palabras comunes que se

[1] Les Yeux et les Hommes.

[2] *Diógenes*, Nº 32, abril-junio de 1963, "Tiempo circular, tiempo rectilíneo".

desvanecen en cuanto se pronuncian, ciertas fórmulas que le parecían dignas de ser conservadas por la memoria, de tal modo que pudiera encontrarlas, tenerlas en reserva y usarlas de nuevo.

Con ese fin, el hombre parece haber empleado dos medios principales: el proverbio y la prosodia, es decir, el verso. Para hacer de las frases fórmulas memorables se introducían en el interior de la frase simetrías, aliteraciones, balanceos equilibrados, juegos de sonoridades o de sílabas. Después, en el momento en que el hombre advirtió que a cada sonido, concepto o dato de los sentidos era posible hacer que correspondiera un símbolo dibujado, el principio de la escritura se había descubierto y el problema estaba resuelto. En adelante, cualquier conocimiento estaba consignado, estabilizado, podía ser el punto de partida de una nueva búsqueda. El animal ingenioso había encontrado el modo de capitalizar su saber.

Entonces, después de quién sabe cuántas vicisitudes y tartamudeos, siguen las invenciones de diferentes herramientas, de las máquinas para fabricar herramientas, después, de las máquinas para fabricar máquinas. Así llegamos a nuestros días. Desde el comienzo, el hombre se negó a ser un ente adaptado en y por su organismo. Se esforzó por forjarse utensilios exteriores que le permitan adaptarse a cualquier condición. Se trataba de multiplicar la fuerza de sus músculos y la agudeza de sus sentidos. Por una parte, lo logró gracias a la palanca, el vapor, la electricidad, la ruptura del átomo. Por otra parte, gracias a la lupa, las diferentes especies de microscopios y telescopios, de radióscopos, los espectroscopios y el aparejo entero de la óptica y la acústica moderna. Además, el hombre aprendió a vencer la distancia gracias a vehículos cada vez más rápidos. Mediante la escafandra, el submarino, el batiscafo, el globo y el avión, se abrió camino a través de diversos elementos y recientemente sin ellos: en el vacío.

Por fin el hombre concibió máquinas adecuadas para reproducir las operaciones mecánicas del espíritu, más rápido y mejor de lo que el espíritu puede hacer. Esas máquinas efectúan infaliblemente los cálculos más complicados con una rapidez prodigiosa. Hay que tener bien en cuenta que todas esas operaciones, que son operaciones mecánicas del espíritu, aquellas cuyos resultados existen virtualmente, no son pensamiento. En ciertos aspectos, son inclusive lo contrario. Una anécdota aclarará esto. Es de la época

en que todavía no existían las computadoras. Un día le preguntaron a Paul Painlevé cómo había inventado una de las máquinas de calcular ya complejas que existían entonces. "Es muy simple", contestó, y comenzó un modesto cálculo demostrativo, pero se equivocó en la operación. Se lo hicieron notar. "Ven ustedes", concluyó diciendo, "he inventado la máquina de calcular porque no sabía calcular". En efecto, nada más diferente que calcular e inventar la máquina de calcular. Por esto, la anécdota es significativa. Nada hay de común entre concebir, fabricar una máquina, programarla —es decir darle los elementos adecuados para responder a los problemas que se le plantearán— y las operaciones puramente automáticas con que se la ha dotado al hacerla. Todo está en el hombre. La máquina no es ni será nunca otra cosa que chatarra, una materia manufacturada por donde pasa una corriente con un miserable chirrido. El milagro es que el hombre haya podido imaginar y ejecutar un aparato que le mastique las tareas y lo libre de un trabajo mental penoso, lento y aburrido.

No comprendo esa especie de terror de naturaleza seguramente mitológica que nuestro tiempo parece sentir frente a las máquinas y a su perfeccionamiento. Nada son, sino vidrio y metal, que estremece una energía domesticada. No pueden prestar más que servicios muy precisos, que el hombre les pide cada vez en un lenguaje que debe ser extremadamente adecuado, exactamente traducido en términos de encrucijadas, donde pasa o no la corriente, y que es lo que ha costado más esfuerzo y más genio. El resto, la parte de la máquina... es maquinal, justamente. El verdadero problema es preguntarse ¿de dónde le viene al hombre su temor de las máquinas, esclavas construidas por él según sus cálculos y destinadas a su servicio?

ROGER CAILLOIS

(Traducido por V. O. y E. P.)

SUR, Nº 306 - mayo/junio 1967.

El Río Alfeo

Preludio

En este libro designo, paradójicamente, con la palabra *paréntesis* la casi totalidad de mi vida, que comenzó a partir del momento en que supe leer y que abarca mis estudios, mis lecturas, mis investigaciones, mis preocupaciones y la mayor parte de los libros que he escrito. Un buen día me di cuenta que me había desligado casi totalmente de todo eso. Y recordé el río Alfeo, que sale del mar para volver a ser río. Un viejo mito griego lo narra en pocas líneas. Se me ocurrió preguntarme si el río redimido no habrá sentido las mismas impresiones que yo estaba experimentando, cuando llegó al islote de Ortigia, frente a Siracusa, después de haber atravesado el Mediterráneo.

Hace poco recurrí a la imagen del curso del agua resurgente para ilustrar las duplicaciones y los ecos que creía percibir en las formas y procesos de la naturaleza a través de sus diferentes reinos. Hoy, consciente de que formo parte del mismo universo, no tengo escrúpulos en descubrir que estoy sometido a un destino idéntico y que soy, yo mismo, un poco el río Alfeo. También yo siento que vuelvo a ser río, con las orillas que se aproximan. Estoy abordando una nueva ribera. Vuelvo a encontrar la existencia exigua y personal, de la que había conservado, contra viento y marea, un recuerdo lacinante. Seguramente sigo impregnado de sal, de yodo, de algas y de la inmensidad indistinta de las aguas marinas, en la circunstancia de la ebriedad de las palabras, de las controversias, de las especulaciones laberínticas, de los vanos edificios del pensamiento.

Con todo, el filtro ya ha perdido su potencia.

Río sobreviviente del naufragio, me separé de las aguas, volví a reunirlas, les preparé un estuario, que era un nuevo comienzo. En

este punto tuve que modificar la leyenda. Río salido del mar, el río Alfeo no podía ser un río como los demás, sino un río inverso y, por así decirlo, simétrico. Me lo imagino agotado en su ímpetu y sus fuerzas, remontando pendientes, corriendo en sentido contrario, como una película que se pasa al revés. Su cauce disminuye paulatinamente. En cambio gana en limpidez. Se siente feliz de aproximarse a la grieta en que desaparecerá y que ya adivina semejante a la que dio origen antes de su aventura marítima, modesta, insignificante como son las verdaderas fuentes que dejan fluir los ríos hacia su desembocadura, su delta o, como también ocurre, que los abandonan y los olvidan. En esos casos ni siquiera son la presa de la vasta tierra infértil. Son bebidos por las arenas de los desiertos o desvanecidos en una pérdida misteriosa, imprevisible.

El río Alfeo conoció, sin duda, un destino excepcional. La fábula alusiva que lo menciona, sólo me proporcionó el modelo que me faltaba para describir por qué circunstancia, por qué razones y de qué manera me parecía que existía una analogía entre su suerte y la mía. No se trata, obviamente, más que de una metáfora muy lejana, una de esas aproximaciones que surgen en la duermevela y que parecen arrojar un brusco resplandor sobre lo que uno no lograba explicarse bien acerca de sí mismo.

ROGER CAILLOIS

(Traducción: *Elsa T. de Pucciarelli*).
De: LE FLEUVE ALPHÉE.
Ed. *Gallimard* - París:.
En prensa: Edic. Revista SUR, Buenos Aires.

Post - Scriptum para "Poncio Pilatos"

Mi relato "Poncio Pilatos", en el que imagino que el Procurador de Judea libera a Cristo, de suerte que el advenimiento del cristianismo no tiene lugar, no es de ninguna manera, como se ha dicho, una obra de ciencia ficción y menos aún una filosofía de la historia.

Aparece como lo inverso de un relato de ciencia ficción en la medida de la visión que el Asirio presenta allí como relato imaginario que ha ocurrido realmente, es decir, la historia del mundo tal como se ha desarrollado efectivamente después de la crucifixión del Mesías y el triunfo de la nueva religión. Por el contrario, la ciencia ficción hubiera consistido en considerar real lo que hubiera podido pasar según la hipótesis de Cristo muriendo su bella muerte. Yo he invertido la marcha.

En segundo lugar, no he deseado demostrar en absoluto que el curso de la historia dependía de la decisión de un individuo, aún cuando éste pudiese provocar orientaciones o realizar maniobras de gran trascendencia. Pascal no me convence cuando torna decisiva la nariz de Cleopatra o el cálculo alojado en la uretra de Cromwell. En cambio Montesquieu explica brillantemente que no es el desastre de Poldava lo que perdió a Carlos XII: *"si no hubiese sido destruido en ese lugar, lo hubiera sido en otro. Los accidentes de la suerte se reparan fácilmente; lo que no se puede prever son los acontecimientos que nacen continuamente de la naturaleza de las cosas"*.

De la misma manera estimo que si el cristianismo no hubiera podido producirse, habría nacido y triunfado una religión emparentada: mesiánica, igualitaria, universalista. Difiriendo sin duda en la anécdota, pero respondiendo a las mismas necesidades, su evangelio hubiera difundido un mensaje análogo.

Dicho esto, mi propósito concernía por una parte a la teología, por otra a la ética. En particular, se trataba para mí, de reflexionar sobre la naturaleza de la religión, de *toda* religión, y de examinar si es concebible que la humanidad pueda vivir sin ella. Pilatos, estoico, libera a Jesús habiendo pesado el pro y el contra, es decir, sabiendo gracias a conjeturas inspiradas de Mardouk, que por su culpa no habría cristianismo y considerando todo lo que el hombre perdería con ello. Hace la apuesta de que se puede pedir a los hombres, en nombre del hombre, lo que las religiones exigen de ellos en nombre de los dioses.

En mi relato he querido presentar diferentes aspectos de este problema, pero no pretendo, va de suyo, haberlo resuelto y tampoco he tomado partido, aunque el lector atento pueda advertir fácilmente hacia qué lado me inclino finalmente. Al mismo tiempo, he intentado analizar el mecanismo de una decisión humana. Es sobre este aspecto puramente psicológico de la empresa que deseo insistir.

Reuniré primero los datos que existen sobre el personaje y que son poco numerosos, como es natural, tratándose de un funcionario subalterno. También son discutibles, cuando no parciales. La familia de Pilatos parece originaria de Samnium. Quizás descienda de Pontius Cominius, quien en el año 387 de la fundación de Roma, cuando la ciudad fue sitiada por los galos, descendió el Tíber sobre una balsa y despertó el valor de sus habitantes, llevándolos a lograr la victoria de Camille. Es razonable presumirlo pariente de Pontius Telesinus, del cual Sylla hizo pasear la cabeza en la punta de una pica alrededor de las murallas de Préneste para atemorizar a los soldados de Marius y pariente también de Lucius Pontius Aquila, uno de los conjurados que apuñalearon a César en los Idus de Marzo. La historia conoce, por cierto, muchos otros Pontii.

En el décimo segundo año de su reinado, Tiberio confía a Poncio Pilatos, según la recomendación de Séjan, la delicada tarea de administrar Judea. Pilatos lleva con él a su mujer Claudia Procula, aunque esto no era costumbre. Establece su residencia en Cesarea, a dos días de la capital religiosa de la provincia, Jerusalén.

Poco tiempo después de su llegada, entraron legionarios en la ciudad santa con sus estandartes desplegados. Por encima de las águilas, éstos mostraban la efigie del Emperador. Esta represen-

tación de la figura humana era sacrílega a los ojos de los judíos y por ello los romanos, respetuosos de las creencias de aquéllos, siempre habían dejado los estandartes en las puertas de la ciudad. Al día siguiente, una delegación de los habitantes se acercó a Cesarea para pedir el retiro de las efigies. Los delegados suplicaron durante siete días. Por último, el procurador les ordenó regresaran a sus casas. Al rehusarse, amenazó matarlos y los legionarios llevaron la mano a la espada. Los judíos gritaron que estaban dispuestos a morir por su fe. Pilatos desistió y consintió en el retiro de los estandartes.

En otra circunstancia, Pilatos empleó el dinero del Templo en la construcción de un acueducto. Cuando fue a Jerusalén, los judíos atacaron su residencia. El procurador hizo intervenir a los legionarios. Hubo muchos muertos y numerosos heridos. Pilatos, pese a todo, terminó la construcción del acueducto.

En Jerusalén habitaba el antiguo palacio de Herodea, que quiso adornar con escudos. Por precaución, en ellos no se veía la efigie sino solamente el nombre de César. Se le pidió que los retirara. Rehusó. Los judíos dirigieron una súplica a Tiberio quien desaprobó lo hecho por Pilatos y le ordenó retirar los escudos.

Del mismo modo parece que a raíz de otro incidente, al procurador se lo encontró responsable de la masacre de muchos galileos. Nada indica, sin embargo, que las buenas relaciones que mantenía con Antipas, el tetrarca de Galilea, hubieren sido afectadas por ello.

Aquí se ubica el episodio que he querido evocar, el arresto y proceso de un profeta galileo que según el Sanhedrin debía ser condenado a muerte. El hecho tuvo lugar en el año 782 de la fundación de Roma. Fue datado en el año 29 de la era cristiana. Mi relato insinúa que esa nueva fecha no era inevitable.

Más tarde, corrió la versión de que los objetos preciosos del Tabernáculo habían sido enterrados por Moisés en la cima del monte Garizim. Un grupo de aventureros salió en busca del tesoro. Pilatos interpretó que se trataba de rebeldes. Los hizo interceptar por sus legionarios, que mataron buen número de ellos. Los otros fueron hechos prisioneros y ejecutados.

Fue presentada una queja ante Vitellius, delegado de Siria. Pilatos fue destituido y enviado a Roma para justificar allí su ad-

ministración. Durante su viaje, en el año 790 de la fundación de Roma, murió Tiberio.

Bajo Calígula, Pilatos fue exiliado a Viena de las Galias. Según unos, se suicidó; según otros, fue decapitado bajo el gobierno de Nerón. En todo caso, al borde del Ródano puede verse un monumento en ruinas que la tradición designa como la tumba de Pilatos. Más tarde, la iglesia de Etiopía hizo de él un santo y un confesor de la fe; y de la misma manera, una santa de su mujer, Procula. Su fiesta se celebra el 25 del mes de Sané, es decir, el 19 de junio.

De estos diversos datos surge que los conflictos que opusieron al procurador a la población local tienen por causa los sentimientos religiosos de ésta —fe, fanatismo o superstición— y que la obstinación de Pilatos no los tiene en cuenta. El juzga que el mejor empleo de un tesoro sagrado es una construcción profana de utilidad pública; trata de poner los emblemas del poder sobre los muros de su residencia y de hacer desfilar los legionarios con la efigie de César; defiende contra los sacerdotes y la multitud a un iluminado que él cree inocente: todas medidas explicables, defendibles sino estimables, pero poco políticas, teniendo en cuenta las circunstancias y la susceptibilidad de la población sometida.

Por otra parte, todo lleva a pensar que no tenía suficiente carácter: amenaza, después cede; se compromete temerariamente y se encuentra desautorizado por sus superiores. En ocasiones actúa con violencia inútil, casi con crueldad. Puede reconocerse un signo de debilidad en esta brutalidad intermitente, torpe, casi siempre inoportuna. Es la que, entre los débiles, toma el lugar de la firmeza.

Quizás experimentaba enseguida el remordimiento y el desprecio por sí mismo, al verse tan poco dotado para el ejercicio del poder. Pienso que deseaba hacer lo mejor y que sus dudas lo colocaban en situaciones difíciles, de las que no podía salir sino mediante un recurso desesperado. Por todo ello su carrera resultó prematuramente interrumpida.

No estaba hecho para una tarea que demanda menos escrúpulos, más perseverancia y resolución. Es necesario decir que sus errores no tuvieron demasiadas consecuencias, salvo para él mismo. Solamente el incidente en el que me he detenido, si el romano hubiese liberado al Mesías como yo he falseado que lo había hecho, hubiera podido tenerlas en medida considerable. He ensayado

—¡ay! por conjetura, no por saber controlado— explicar cómo el procurador toma, una vez en su vida, en un arranque de honestidad y equidad, una decisión contraria a su carácter aparente. Quizás ello era conforme a su naturaleza profunda. Quizás estaba simplemente cansado de ser tenido por aquel que se lava las manos. Lo ignoro. Me confieso incapaz de elegir entre estas soluciones antagónicas. Me he esforzado por reconstruir, no los hechos —que por otra parte son conocidos—, sino los motivos, las intrigas, el juego político, los resortes más misteriosos de una psicología discutida, donde lo que al fin logra, debe quizás su victoria a la fatiga o al azar; quizás también a la total ignorancia que tenemos de las acciones, negligencias y abdicaciones de un ser en la suma de sus retrocesos, de sus audacias abortadas. Al mismo tiempo que los abandonos se suman, los remordimientos se capitalizan. Los esfuerzos sin porvenir y hasta las fugitivas veleidades no están del todo perdidas. Se conjugan y acumulan un secreto vigor.

En esta contabilidad constantemente al día, nada hay que no se inscriba y que no pese. Lentamente, desvía o mitiga el efecto de flaquezas anteriores. Toda decisión tomada influye sobre las decisiones a tomar: en un sentido o en otro. Según produzca placer o disgusto, contribuye a profundizar o a colmar una huella.

En el caso de Pilatos, la huella parece haber sido profunda, y tanto que casi no podía privarlo de libertad. Además, he multiplicado a mi gusto las presiones que pudieron haberse ejercido sobre él para convencerlo de dejar ejecutar al Salvador. He descripto cada una de esas presiones, desde las más sórdidas a las más nobles y su terrible convergencia. También he imaginado a un discípulo fanático de Cristo llegando a suplicar al procurador permitiera el cumplimiento de las Escrituras, porque sólo al precio de su muerte ignominiosa el Profeta podía devenir en el Redentor del Hombre.

Tan cobarde es Pilatos, que no obstante ello, rehusa, demuestra su debilidad. Yo he creído poder justificar su coraje —tan difícil de creer—, no sólo por la suerte de debilidad íntima a que ya he hecho alusión, sino también por un apoyo subterráneo, que habría recibido del mejor y de los mejores de la antigüedad pagana, de la Academia y del Pórtico, de Sócrates y de Epicteto, de mil ejemplos de un heroísmo del que sin duda se presumía incapaz, pero del cual sabía que otros habían dado prueba y a

los cuales se sentía constreñido a admirar. He conjeturado que este rumor innumerable y difuso le había ayudado en su difícil disyuntiva, como cada hombre puede encontrarse afirmado o contaminado por lo que sabe o supone de la conducta de los demás.

No he descripto la conciencia individual librada solamente a la posteridad de cada una de sus elecciones; me ha parecido justo mostrarla al mismo tiempo soportando en secreto e incesante y abiertamente, como agua que fluye, la imperceptible, exterior e inextricable influencia de la suma algebraica de la totalidad de las elecciones humanas. La he visto como un sustituto modesto y laico de la Comunión de los Santos y de la idea de reversibilidad de méritos. Al reflexionar, esta hipótesis no es tan aventurada como parecería en principio. No hace sino insinuar que, tanto en el mundo moral como en el físico, nada se pierde ni nada se crea. Todo se agrega perpetuamente y todo se sustrae. De la existencia de esas adiciones y sustracciones constantes, infinitas, infinitesimales, me parece que puede extraerse, sino la convicción al menos la esperanza de una efectiva solidaridad universal. Esta, seguramente, permanece diluida, incierta. En el mejor de los casos, resulta tan compleja que es vano presumir que jamás puedan esperarse sus efectos, menos aún preverlos y hasta identificarlos.

Hasta se puede suponer que una solidaridad tal existe y da forma a una regla de conducta. Esta conjetura es bastante similar a la que Platón denominó un bello riesgo. Contrariamente a la de la historia, el Pilatos que yo imaginé la aceptó.

ROGER CAILLOIS

De: CASSES D'UN ÉCHIQUIER.
Ed. Gallimard - París.
En prensa Ed. Sur. Bs. Aires.

Palabras a Roger Caillois

Hablo aquí en nombre del Fondo Nacional de las Artes, cuyo presidente, el doctor Juan Carlos Pinasco, ha venido a entregarle a nuestro amigo francés un recuerdo o un testimonio de agradecimiento de sus amigos argentinos.

Para que recaiga sobre mí este hablar, en ocasión de la comida ofrecida por el Pen Club, tengo un solo título valedero: invité a Roger Caillois a dar conferencias en Buenos Aires cuando era un muchacho de 25 años. Su inteligencia me deslumbró en el París de vísperas de la guerra: 1939. Nuestro huésped actual era entonces un cachorro de escritor. Mi elección les pareció atrevida y riesgosa a las autoridades francesas. Tuve que entrevistarme con ellas para pedir que le dieran licencia a Caillois. Otros hombres de fama eran un *placement* con mayor posibilidad de éxito —me argumentaron—. Este muchacho no estaba aún maduro. Yo persistí en mi propósito de invitarlo. Los cachorros —pensaba yo— se aquerencian con suma facilidad, y éste era un ejemplar de primer orden. Además de sus obvias y brillantes dotes, Caillois tenía un enorme apetito de meterles diente a nuevos continentes. Todas las circunstancias se me antojaban favorables.

Creo que hice bien en insistir. Caillois nos conoció de joven, y ya nunca será un extraño en nuestro país. Sabe nuestro idioma. Que cambie a veces el acento de alguna esdrújula carece de importancia. Ha recorrido la Argentina con una siempre juvenil e insaciable voracidad. No sé si le queda provincia por conocer. Ha estado en Santiago del Estero, Santa Fe, Tucumán, Córdoba, La Rioja, Catamarca, Chubut, Río Negro, Neuquén, la Patagonia, Tierra del Fuego, etc. Drieu hablaba del francés como de un ser que se rehusa a la geografía. Este francés es lo contrario: se abalanza sobre ella. Se la traga viva. Ha conservado esa caracterís-

tica del cachorro. Acaba de visitar Laponia (donde me asegura que hay más mosquitos que en San Isidro). Y ahora ha estado en Ushuaia.

El Fondo Nacional de las Artes no tiene condecoraciones. Si las tuviera, Caillois, por ser funcionario de Unesco, no podría recibirlas. El Fondo le da, pues, una medalla de oro creada especialmente para casos como el suyo. Tal vez nuestro amigo hubiera preferido una piedra. Es coleccionista y adorador de las piedras. Se las lleva a su departamento de l'Avenue Charles Floquet, como las urracas los objetos que brillan a su nido. A veces me sorprende verlo entusiasmarse ante un cascote. Pero él sabe de cascotes, y yo no. Nosotros, los del Fondo, le hubiéramos regalado con gusto uno de su agrado. Pero somos, como él, funcionarios de una institución que tiene sus reglamentos y sus convenciones. No debemos infringirlos. Reemplazar con una piedra la tradicional medalla parecería cosa poco seria, y nos llamarían al orden. En Francia tal vez no; pues al amigo Malraux no le sorprendería esta fantasía. A su manera, vive pendiente de las piedras. Las hace limpiar cuidadosamente. Y ya sabemos que todas las piedras de París están a su disposición. Estos plenos poderes que le ha otorgado de Gaulle son uno de los mayores aciertos del general en esta época.

Roger Caillois: el Fondo Nacional de las Artes te agradece tu fidelidad a este país al que llegaste una mañana de mayo, hace 27 años. Te agradece que lo miraras, desde el principio, con tanta atención, tanta inteligencia, tanta comprensión y afán de demostrar tu comprensión. Esta ha sido y será siempre tu casa, como Francia es la nuestra.

VICTORIA OCAMPO.

TESTIMONIOS, 7ª serie, 1966.

Despedida a Roger Caillois

Transcribimos las palabras que pronunció Victoria Ocampo en la comida que ofrecieron a Roger Caillois un grupo de colaboradores y amigos de Sur:

Roger Caillois regresa a Francia después de haber pasado seis años en la Argentina. No es éste un discurso de despedida, pues pienso que volverá a un país donde lo quieren y que Caillois quiere. Ni siquiera es un discurso. Deseo sencillamente recordar por qué motivos Callois vino a Buenos Aires y de qué manera trabajó entre nosotros.

Paulhan, el director de la N.R.F., me había hablado con entusiasmo de un joven colaborador de su revista y Supervielle me lo presentó en París, en 1939. Pude comprobar entonces que lo que me decían de Caillois no era en modo alguno exagerado. Por eso la revista Sur, en julio del mismo año, lo invitó a que diera en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre mitología. Dos nuevos escritores franceses me parecían revelar dotes extraordinarias: Sartre y Caillois. Me sorprende un poco tanta perspicacia.

Terminado su ciclo de conferencias para Sur, Caillois pronuncia otras en la Facultad de Filosofía y Letras, en Amigos del Arte, en la Sociedad Hebraica y en las provincias.

En septiembre del 39 estalla la guerra. Caillois declarado inapto para hacer el servicio militar, permanece en nuestro país. De marzo a junio del 40 trabaja en el servicio de prensa de la Embajada Francesa. Cuando se firma el Armisticio, abandona la Embajada, comprendiendo que esta guerra nuestra es una guerra de coalición contra el nazismo. Caillois, de los primeros en unirse al grupito formado en torno de Albert Guérin, continúa luchando con las armas de su oficio de escritor.

Hacia fines de 1940 pronuncia diez conferencias sobre la *Naturaleza de los regímenes totalitarios* en la revista SUR y cuatro conferencias sobre el mismo tema en la Universidad de Montevideo; de esta segunda serie, sólo la primera conferencia es propagada por radio, pues la Legación Alemana hace una reclamación ante el gobierno uruguayo.

En julio de 1941 funda la revista "Lettres Françaises", donde colaboran los mejores escritores franceses que han permanecido en Francia y aquellos que se refugiaron en el extranjero. En Londres, en Nueva York, en el Canadá, en Egipto, hasta en París mismo —donde algunos números entran clandestinamente—, "Lettres Françaises" es considerada como la mejor revista que se haya publicado en lengua francesa durante la ocupación.

En Londres, en 1944, se hace de "Lettres Françaises" una edición antológica en papel Biblia y en formato reducido. Esta edición es arrojada por aviones en la Francia ocupada.

Después de la liberación de Francia, los escritores franceses han dicho con qué emoción conocieron la existencia de esta revista que mantenía en tierra libre el prestigio y las cualidades de la literatura francesa.

Junto con la revista aparecen ediciones que unen a la cuidadosa impresión tipográfica un extremado rigor en la elección de los textos. Debe citarse, especialmente, las bellísimas ediciones de los poemas de Saint John Perse, *Exil* y *Pluies*, y esa especie de obra maestra de artesanía que es la edición de un capítulo de Víctor Hugo, ilustrado por André Masson. Por último, Roger Caillois publica una serie de diez volúmenes pequeños, costeados por franceses o amigos de Francia, que se venden a integral beneficio de las obras que sostiene el Comité Francés de Socorro a las Víctimas de la Guerra. Es la colección "La Porte Étroite", que, como las demás publicaciones de "Lettres Françaises", se recomienda por la elegancia de su presentación y la calidad de su contenido.

Al mismo tiempo, Roger Caillois es profesor. En 1942 participa en la fundación del Instituto Francés de Estudios Superiores, donde enseña Sociología e Historia de las Religiones. Este Ins-

tituto, bajo el impulso de Weibel Richard, ha llegado a ser el gran centro de la cultura francesa en la Argentina.

Pero Roger Caillois es sobre todo escritor. Publica primeramente en "La Nación" una serie de artículos sobre la novela, que reúne en su libro *Sociología de la novela,* aparecido simultáneamente en Buenos Aires y en Marsella, en la Francia no ocupada.

Después de un viaje a la Patagonia, en que llega hasta el Estrecho de Magallanes, escribe la meditación lírica *Patagonie,* publicada en Buenos Aires y bien pronto reproducida en Nueva York y en Alger.

También publica *La roca de Sísifo,* cuyo texto es aún inédito en francés, y *La communion des forts,* aparecido en México en 1943 y que ha sido reimpreso en el París liberado, en febrero de 1945.

Publica, además, en Buenos Aires y en Alger un librito lleno de substancial severidad: *Les impostures de la poésie.* En este momento aparece en México, después de haber sido traducido su libro *L'homme et le sacré,* un *Discours sur l'esprit de sectes,* análisis abstracto —y libre de toda alusión a los acontecimientos contemporáneos— de los principios y de la naturaleza de los regímenes totalitarios.

Asimismo escribe en los principales diarios y revistas del continente; para sólo citar los más importantes: de la Argentina, en SUR, "La Nación", después "La Prensa", y "La France Nouvelle"; del Brasil: en "Corréio da manha", de Río, en "Estado de Sao Paulo", de San Paulo, y en la revista "Planalto'; de México: en "El hijo pródigo" y en "Cuadernos Americanos"; de los Estados Unidos: en la revista "Renaissance', de la Escuela Libre de Altos Estudios, en *VVV,* de André Breton, y en "Hémisphères", del poeta Ivan Goll, así como en publicaciones propiamente americanas, como "View", "Books Abroad", "The Sewanee Review" y sobre todo "Commonweal", donde ha llegado a ser uno de los más importantes colaboradores.

Fuera del continente publica ensayos en aquellas revistas que a semejanza de la suya luchan para mantener el brillo de la inteligencia y del espíritu francés: "La France Libre", de Londres; "Fontaine", de Alger.

Pero ha sido en América del Sur donde ha podido unir a sus escritos la acción de su palabra. Habla en francés, y hasta en español, en las principales ciudades de la Argentina. Habla en Uruguay y en Chile. Viaja al Brasil, donde habla en Río, Sao Paulo, Puerto Alegre, Bello Horizonte, Bahía, etc. En todas partes muestra el rostro de una Francia joven y generosa, atenta a los problemas del espíritu y de la hora.

Director de revista, profesor, escritor, publicista, editor, conferencista, Roger Caillois no ha cesado de trabajar por Francia durante sus seis años de permanencia en la Argentina. Venciendo muchas dificultades, sin desalentarse nunca —y puedo garantir a ustedes que eso no era siempre fácil—, nos ha dado de Francia lo que siempre esperamos de Francia: obras de calidad: *calidad*.

Entre nosotros ha sabido mantener el nivel intelectual y espiritual de un país cuyo prestigio nos es tan precioso. Ignoro si la mayoría de sus compatriotas y de los míos apreciarán en su justo valor el logro y el alcance de sus esfuerzos. Vivimos en una atmósfera turbia. El humo de los campos de batalla no se ha disipado aún y esconde muchas cosas. Pero sé, en todo caso, que en Francia y en América hay hombres y mujeres que comprenden lo que ese logro y esos esfuerzos representan, y que no lo olvidarán.

Paul Valéry me escribía en junio del 40: "Victoria: trabaje bien por nosotros, porque es por ustedes, por la salvación del espíritu, que nosotros luchamos. Estos monstruos desencadenados e inexplicables son como una especie animal nociva y formidablemente armada con la cual las relaciones del hombre con el hombre han demostrado ser imposibles. Hay que destruirlos o ser destruídos.

"Suceda lo que suceda, le ruego que haga en la Argentina todo lo que pueda por nuestra causa, que es la suya, que es la del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas".

Roger Caillois: usted dirá a Paul Valéry que durante estos años de guerra, SUR ha hecho todo lo que ha podido por esa causa, que es también la nuestra. Y que nos sentíamos orgullosos de tener a nuestro lado a un joven francés que representaba la Francia que amamos. La de San Luis, rey de Francia, que pre-

fería ser leproso a caer en pecado mortal, y la del Sir de Joinville, senescal de Champagne, que prefería, por el contrario, haber cometido treinta pecados mortales que llegar a ser leproso, según Péguy. La de los hombres que dicen lo que piensan y no temen contrariar ni siquiera al rey, ni siquiera al santo (ni siquiera al "maréchal"). La Francia de los hombres que hasta cuando aman a Dios lo aman como hombres responsables y libres.

VICTORIA OCAMPO

SUR, Nº 129, julio 1945.

INDICE

Pág.

Al lector 1

Roger Caillois, por Victoria Ocampo 3

Por Roger Caillois:

Sociología del verdugo 8
La pampa 29
Arte y propaganda 32
"El gran dictador" 35
La victoria de Atenas 38
¿Tienen las Américas un destino común? 41
El poder de las palabras 48
Arte 66
La grandeza del hombre más vasta y más completa que su bajeza 71
"SUR" 74
El animal, el hombre y la máquina 75
El Río Alfeo. Preludio 93
Post-scriptum para "Poncio Pilatos" 95

Por Victoria Ocampo:

Palabras a Roger Caillois 101
Despedida a Roger Caillois 103

GALERIAS DE ARTE

GALERIA
VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31-1282

AMERICA
GALERIA DE ARTE

MAESTROS
DE LA PINTURA
ARGENTINA

ESMERALDA 764

GALERIA
WITCOMB
Pintura Argentina

QUINQUELA MARTIN
VICTORICA - BERMUDEZ
GOMEZ CORNET - FADER
CASTAGNINO - PRESAS

ESMERALDA 870
32 - 3424

DEL RETIRO

FLORIDA 943 TEL. 32-5850

1005 - BUENOS AIRES

GALERIA
BONINO

PINTURA ARGENTINA
Y EXTRANJERA

Marcelo T. de Alvear 636

VERMEER

Selección
en Pintura Argentina

SUIPACHA 1168 - 42-5102
BUENOS AIRES

LIBRERIAS RECOMENDADAS

LIBRERIA

RODRIGUEZ S.A.

Las últimas novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar

CREDITOS

London Card - City Card - Diners

SARMIENTO 835
T.E. 35-8125/6/7
No tenemos sucursales

LIBRERIA — EDICIONES

NUEVA VISION

especializada en
artes visuales,
psicología y
ciencias sociales

TUCUMAN 3748 T.E. 89-5050

LIBRERIA — PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Papelería comercial y escolar
Impresiones - Fotocopias
Revista de Moda y Suscripciones

CREDITOS

LIBERTAD 1214/20
T. E. 41-4792/9500

LIBRERIA GENERAL

de TOMAS PARDO S.R.L.

(Casa fundada en el 1914)

Abarcamos todas las ramas
del saber

Unica Dirección:

MAIPU 618

T.E. 392-0496 - Buenos Aires

PLATERO S.R.L.

Libros argentinos a todo el mundo
Nuevos y usados

Publicamos catálogo

1013 - TALCAHUANO 485
T. E. 35-3896

LIBRERIAS

FAUSTO

Amplio surtido en
libros de arte
psicología y pedagogía
Créditos a sola firma

Corrientes 885	**393-7988**
Corrientes 1311	**40-1222**
Santa Fe 1715	**41-2708**

La impresión de este libro fue terminada el día 19 de julio de 1979 en los talleres gráficos A. Baiocco y Cía. s.r.l., Centenera 461, Buenos Aires.

Adhesión de





Argentia

Empresa Argentina
Productora de Medicamentos
Departamento Cultural

S1CJ.15.1.
H0008126